



École des Hautes Études en Sciences Sociales

TESIS

Para la obtención del grado de Doctor en Sociología
de la École des Hautes Études en Sciences Sociales
en convención de cotutela con la Facultad de Ciencias Sociales
de la Universidad de Chile.

ENTRE LA SUMISIÓN Y LA EMANCIPACIÓN:
MUJERES LATINOAMERICANAS ANTE LA PRUEBA
INMIGRATORIA EN SANTIAGO DE CHILE.

Presentada por Verónica CORREA

Bajo la dirección de Alain MUSSET y María Emilia TIJOUX.

Fecha de defensa: 22 de Abril 2016.

Miembros del jurado:

Enrique ALISTE, Profesor, Universidad de Chile (Evaluador)

Ana María ALVAREZ, Profesora, Universidad Católica Silva Henríquez
(Evaluadora).

Danilo MARTUCCELLI, Profesor, Université Paris Descartes (Evaluador).

Alain MUSSET, Profesor, EHESS (Co-director de tesis).

María Emilia TIJOUX, Profesora, Universidad de Chile (Co-directora de tesis).

Para Simón

Agradecimientos

Son años de trabajo y, por eso, muchos los agradecimientos. En primer lugar, quisiera agradecer a mi Director de tesis, Alain Musset, una persona inteligente, creativa, abierta y humana. Es su humanidad y su amor por Latinoamérica la que lo ha llevado a recibir año a año a decenas de estudiantes provenientes de esta tierra, que llegan a París para desarrollarse en el área de las ciencias sociales. El es alguien que sabe escuchar y empoderar a sus estudiantes, entregándoles la confianza para desarrollar al máximo sus ideas. Gracias, Profesor, por su disposición permanente, por sus correcciones meticulosas, por sus invitaciones a escribir y a exponer en seminarios. En fin, gracias por confiar en mi trabajo.

En segundo término, quisiera agradecer a mi Co-Directora de tesis, María Emilia Tijoux quien, mediante su constructivo espíritu crítico, me obligó a ponerme a prueba en varias oportunidades, llevándome a cuestionar mis ideas e ir más allá de las primeras impresiones. Ella logró transmitirme que la práctica investigativa es una herramienta de lucha y compromiso para avanzar hacia una sociedad más justa.

Sumo, en tercer lugar, a estos agradecimientos a la Ecole des Hautes Etudes en Science Sociales. La amplia gama de temas que ofrecen sus seminarios y su revolucionaria metodología de enseñanza, donde los estudiantes pueden tomarse la palabra, fueron una fuente importante de inspiración e enriquecimiento intelectual. También al Doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad de Chile el cual, mediante su sistema de cotutela, me permitió acceder a un núcleo de pensamiento que lleva una larga trayectoria en los temas abordados en esta investigación. Gracias también a CONICYT y a su programa Becas Chile en el extranjero, por todos estos años de financiamiento y por haberme posibilitado continuar la especialización en el campo de las migraciones.

En cuarto término, no puedo pasar por alto dentro de estas líneas a los actores principales de este estudio. Gracias a las 40 mujeres inmigrantes entrevistadas, quienes me acogieron de manera desinteresada para revelar sus intimidades y narrar parte importante de sus vidas. Infinitas gracias también a la institución que las acoge, el Centro Integrado de Atención al Migrante de Santiago (CIAMI); a la Congregación

de los Misioneros de San Carlos Scalabrinianos, que está a cargo de esta obra, y todas las personas que trabajan allí, especialmente al P. Idenilso Bortolotto, quien fue quien me “abrió las puertas”. Sin su apertura, buena disposición y generosidad este trabajo no hubiese sido posible.

Por último, quisiera mencionar a mis cercanos que han estado acompañándome en este proceso. A mi amigo, Damien Verdier, por acogerme en su país y corregir constantemente mi francés mal hablado. A mi amiga socióloga, Consuelo Araos, por leer detalladamente cada capítulo y prestarme parte de su lucidez e inteligencia para nutrir mi trabajo. A la comunidad de chilenos en París, quienes fueron mi familia en el extranjero. Gracias también a los que se encuentran en Chile, a mi amiga periodista, Paula Frederick, por su exhaustiva corrección en la edición del documento. Gracias también a mis padres y hermanos, quienes en medio de la tormenta siempre me hablaron de la luz. Y, finalmente, infinitas gracias a mi compañero de viaje y de vida, Martín Tironi, por sus consejos sociológicos y su apoyo incondicional. Siempre nos quedará París.

Resumen

La presente tesis estudia las diversas formas en que las inmigrantes provenientes de Perú, Bolivia, Ecuador y República Dominicana se confrontan a las *pruebas* o a desafíos comunes en su arribo a Santiago de Chile, dados en ámbitos como la pareja, la maternidad, el trabajo y su aproximación a la ciudad. A partir del discurso de las mujeres que acoge el Centro Integral de Atención al Migrante, en complemento con datos cuantitativos proporcionados por la institución, se muestra el *trabajo* de adaptación que realizan en la realidad de acogida al confrontarse con cada una de estas pruebas. El cambio de ciudad, así como los ajustes a nuevas estructuras, dinámicas y valores, va a constituir una etapa de cuestionamiento identitario que exige una toma de posición respecto a su tradición, ya sea para ratificarla y actualizarla, o para desafiarla mediante actos de ruptura. La comprensión detallada del trabajo que realizan las inmigrantes ante estos diversos retos, permite mostrar que la inmigrante no sólo deja su país bajo un proyecto familiar, intentando responder a las necesidades económicas del grupo, - que es el perfil que la literatura académica ha tendido a observar y destacar - sino también que se trata de mujeres que por medio del viaje buscan emanciparse de las responsabilidades familiares y sociales atribuidas a su género.

No obstante, si bien al partir muchas inmigrantes se liberan de las formas establecidas por su tradición respecto a cómo ser una “buena” mujer, en Chile son desafiadas por otros mecanismos institucionales, que intentan disciplinar, encausar y homogeneizar sus trayectorias bajo la etiqueta de un individuo “laboral”. Esto se manifiesta en instancias como el empleo doméstico, donde el empleador chileno espera que la *nana* inmigrante sea alguien más “calladita” y servil que una chilena, debido a que por su historia social y de “raza” estarían acostumbradas a ello. O en el modo de operar del Estado quien, desde sus políticas marcadas por una lógica histórica racista, guía el comportamiento de esta mujer “india” o “mestiza” para que adhiera al perfil de la “buena” trabajadora o de una “buena” huésped o visitante, donde su presencia debe ser lo más silenciosa posible. Esta es la única forma de poder ordenar este flujo migratorio “no deseado”, de hacer que en la medida de lo posible su paso por Chile se someta a un ir, trabajar y regresar.

Palabras claves: Inmigración, género, individuación, trabajo doméstico, racismo, Santiago.

Résumé

Cette thèse étudie les différents défis ou situations de mise à l'épreuve subis par les femmes immigrantes en provenance du Pérou, de la Bolivie, de l'Équateur et de la République Dominicaine au moment de leur arrivée à Santiago du Chili dans les domaines du couple, de la maternité, du travail et de leur approche à la ville. En partant du discours des femmes accueillies par le « Centro Integral de Atención al Migrante » (Centre d'Accueil aux Migrants) et en complément aux données quantitatives fournies par cette Institution, l'objet de cette étude est de montrer le travail d'adaptation réalisé lors de leur accueil en étant confronté à diverses épreuves. Le changement de ville ainsi que les ajustements induits par de nouvelles structures, de nouvelles dynamiques et valeurs impliquent une étape de questionnement identitaire qui exige une prise de position concernant leurs us et coutumes, que ce soit pour les ratifier, les modifier ou même faire le choix de rompre avec elles. La compréhension détaillée du travail que réalisent les femmes face à ces différents défis, permet de montrer que celles qui émigrent, non seulement laissent leur pays pour un projet familial, en essayant de répondre aux besoins économiques du groupe, profil largement observé et étudié par les études universitaires, mais qu'à travers ce périple elles cherchent aussi à s'émanciper de leurs responsabilités familiales et sociales liées à leur genre.

Cependant, bien qu'en quittant leur pays de nombreuses femmes immigrantes se libèrent de certaines règles établies par leur tradition sur l'idée de comment être une « bonne » femme, toutefois, en arrivant au Chili, elles sont mise au défi par d'autres mécanismes institutionnels qui tente de discipliner, d'orienter et d'homogénéiser leur parcours en les étiquetant comme « travailleuse ». Ce mécanisme se manifeste à travers certaines instances comme le travail domestique, par lequel l'employeur Chilien s'attend à ce que son employée de maison soit plus docile et servile qu'une employée Chilienne. En effet, en raison de son sentiment d'appartenance à une classe sociale et une « race » distincte, l'employeur ou le patron Chilien recherche une certaine servilité de la part de ses employés. Le mode opératoire de l'Etat Chilien est

également marqué par certaines politiques teintées d'une logique historique raciste guidant le comportement des femmes « indiennes » ou « métisses » pour qu'elles adhèrent au profil de « bonne » travailleuse ou de bonne « hôtesse d'accueil » qui se traduit par un souci d'effacement et de discrétion à outrance. Ceci est la seule manière de pouvoir ordonner ce flux migratoire « non désiré », de faire en sorte que ce passage par le Chili, ne se traduise que par une arrivée, un travail et un retour au pays d'origine.

Mots clés : Immigration, genre, individuation, travail domestique, racisme, Santiago du Chili

Summary

This thesis studies how immigrants from Peru, Bolivia, Ecuador and the Dominican Republic are faced with common *tests* or challenges when they arrive in Santiago de Chile, affecting their lives on aspects such as their couple, their work and their approach to the city. Based on the discourse of women protected by the *Centro Integral de Atención al Migrante*, complemented by quantitative data from the institution, it shows the adaptive *work* migrants realize in that reality when faced with each of those tests. The change of city and the adjustment to new structures, dynamics and values will constitute a step of identity questioning requiring the adoption of a position regarding their tradition, either standing by it or refreshing it, or even challenging it through acts of rupture. Comprehending in details the work female migrants accomplish to take on these challenges shows that not only women leave their country as part as a family project, trying to respond to the group's economical needs – this profile tending to be the one observed and highlighted by academic literature – but some, through their journey, are also seeking an emancipation from the family-related and social responsibilities assigned to their gender.

Nevertheless, if by leaving many of them free themselves from the forms of being “good” women established by their tradition, in Chile other institutional mechanisms challenge them, by trying to discipline, shape and homogenize their trajectories under the label of “labor” individuals. In instances such as domestic work, Chilean employers expect migrant housemaids to be more quiet and subservient than Chilean

employees, because due to their social and “racial” history they would be more used to it. Besides, based on its policies influenced by an historical racist logic, the State orientates the behavior of these “indian” and “mestiza” women so they match the profile of “good” workers or “good” guests or visitors, having the quietest presence possible. This is the only form of ordering this “undesired” migratory flow, ensuring as much as possible that these women's trajectory in Chile is subjected to a logic of coming, working and leaving.

Keywords: Immigration, gender, individuation, domestic work, racism, Santiago.

Índice

Capítulo Introductorio.	17
Introducción. Lo manifiesto y lo latente.	19
I. Aproximaciones teóricas para la comprensión de los flujos migratorios femeninos.	24
A. Teorías macro-económicas o de la dependencia.	24
B. Perspectiva de la estrategia económica familiar o el enfoque transnacional.	27
C. El estudio de las inmigraciones latinoamericanas en Chile.	30
II. Problematización: más allá de una estrategia económica-familiar.	39
A. El mercado énfasis economicista: la circunscripción de la mujer al trabajo.	39
B. La asociación entre feminidad y maternidad: la circunscripción de la mujer a la esfera de la labor o la familia.	41
C. Labor, trabajo y acción: un viaje hacia la subjetivación.	42
III. Enfoque teórico y metodológico del estudio: hacia una <i>Sociología del Individuo</i> del fenómeno de la inmigración.	47
IV. Metodología del estudio.	52
A. Pregunta de Investigación.	52
B. Objeto de estudio y unidad de análisis.	52
C. Técnicas y fuentes de recolección de información.	53
V. Presentación de los capítulos.	59
Capítulo I. Estrategias y retos de la vida en pareja de la mujer inmigrante.	63
Introducción. La <i>prueba conyugal</i> : entre la pertenencia y la des-pertenencia.	64
Tres hallazgos de la ola inmigratoria en relación a la dimensión de la pareja.	65
I. Más allá del estereotipo de la inmigrante casada.	69
A. De la mujer casada a la mujer soltera.	69
B. Solteras de por vida: la incorporación de una aproximación temporal.	72
C. La mujer soltera, una mayoría en cada comunidad.	77
II. Las tres trayectorias de la inmigrante célibe.	80
A. La eterna “buena” hija.	80
B. De hija a esposa.	84

C.	La soltera autónoma: “Es mi espacio mío, nadie se mete”.	88
III.	Encuentros y desencuentros de la mujer casada.	93
A.	¿Reagrupación o no en las casadas?	93
B.	La reagrupación de parejas según país de nacimiento.	95
C.	Tres trayectorias de la inmigrante casada.	96
VI.	Reflexiones Finales.	111
 Capítulo II. Desafíos de una maternidad móvil: Entre la transgresión y lo sagrado.		115
	Introducción. El principio de la presencia materna.	116
	Más allá de una lógica familiar y racional.	121
I.	La maternidad desde los datos.	125
A.	No todas son madres.	125
B.	La madre soltera.	128
C.	La reunificación madre e hijo.	131
D.	Los procesos de reunificación madre e hijo según nacionalidad.	136
II.	Trayectorias y aproximaciones a una maternidad móvil.	139
A.	La Gran Madre.	139
B.	La Madre Dolorosa.	148
C.	La madre viajera.	152
D.	La madre acompañada.	157
III.	Reflexiones finales.	161
 Capítulo III. Geografía de la crisis del cuidado doméstico en Santiago: Un análisis centrado en la demanda de mano de obra extranjera.		165
	Introducción. La crisis del cuidado doméstico en Santiago.	166
	La importancia del estudio de la demanda de mano de obra extranjera.	168
I.	La expansión social de la demanda doméstica.	171
II.	El doble rol de la mujer: dentro y fuera del hogar.	178
III.	Desde una demanda local a una internacional.	185
IV.	Hacia la elección de la “buena nana”.	189
V.	Reflexiones finales.	199
 Capítulo IV. La permanencia servil: las inmigrantes ante la prueba laboral.		203

Introducción. El servilismo y sus ambigüedades.	205
Bienvenidas servidoras.	211
I. En búsqueda de un hogar.	214
A. La Casa de Acogida.	214
B. En el hogar de los empleadores.	230
II. La familiaridad como “arma de doble filo”.	236
A. La dominación del CIAMI.	236
B. La dominación de la “patrona”.	245
III. El saber crítico como herramienta de individuación.	251
A. Críticas ante el CIAMI.	251
B. Abusos laborales.	255
IV. Reflexiones finales.	263
Capítulo V. El racismo institucional: Selectividad, productividad y seguridad nacional.	265
Introducción. La República desde una inmigración deseada.	266
La promoción de un enfoque racista y economicista.	270
I. “Los no deseados” en las tres fases migratorias.	273
A. Primera fase migratoria: de 1800 hasta 1950.	273
B. Segunda fase migratoria: de 1970 hasta 1989.	283
C. Tercera fase migratoria: 1990 hasta la actualidad.	285
II. Las inmigrantes frente a la prueba institucional.	291
A. La arbitraria selectividad en las fronteras.	291
B. El control estatal mediante el visado.	299
III. Reflexiones finales.	305
Capítulo VI. El tropismo del centro: El comportamiento residencial de las inmigrantes en Santiago.	307
Introducción. El efecto fósil.	309
La ciudad como espacio de individuación.	312
I. El centro como lugar de residencia.	314
A. Densidad de los hogares de las inscritas a nivel comunal y distrital.	315
B. Comportamiento residencial de las inmigrantes a escala de ciudad según país de nacimiento.	321
C. Transformaciones residenciales a través del tiempo.	325

Conclusiones.	349
Continuación y ruptura de una herencia.	350
Lo que producen las pruebas.	355
Hacia nuevas pistas de investigación para la comprensión de los inmigrantes en Chile.	362
Bibliografía.	366
Anexos.	395
Índice de gráficos, cuadros y mapas.	404

Capítulo Introdutorio.

*La Maga no sabía demasiado bien por qué había venido a París,
y Oliveira se fue dando cuenta que con ligera confusión
en materia de pasajes, agencias de turismo y visados,
lo mismo hubiera podido recalar en Singapur que en Ciudad del Cabo;
lo importante era haber salido de Montevideo,
ponerse frente a frente con eso que llamaba modestamente 'la vida'.
(Julio Cortázar 1964).*

Introducción.

Lo manifiesto y lo latente.

“¿Por qué se vino a Francia?”, pregunta una terapeuta psicoanalista a su paciente, quien era una estudiante chilena que había llegado hace algunos meses a vivir al país. La joven responde “por mis estudios. Para hacer un doctorado”. La especialista no queda conforme con su respuesta y señala: “Contésteme la pregunta, ¿por qué se vino a Francia?” Con esa segunda pregunta, que no era otra cosa que una repetición de la primera, se buscaba dar a entender que detrás de la explicación formal que había dado la paciente, había otra razón de fondo, conocida o no por ella, que la llevaba a estar en el extranjero. Después de esa sesión, la chilena inició un largo proceso de análisis por un conflicto que tenía con su madre desde pequeña y la difícil situación familiar que estaba viviendo antes de su venida.

Por medio de esta experiencia que tuvo una amiga, quisiera introducir la tesis de mi trabajo: detrás de la motivación “económica” o “académica” -que corresponden a discursos generalizados que caracterizan a los distintos flujos migratorios- a un nivel individual, existen otras razones personales vinculadas a la trayectoria de cada cual que impulsan a la persona a emigrar. El relato de esta chilena, me llevó a recordar algo que había podido observar en las narraciones y prácticas de las inmigrantes¹ latinoamericanas estudiadas: efectivamente habían muchas que cumplían con el prototipo de mujer conocido en Chile, que la literatura académica ha tendido a reproducir por medio de la denominación “inmigración laboral” o “inmigración económica”, esto es, madres que se vieron obligadas a partir de sus realidades en

¹ En el marco de esta investigación se utiliza la categoría *inmigrante* en lugar de nociones como *migrante* o *extranjera*. En el campo de los estudios migratorios, la categoría *migrante* refiere a esa persona *transnacional*, que está en constante movimiento entre un país y otro y, por ende, no puede ser catalogada ni como *emigrante* ni como *inmigrante*. Es alguien que en términos de su identidad no pertenece a ningún país, no es de “aquí ni allá”, como lo explica el experto en el campo migratorio Abdelmalek Sayad (1999). La mujer observada, en base a los estudiado, no corresponde a esta categoría ya que es una persona que tiene un lugar claro de procedencia, y que pese a que en algunas circunstancias puede estar en un “ir y venir” entre ambos países, las dos realidades se presentan como distintas para ella. Se hablar de *inmigrante* ya que es alguien que en el momento de ser interrogada y observada ya había ingresado a Chile, para vivir.

La categoría *extranjera* es tratada sólo cuando exista un “otro” que haga referencia a este término. Un extranjero es un sujeto que es distinto al grupo de iguales, un extraño. En Chile y en otras partes del mundo, esta noción en muchas ocasiones puede tener un valor menospreciante, lo que no se pretende atribuir a las mujeres estudiadas, a no ser que exista un otro, como un chileno, que lo señale (Green y Raisa Schpun 2010- 2012).

búsqueda de trabajo y dinero para mantener a sus familias que se encuentran en sus países; no obstante, también se identificaron otras mujeres que habían sido movilizadas a partir lejos por otros motivos, distintos al mencionado.

Como lo señala Sigmund Freud, principalmente en referencia a la interpretación de los sueños, existen ideas manifiestas e ideas latentes:

“Las ideas latentes nos resultan perfectamente comprensibles en cuanto las descubrimos. En cambio, el contenido manifiesto nos es dado como un jeroglífico, para cuya solución habremos de traducir cada uno de sus signos al lenguaje de las ideas latentes. Incurriríamos, desde luego, en error si quisiéramos leer tales signos dándoles el valor de imágenes pictóricas y no de caracteres de una escritura jeroglífica” (Freud 1996 [1900-1901], 516).

Así como el psicoanalista posee la labor de traducir a lenguaje *manifiesto* las ideas *latentes* que se presentan en forma de jeroglífico en una determinada persona, el cientista social, la tiene hacia el individuo y su grupo. Muchas veces nos quedamos atrapados en las primeras interpretaciones, sin la ocurrencia de lanzar la segunda pregunta, como la planteada por la terapeuta a su paciente.

De hecho, esto fue lo que me sucedió en los primeros meses del desarrollo de la investigación. Bajo la idea de que la mujer latinoamericana había arribado a Santiago sólo por una razón de subsistencia económica, yo planteaba el argumento de que ella se encontraba en un constante sacrificio en pos de un futuro mejor, lo que hasta me llevó a coordinar un libro (junto a otros autores) cuyo eje analítico se basaba en la noción de espera, denominándolo *Geografías de la espera: Migrar, habitar y trabajar en la ciudad de Santiago, Chile. 1990-2002*.

Si bien esta aproximación al objeto de estudio no fue del todo equívoca, debido a que efectivamente dentro del grupo analizado se identificaron varias inmigrantes en la *espera*, comencé a encontrarme con personas que se emocionaban y cuyos ojos brillaban al hacer referencia a la nueva vida que les venía por delante. Su emigración representaba una luz de esperanza para comenzar de nuevo, replanteándose como mujeres libres, ya no dueñas de un otro, como su pareja o madre, ni tampoco presas de su medio social. Evidentemente, el percibir este tipo de trayectorias en un principio me causó sus buenos dolores de cabeza, ya que no estaba acomodándose a mis

expectativas. Sin embargo, con el tiempo fui comprendiendo que se trataba de un sesgo del cual debía hacerme cargo, lo que me llevó consecuentemente a modificar la hipótesis central que por tantos meses me había movilizadado.

Posteriormente, empecé a analizar el origen del cual había nacido tal prejuicio, descubriendo que se trataba de una percepción que provenía de mi entorno. Al ver la telenovela “Esperanza” -transmitida por televisión en un canal nacional chileno durante el segundo semestre 2011- que me habían recomendado ya que su protagonista (Esperanza) representaba a una inmigrante peruana que trabajaba en una casa particular de una familia santiaguina adinerada, me di cuenta que la imagen de la madre en sacrificio también estaba presente en este personaje. “Mi niño, ¿cómo estás?”, le preguntaba llorando Esperanza por teléfono a su hijo (de 10 años) que se encontraba en Perú. Y así, sucesivamente, escenas similares se repetían en sus distintos capítulos.

Pero luego percibí que esta *representación social* (Moscovici 1976, Moliner 2001) femenina de las inmigrantes no sólo existía en series de ficción inventada por los medios, sino también en las noticias y hasta en los mismos organismos de la sociedad civil que se orientan a acogerlas en Chile, como es el Centro Integrado de Atención al Migrante de Santiago (CIAMI) (perteneciente a la congregación católica de los Misioneros de San Carlos Scalabrinianos), donde desarrollé el trabajo de campo para esta investigación. Como lo expresa una de sus religiosas en el sitio oficial web, a propósito del trabajo que realiza la congregación:

“En la Casa de Acogida Scalabrini de Santiago pasan cada día más de cien migrantes (...) Aquí brindamos servicios de asesoramiento para sus trámites de visa y problemas laborales, orientación religiosa, escuela de asesoras de hogar, alojamiento, comedor y bolsa de trabajo. También escuchamos sus dificultades, dolores, alegrías y logros. En los dos años que trabajo con ellas he conocido muchas historias, historias que se repiten y que revelan un fenómeno creciente, que es la migración femenina: las migrantes se ven obligadas a dejar su tierra para asumir el rol de proveedoras” (CIAMI 2015).

“Sus rostros morenos revelan la gran cuota de sacrificio y dolor ante la separación familiar. Han dejado hijos, esposo, padres, hermanos, etc. Saben que no los verán en mucho tiempo, pero consideran que vale la pena si logran darles estudios superiores, si ahorran para la casa propia.

Con gran fortaleza enfrentan cada día la tristeza y soledad que conlleva su situación. El costo puede ser alto, pues algunos lazos se rompen, muchos matrimonios no se reencontrarán, los hijos que dejaron pequeños después no los reconocerán como a sus madres” (CIAMI 2015).

Tristeza y dolor son las emociones que experimentan las inmigrantes en Santiago al estar lejos de su tierra y familia, según la visión de la religiosa; el mismo estado, por lo demás, que varias mujeres que estaban hospedadas o buscando trabajo en la bolsa de empleo de la institución, me trataban de demostrar en sus entrevistas. Como si el sacrificio familiar se tratase de un valor en ellas.

A partir de esta observación, decidí estudiar de dónde podría provenir este valor. Comencé a indagar respecto a las imágenes o ideales femeninos imperantes en Latinoamérica, encontrándome con lo que se conoce bajo el término de *marianismo*², noción planteada desde una perspectiva de género por autores tales como Evelyn Stevens, Sonia Montecino, Milagros Palma y Marcela Lagarde, a quienes se hará referencia a lo largo del trabajo. Entendiendo que el ser mujer o ser hombre refieren a categorías que son fruto de una construcción social o cultural, más que biológica, esta corriente analítica intenta encontrar el significado de lo propiamente femenino en la región, destacando principalmente dos características.

En primer lugar, en Latinoamérica se es mujer si se es madre. “El sí mismo femenino está anclado en lo privado de reproducir, criar, amamantar, querer antes que nada a sus hijos”, explica Montecino (1996, 289). Pero es una maternidad que trasciende la esfera de la reproducción, del hogar, hacia otros ámbitos de la vida social: “Y no es sólo la maternidad biológica la que aparece, también la maternalización de los trabajos, de las relaciones, de la visión del mundo, están presentes en la automirada de las mujeres (con hijos o sin hijos)” (Montecino 1996, 289). Como segunda particularidad de la feminidad latinoamericana se encuentra la idea del sacrificio. Su

² La historia particular que signa a América Latina produjo la divinización de la Virgen mestiza y colocó a la mujer- madre en una posición apical dentro de la familia, lo que puede denominarse como culto mariano. Esta singular forma de simbolizar (y por lo tanto de entender) el mundo propone un modelo de identidad de género en el que subyace una compleja relación entre lo femenino y lo masculino. “La madre terrena y madre celestial conjuntarán los atributos de una imagen que cobija, sana, ama, perdona, nutre y crea, madre sola que extenderá su manto para que en él aniden todos sus hijos” (Montecino 1990, 187).

abnegación y entrega absoluta por los otros (hombres) se percibe como un valor social, de carácter sagrado, lo que adquiere más significado aún en contextos católicos como los del continente.

Ante el conocimiento de estas dos particularidades del *marianismo*, entre otras que son abordadas con más profundidad en los capítulos que siguen, comencé a entender que esta imagen femenina a la cual se asociaba a las inmigrantes y a la que varias intentaban asemejarse, se trataba de una manera de justificar su partida y poder continuar siendo “buenas” mujeres para su entorno social. En otras palabras, su emigración era socialmente validada sólo en la medida en que fuese ejercida bajo un sacrificio de madre.

Progresivamente empecé a comprender que la llegada de una “buena” madre (en el sentido moral) no sólo resultaba conveniente para instituciones católicas que buscaban expandir sus principios, sino también para otros grupos o entidades que intentan ejercer un cierto dominio y coerción sobre esta población, como son los santiaguinos que las emplean como trabajadoras de casa particular y el Estado chileno. Sin embargo, ser “buena” inmigrante para estas dos últimas instituciones no sólo refiere a una exigencia en el plano moral sino también productivo y económico, debiendo ser también una “buena” *nana* o servidora. Como se analiza en profundidad en esta investigación, el poder de estas instancias sobre las trayectorias inmigratorias es enorme, lo que hace muy difícil la residencia en Santiago para aquellas que buscan un camino distinto e individual.

Lo más paradójico de esta realidad observada, es que al indagar en las principales perspectivas teóricas y analíticas que han estudiado el fenómeno de la inmigración femenina latinoamericana en países como Estados Unidos, España, Argentina y Chile, entre otros, se denota que éstas se han hecho desde una mirada centrada en el rol familiar y productivo de la mujer, reproduciendo con esto el estereotipo de “inmigrante” señalado antes. Inclusive quienes se sitúan desde una perspectiva de género, han obviado otras trayectorias relativas a quienes emigran por un motivo personal, que no necesariamente se vincula a estos dos ejes. Sólo algunas pocas investigaciones se acercan a esta propuesta, las cuales son citadas durante el transcurso del trabajo.

I. Aproximaciones teóricas para la comprensión de los flujos migratorios femeninos.

La producción académica en torno a los temas de género y migraciones ha destacado por ser prolifera en el último tiempo (desde 1980), tanto así que hoy en día se puede hablar sobre la existencia de un campo de estudio denominado *género y migraciones* (Gregorio Gil 2012, Aubarell 2000). En términos generales, podría decirse que son dos las principales vertientes que han existido desde la aparición de este campo: por un lado, las investigaciones que se sitúan a un nivel macro, desde las denominadas *teorías de la dependencia*, ubicando en el centro del análisis el eje político-económico; y, por otro lado, las que desde una escala micro social, intentan articular la acción de los sujetos dentro de un marco más general.

A. Teorías macro-económicas o de la dependencia.

Uno de los trabajos pioneros en el campo temático *género y migraciones*, y que es reconocido hasta la fecha, es el realizado por Mirjana Morokvasic en 1984, denominado *Birds of Passage are also Women*. Este artículo constituye una respuesta al estudio desarrollado por Piore (1979), *Birds of passage: Migrant Labor and Industrial Societies*, el cual mediante la frase “are also women”, busca enfatizar la participación de la mujer en los movimientos internacionales. En esta misma época, otros estudios como el de Faccett, Khoo y Smith (1984 citado por Gregorio Gil 2012), Wendy Izzard (1985), Simon y Brettell (1986 citado por Gregorio Gil 2012), y el número especial de 1984 de *International Migration Review*, titulado *Women and Migration*, van a ir dirigidos a “visibilizar la experiencia y las particularidades de las migraciones femeninas” (Gregorio Gil 2012, 571). Este olvido de las mujeres migrantes y de las trabajadoras, según los autores, son dos caras de la misma moneda, que no hacen más que demostrar la desigualdad de género reproducida por la literatura académica hasta ese entonces. Como Izzard (1985) señala en referencia a la migración africana:

“The migration literature has long supported the assumption that the migrant modal type is young, single and male. In southern Africa this emphasis has some justification since the pattern of mobility is dominated by the migration of black male workers to the centres of production in South Africa. As a corollary of this, women are presumed to play a passive role in terms of

migratory behaviour, either following their husbands or being 'left behind' in the rural areas of out-migration. Conventional explanations of the sex differential in labour migration have recently been challenged and yet, regrettably, some writers still feel justified in their exclusion of women as wage- earners. The neglect of female migrants and of female workers are two sides of the same coin. This neglect persists despite evidence of the increase in labour migration of women *within* the countries of southern Africa" (Izzar 1985, 258).

Los trabajos mencionados significaron una superación con respecto a estudios más generales de migración, desarrollados bajo el modelo de modernización de la sociedad patriarcal "donde la mujer o bien era invisible o bien aparecía exclusivamente como la esposa del hombre iniciador de la emigración" (Gregorio Gil 1998, 23). Como lo explica en otras palabras la investigadora Oso (1997):

"La subestimación de la migración femenina responde principalmente a un discurso invisibilizador, pues las mujeres siempre han estado presentes en las migraciones internas e internacionales. De la misma manera, la figura de la migrante reagrupada y dependiente del migrante varón forma parte de un imaginario colectivo estereotipado, ya que las corrientes femeninas de carácter económico también han existido a lo largo de la historia" (Oso 1997, 2).

Según los autores pertenecientes a este nuevo campo analítico, las pocas investigaciones (y aisladas) que lograron enfatizar la feminización de los flujos hasta aquella época, como fueron las realizadas por Little (1973) y Obbo (1980 citado por Moore 1991), atribuían a los hombres causas económicas a su emigración, y a las mujeres, biológicas o reproductivas, como son la ruptura matrimonial, embarazos prematrimoniales y la viudez. Este hecho ocultó los posibles proyectos migratorios de las mujeres vinculadas a tareas productivas -formales e informales- realizadas en el país tanto de origen como de destino (Gregorio Gil 1998). También eran contrarios al enfoque microsocial con que se habían abordado dichas investigaciones, las cuales consideraban únicamente las motivaciones individuales en las prácticas emigratorias (Kearney 1986).

Desde una escala de análisis situada a un nivel macro, los estudios ubicados dentro de este nuevo paradigma explican que el proceso de globalización de los distintos países ha generado una creciente (e involuntaria) interdependencia entre ellos (de allí que se

llamen *teorías de la dependencia*³), lo que ha producido, consecuentemente, una mayor desigualdad en la distribución de los recursos e inequidad económica entre regiones. Por un lado, en los países *sub-desarrollados* o *en transición*, aquellos que no han podido integrarse exitosamente en la economía mundial, los incentivos son cada vez mayores, tanto en las personas cualificadas como no cualificadas, para buscar nuevas oportunidades de trabajo en el extranjero. Por otro lado, los países *desarrollados* constatan un aumento de sus tasas de desempleo, en paralelo al empleo de mano de obra “barata” provenientes de zonas desfavorecidas. De manera general, podría afirmarse que comienzan a existir factores de *expulsión (push)* y *atracción (pull)* de mano de obra entre regiones (Portes 1978).

Dicho desplazamiento y relocalización de trabajadores entre países ricos y pobres, ha tendido a favorecer en las últimas décadas a más mujeres que hombres, existiendo un creciente interés de las empresas transnacionales por contratar trabajadoras, quienes “son vistas como más obedientes, más cooperadoras, más diligentes y más fáciles de manejar que los hombres” (traducción propia Lim 1998, 10), lo que se presta para abusos y explotación de la mujer (Sassen-Koob 1981).

Desde esta mirada, Morokvasic (1984) señala:

“Women from the peripheral zones, to whom local production and dissolving economic sector did not offer any more opportunities, represent a ready made labor supply which is, at once, the most vulnerable, the most flexible and, at least in the beginning, the least demanding work force. They have been incorporated into sexually segregated labor markets at the lowest stratum in high technology industries or at the ‘cheapest’ sectors in those industries which are labor intensive and employ the cheapest labor to remain competitive” (Morokvasic 1984, 888).

Por otra parte, estudios recientes explican que las últimas crisis económicas han golpeado más duramente al empleo masculino que femenino (Escrivá 2000); esto se demuestra, por ejemplo, en la disminución de la necesidad de mano de obra obrera

³ Alrededor de los años sesenta, la política económica en Latinoamérica no evolucionó tal como lo predijeron los teóricos de la modernización y se encontraba estancada. Desde una crítica neo-marxista, la teoría de la dependencia utiliza la dualidad centro/periferia para exponer que la economía global posee un diseño desigual para los países no desarrollados, a los que se les ha asignado un rol *periférico* de producción de materias primas con bajo valor agregado, en tanto que las decisiones fundamentales y los mayores beneficios se realizan en los países *centrales*, a los que se ha asignado la producción industrial de alto valor agregado (Kearney 1986).

masculina (producto de la crisis inmobiliaria), paralelo al aumento de la demanda del sector del servicio personal o del cuidado, tales como enfermeras, limpiadoras, asistentes en restaurantes y hoteles, pero especialmente empleadas domésticas, trabajos tradicionalmente ejercidos por mujeres. Así, en el sector del cuidado se ha producido una suerte de *movilidad de reemplazo (replacement women)* de las mujeres nacionales por internacionales, fenómeno que se acrecienta cada vez más, incluso en tiempos de recesión económica de los países (Lim 1998).

Lo expuesto anteriormente, constituye a grandes rasgos el postulado central de las investigaciones situadas en la corriente analítica de la *dependencia* (Kearney 1986), la cual será criticada posteriormente en base a dos argumentos. El primero es que si bien ellos declaran situarse dentro de una perspectiva de género, lo hacen más bien desde un enfoque “de la mujer” (Gregorio Gil 2012), debido a que intentan demostrar su protagonismo en los flujos bajo “la intención de llenar el vacío de una mirada androcéntrica” (Gregorio Gil 2012, 571), lo que finalmente contribuye a la reproducción de las jerarquías entre hombres y mujeres. Por otro lado, estas investigaciones se sitúan en un nivel de escala macro social, poniendo un énfasis economicista, lo que imposibilita comprender elementos locales y particulares, como los significados que las inmigrantes entregan a sus acciones migratorias (Gregorio Gil 1998; Kearney 1986).

B. Perspectiva de la estrategia económica familiar o el enfoque transnacional.

Micheal Kearney en su artículo *From the Invisible Hand to Visible Feet: Anthropological Studies of Migration and Development* (1986), va a ser uno de los primeros en proponer el *modelo articulacionista*. Si bien en este trabajo no se centra en los flujos femeninos, él menciona que esta mirada teórica sería muy útil para analizar el fenómeno:

“One of the most important results of the articulation perspective has been to stimulate research on the special position of migrant women workers. Women’s labor is important to the economics of articulation in two ways. First, because of recent research, we have been made aware of the critical role fulfilled by women as nonsalaried producers of value which sustains households reproducing under conditions of articulation and form which migrant workers are delivered to

capital. And second, much recent work has concentrated on women migrant workers who now outnumber men in industry because of gender-linked characteristics that make them especially attractive to employers” (Kearney 1986, 345).

A partir de la *teoría de articulación*, el antropólogo propone la necesidad de volver a realizar estudios microsociales, pero que incorporen simultáneamente variables de orden estructural o macro. Las categorías unificadoras de ambos niveles se encuentran en dos nociones básicas: el *grupo doméstico* y la *red migratoria*. Posteriormente, estos conceptos son trabajados en profundidad en la investigación realizada por Portes y Böröcz (1991). Más tarde, las investigadoras Linda Basch, Nina Glick Schiller y Cristina Szanton Blanc, en su libro *Nations unbound: Transnational projects, postcolonial predicaments and deterritorialized Nation-States* (1994, citado por Gregorio 2012), como síntesis de ambos términos van a proponer la perspectiva a *transnacional*, la cual a partir de fines de la década de 1990, pasa a ser una de las más utilizadas en el análisis de las migraciones internacionales.

El eje central analítico de los estudios transnacionales se sustenta en la categoría *género*, entendida no como una diferenciación biológica entre hombres y mujeres, sino como una construcción social y cultural de las relaciones de sexo. En base a lo planteado, cada sociedad delimita los roles asociados al ser hombre o mujer (Scott 1999). Desde el punto de vista de la movilidad, se toma conciencia de que los procesos migratorios no afectan por igual a hombres y a mujeres, por lo que poniendo sólo foco en el género masculino no es posible comprender toda la complejidad del fenómeno. Como explica Marcela Tapia en referencia a las investigaciones que se realizaron desde una perspectiva macro-económica:

“Estos modelos no vieron en las mujeres proyectos migratorios independientes o su contribución económica a la familia mediante la realización de trabajos dentro o fuera del hogar. Tampoco dieron cuenta del papel de las mujeres en la reproducción social de la mano de obra migrante en los lugares de destino, ni de las transformaciones en las relaciones de género a las que potencialmente daba lugar la emigración. La preeminencia de una mirada economicista, bajo el influjo neoclásico o estructuralista de influencia marxista, invisibilizó las consecuencias desiguales que las migraciones han tenido en hombres y mujeres” (Tapia 2011, 132).

Desde una perspectiva de género, la mujer aparece como el primer eslabón de las

redes sociales que van a desarrollar la dinámica migratoria, entendiéndola como un individuo activo laboralmente. Como señala Oso (1997):

“El género empieza a ser considerado en el análisis de los movimientos poblacionales, de manera que de la migrante marginal, sujeta a una doble vulnerabilidad, se pasa a los estudios sobre género y migración, poniéndose el acento en el papel activo y no pasivo de la mujer como actora del proceso migratorio” (Oso 1997, 49).

En este sentido, la incorporación de la categoría género dentro de una mirada articuladora no sólo permitió comprender por qué las mujeres habían permanecido apartadas del foco de atención científica, sino también generó una verdadera ruptura conceptual: “Se pasó de la inclusión del género en los estudios de las migraciones internacionales, al género como principio organizador de la movilidad humana” (Tapia 2011, 129).

Es desde esta perspectiva que en los últimos años se ha tendido a explicar los movimientos de la población femenina y latinoamericana hacia ciudades como Madrid (Camarero 2010, Hinojosa Gordonava 2008, Parella 2007, Parella 2012), Barcelona (Oso 1997, Pedone 2003, Hinojosa Gordonava 2008, Parella 2012), Los Angeles (Ramírez, García Domínguez y Míguez Morais 2005, Hondagneu-Sotelo y Ávila 1997, Hondagneu-Sotelo 2001), Buenos Aires (Magliano 2007, Ceriani, Courtis, Pacecca, Asa, Pautassi 2006), concibiéndola como una *estrategia de sobrevivencia económica familiar*. Las inmigrantes, desde esta mirada, emigran fundamentalmente en tanto madres y responsables de la mejoría económica de la familia, para el ahorro y envío de remesas.

Presuponiendo que todas las inmigrantes latinoamericanas son madres que dejan a sus hijos en sus países para “alimentarlos” desde la distancia, varios estudios (Escrivá 2000, Parella 2007, Parella y Calvanti 2007, Pedone 2006 y Suárez 2004) han profundizado en la temática de la *maternidad transnacional*. Intentando superar las corrientes analíticas que se circunscriben sólo a un territorio, ya sea el de origen o el de recepción, se explora en la agencia de las inmigrantes como constructoras de redes, cadenas o comunidades transnacionales. Desde la distancia, la familia se reestructura y encuentra otra forma de organización, bajo lo que autores denominan como *familia*

transnacional (Levitt 2004, Levitt, DeWind y Vertovec 2003, Grasmuck y Pessar 1991).

C. El estudio de las inmigraciones latinoamericanas en Chile.

Una vez analizadas las principales corrientes teóricas para entender los flujos femeninos de las últimas décadas, es preciso conocer qué es lo que se ha señalado en Chile respecto a este fenómeno y cuáles son las perspectivas de análisis más utilizadas para su comprensión.

Uno de los primeros trabajos que anuncia una posible feminización del flujo migratorio en Chile, es el realizado por la Organización Internacional para las Migraciones (1997), denominado *Perfil de la migración limítrofe en Chile. Descripción y análisis de la inmigración peruana y boliviana*, el cual en base a una encuesta no representativa (sólo 92 casos de peruanos y bolivianos) señala que 65% de los inmigrantes son mujeres mientras que un 35% corresponde a hombres (citado por Stefoni 2002a). Estos resultados pasan a ser un indicio del fenómeno.

Cinco años más tarde, Carolina Stefoni, en su libro *Inmigración peruana en Chile: Una oportunidad a la integración* (2002a), va a corroborar esta información en la población inmigrante peruana. La autora, en base a datos del Censo 1992 y visas entregadas por el Departamento de Extranjería (entre los años 1996 y 2000), observa la predominancia de mujeres en esta comunidad:

“La migración intrarregional que llega a Chile presenta un porcentaje bastante parejo de hombres y mujeres. El caso peruano constituye una excepción, pues las mujeres sobrepasan ampliamente el número total de hombres. Ello coincide, sin embargo, con la feminización experimentada por la migración peruana que se dirige hacia diversos destinos” (Stefoni 2002a, 81).

Según la socióloga, esta migración femenina estaría ocurriendo dentro del marco de una nueva ola migratoria en Chile, que se intensifica durante los años noventa, particularmente en 1997. No obstante, ella aclara que este flujo no sería el primero en la historia del país. Existen al menos tres etapas en el análisis estadístico de entradas y salidas poblacionales del país. La primera se manifiesta principalmente entre la

segunda mitad del siglo XIX y la primera del siglo XX, período en el cual el Estado, bajo el objetivo de “modernizar” la sociedad y sus instituciones, desarrolla leyes de apertura y promoción para incentivar la entrada de la población de origen europeo al país. La segunda fase se origina con el Golpe Militar (1973) hasta los años noventa. Durante este período, se distinguen dos episodios de emigración (chilenos que parten al extranjero): el primero, durante los años setenta, provocado por la fuerte represión política vivida en ese entonces, y el segundo dado por las altas tasas de desempleo de la época. La tercera etapa, la cual corresponde al período actual, tiene un carácter intra-regional, donde la mayoría de los inmigrantes provienen de Latinoamérica.

En ese mismo año, en otra publicación, Stefoni (2002b) da cuenta de las razones por las cuales se estaría dando dicho incremento de la migración femenina, atribuyéndolo principalmente a un motivo económico. En primer lugar, existen condiciones del mercado laboral que facilitan la inserción de mujeres inmigrantes en puestos de trabajo. En segundo lugar, las redes establecidas por las peruanas facilitan la llegada de la población quienes son “llamadas por inmigrantes que ya tienen trabajo” (Stefoni 2002b, 126). Finalmente, el empleo del servicio doméstico genera las condiciones para optimizar los objetivos de reunir dinero y poder enviarlo a sus familiares en el país de origen (Stefoni 2002b).

Sin embargo, en el mismo documento la socióloga advierte que “parecieran existir otros argumentos y discursos que acompañan a los motivos económicos y que se relacionan con posibilidades de emancipación y libertad personal” (Stefoni 2002b, 121). Violencia intrafamiliar, opresión al interior de las familias, sobrecarga laboral, son algunas causas observadas que “actúan como aliciente para que muchas mujeres vean en la migración una liberación de los abusos cometidos contra ellas” (Stefoni 2002b, 121).

Por otra parte, en el mismo período, Araujo, Legua y Ossandón (2002), en *Migrantes andinas en Chile: el caso de la migración peruana*, analizan la emigración de mujeres desde la perspectiva del país emisor, esto es Perú, a distintas partes del mundo, como Estados Unidos, España y Japón. Respecto a los países de la región, señalan que Argentina y Venezuela fueron fuertes en un tiempo pasado, pero “en la actualidad lo es Chile” (Araujo, Legua y Ossandón 2002, 13). Según las investigadoras, el principal

gatillante de esta emigración es la crisis económica y política vivida por el país en los últimos años, donde la “población peruana decide emigrar hacia otros países como una forma de salir de la pobreza y escapar de las oscuras perspectivas a futuro” (Araujo, Legua y Ossandón 2002, 13). A partir de un enfoque macro-económico las autoras explican estos movimientos poblacionales:

“La importancia de los factores económicos para entender los flujos migratorios internacionales se ha convertido en un hecho relevante en las últimas décadas. La creciente internacionalización de la economía y la concentración de recursos en algunos países en desmedro de otros son dos de los principales elementos que permiten comprender el aumento de la presencia de estos fenómenos migratorios a gran escala. Es hacia las zonas privilegiadas en la distribución de recursos, ya sea en el ámbito mundial o regional, hacia donde se orientan preferentemente estos movimientos” (Araujo, Legua y Ossandón 2002, 5).

Un año después, el demógrafo Jorge Martínez (de CEPAL), en su investigación *El Encanto de los datos: Sociodemografía de la inmigración en Chile*, constata empíricamente y representativamente lo identificado por estudios previos en cuanto a la feminización de esta tercera ola, al analizar los datos arrojados por el Censo 2002. Como él señala: “La información censal de 2002 es extraordinariamente importante para trazar un perfil de los inmigrantes de acuerdo al origen, sexo, edad, período de llegada y distribución territorial, de modo de avanzar en una interpretación básica de la inmigración” (Martínez 2003, 25). Cinco son los principales hallazgos identificados por el autor: en primer lugar, se observa el mayor índice de inmigración de la historia del país. El Censo 2002 arroja una cifra total de 185.000 inmigrantes, es decir, el número más alto alcanzado hasta la fecha. Como segundo hallazgo, se identifican personas provenientes de países vecinos. En lo que refiere al perfil de los grupos inmigrantes, según las cifras del Censo 2002, un 68% emigran de países de Sudamérica, principalmente de Argentina (26,1% del total de inmigrantes), seguidos por Perú (20,5%), Bolivia (5,9%), Ecuador (50,9%), Brasil (4,3%) y Colombia (3,2%).

En tercer lugar, se percibe una concentración en la Región Metropolitana. Un 61,2% del total de los inmigrantes habita en esta región. Posteriormente, un 8,6% en Valparaíso, un 6,9% en Tarapacá y un 4% en la Araucanía. La concentración en la Región Metropolitana se ve ligeramente superado entre la población nacida en

Ecuador (67%) y se acentúa notoriamente entre los peruanos, llegando a un 80% (apenas un 12% se localiza en Tarapacá, principalmente en la Provincia de Iquique). Una menor concentración, en cambio, caracteriza a la población nacida en Argentina, puesto que un 46% reside en la Región Metropolitana y, cifras ligeramente superiores al 11% se distribuyen, respectivamente, en las regiones de Valparaíso y de la Araucanía.

En cuarto lugar, se constata la feminización del flujo inmigratorio de peruanos. Al observar el número total de la población inmigrante, se percibe un ligero predominio de mujeres por sobre hombres. No obstante, lo más llamativo es la fuerte preponderancia de mujeres en la población peruana, que se ha acentuado a partir de 1996: “Los datos censales confirman la feminización cuantitativa de la migración peruana, pues además, en 1992, ésta registraba un predominio masculino” (Martínez 2003, 27). Lo afirmado por el autor se demuestra en la siguiente tabla:

Cuadro N°1:
Distribución porcentual por sexo de inmigrantes de los cinco principales países de origen, según período de llegada.

País de nacimiento	Período de llega al país				Total	
	Hasta 1995		Desde 1996			
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
Argentina	61,4	64,6	38,6	35,4	100	100
Perú	27,4	20,7	72,6	79,3	100	100
Bolivia	63,9	67,7	36,1	32,3	100	100
Ecuador	24,5	24,6	75,5	75,4	100	100
España	77,3	79,1	22,7	20,9	100	100

Fuente: Elaboración propia en base a los datos Censo 2002 (Martínez 2003).

Por último, se confirma la presencia de mujeres peruanas en el servicio doméstico. Existe una marcada presencia de peruanas que son trabajadoras de casa particular, un 70% del total del grupo se emplea en este sector. Además, de todas las inmigrantes que trabajan en este rubro, las peruanas representan el 80%. Este sería uno de los principales elementos que estaría ocasionando el arribo masivo de esta población.

Tras la importante constatación empírica realizada por Martínez desde los datos censales acerca de la feminización de la inmigración peruana, comienzan a surgir una serie de estudios motivados a comprender la temática. Inspirados por un enfoque de género (y no “de la mujer”, como se había realizado hasta ese entonces), y una

perspectiva *articulacionista*, estas investigaciones plantean como principal motivo del arribo masivo de peruanas a Chile la solvencia económica como parte de una *estrategia familiar*.

Es en este escenario donde se van a desarrollar estudios como el de Fernanda Fuentes (2003) en *Las redes globales del servicio de cuidado: caso de las trabajadoras de casa particular peruanas en Santiago de Chile: "lo personal es global"* (citada en Cano, Contrucci y Martínez 2009) o de Stefoni (2004) en *Inmigrantes transnacionales: la formación de comunidades y la transformación en ciudadanos*. Este último, influenciado por autores como Hondagneu-Sotelo, Pessar y Escrivá en cuanto al flujo latinoamericano femeninos existente en países como España y Estados Unidos, citados anteriormente, va a señalar que la inmigración de peruanas se trata de una ola autónoma; esto es, presidida por mujeres que salen solas de sus tierras a buscar mejores condiciones de empleo. Por otra parte, se menciona los efectos que puede tener este tipo de movimientos poblacionales sobre las familias que quedan en los países de orígenes, generándose importantes transformaciones al interior de ellas bajo un modelo transnacional:

“A su vez, la emigración de mujeres para buscar oportunidades de trabajo y el hecho de que debe ausentarse por tiempos demasiado largos, debiendo dejar a sus hijos al cuidado de terceros, está generando profundas transformaciones al interior de la familia y el caso peruano no es una excepción (Hochschild 2000, Weyland 1998). Una de las consecuencias visibles es la conformación de familias transnacionales, es decir familias nucleares que tienen a parte de sus miembros en Chile y parte en Perú” (Stefoni 2004, 6).

En ese mismo año Stefoni, junto a Lorena Nuñez deciden indagar más profundamente respecto del concepto de *transnacionalismo*, incorporado por Alejandro Portes, que entiende esta noción como “un campo ocupado por un número creciente de personas que viven vidas duales; tienen hogar en dos países, hablan dos idiomas y se ganan el sustento a través de contactos continuos y regulares a través de fronteras nacionales” (Portes 2000, citado en Nuñez y Stefoni 2004, 111). Por medio de una encuesta (no representativa) efectuada a 149 personas pertenecientes a “distintas comunidades” que viven en el centro de Santiago, se llega a la conclusión de que sólo se puede hablar de transnacionalidad para el caso de la migración peruana; sin embargo, a un nivel más primario, esto es de lazos de parentesco, particularmente madres que se

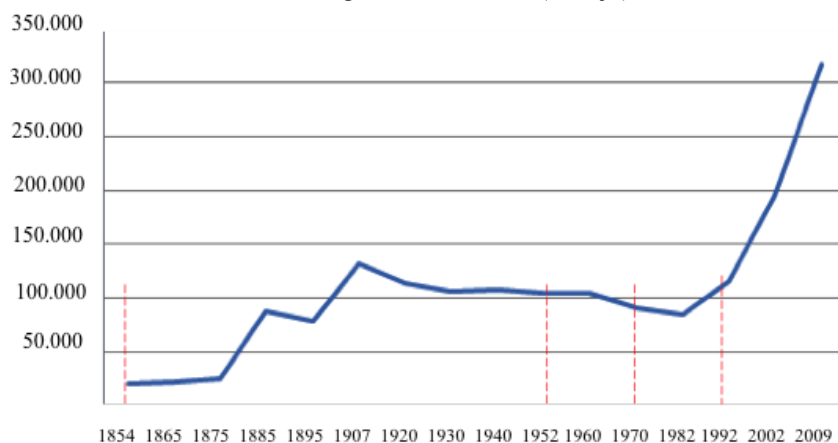
encuentran en Santiago trabajando. Según lo concluido, aún no es posible afirmar una transnacionalidad desde una dimensión que incorpore elementos legales o políticos como la doble ciudadanía y la ampliación de derechos civiles.

Otros estudios desarrollados en este período también se unen al enfoque de *estrategia económica familiar*, como el realizado por Zavala y Rojas, en *Globalización, procesos migratorios y Estado en Chile* (2005) y Tijoux, en *Peruanas inmigrantes en Santiago. Un arte cotidiano de la lucha por la vida* (2005). Si bien éste último, considera que “la principal razón para emigrar es la urgencia de costear las necesidades más básicas de sus familiares” (Tijoux 2005, 2), también agrega que existen otras motivaciones de desplazamiento vinculadas a la búsqueda de libertad y autonomía, lo que se concretiza en el deseo de estudiar y capacitarse o de liberarse de hombres que las han maltratado. Lo identificado por la socióloga, en este sentido, se une a la observación realizada por Stefoni (2002) años previos. Sin embargo, cabe destacar que en ambas investigaciones no existe un análisis sistemático que indague acerca de estas motivaciones personales que se diferencian a las familiares y económicas, subrayadas por el enfoque articulacionista.

Posteriormente, en el año 2010, aparece el *Informe Anual del Departamento de Extranjería y Migración* revelando nuevos comportamientos demográficos de la población inmigrante y la femenina. En primer lugar, en base a estimaciones realizadas a partir de datos censales y los visados entregados por la institución, se señala que en Chile la cantidad total de inmigrantes es de 352.344⁴, lo que casi duplicaría los datos del último Censo (185.000). Esto indicaría que alrededor de un 2,08% del total de la población residente en Chile es inmigrante. Sin embargo, como lo explican Cano, Contrucci y Martínez (2009), si se toma en cuenta esta cifra en relación a la población total, se tiene que otros momentos de la historia, particularmente entre los años 1885 y 1920, destacan por su alto porcentaje. En el año 1985 se alcanzó un 3,5% (sobre un 2.507.005 de la población total), y el “pick” estuvo en 1907 con un 4,1% (sobre 3.231.496), como lo demuestra el Gráfico N°2.

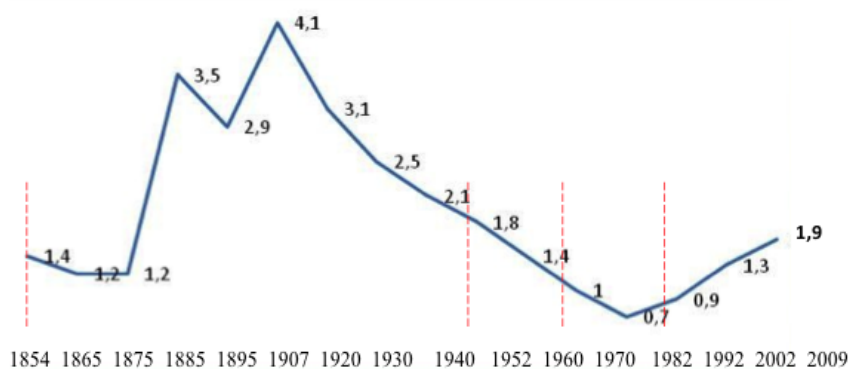
⁴ Ultimamente, se ha señalado en base a estimaciones que serían 415.540 los inmigrantes en Chile (Centro de Derechos Humanos, Universidad Diego Portales 2014).

Gráfico N°1:
Número de inmigrantes (1854-2010) y
tres olas migratorias en Chile (en rojo).



Fuente : Censos nacionales de la población total de 1854 a 2002.
Elaboración propia sobre la base de los censos nacionales de población y hogares, INE Chile y datos del Departamento de Extranjería y Migraciones para el año 2009 (Cano, Contrucci y Martínez 2009).

Gráfico N°2:
Porcentaje de inmigrantes
(sobre la población total) y tres olas migratorias en Chile (en rojo).



Fuente : Elaboración propia sobre la base de los censos nacionales de población y hogares, INE Chile y datos del Departamento de Extranjería y Migraciones para el año 2009 (Cano, Contrucci y Martínez 2009).

Como segundo hallazgo, se encuentra que el grupo de origen argentino deja de ser el mayoritario, pasando a ser reemplazado por la población peruana. Además, otras personas procedentes de países latinoamericanos, como Bolivia, Ecuador y Colombia, estarían crecientemente arribando, lo que se demuestra en el siguiente cuadro (Departamento de Extranjería y Migración 2010).

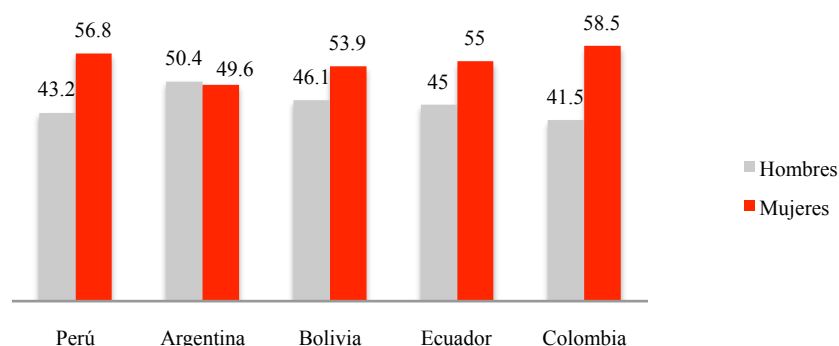
Cuadro N°2:
Estimación número y porcentaje de inmigrantes
según país de nacimiento.

País	Estimación diciembre 2009	%
Perú	130.859	37,1
Argentina	60.597	17,2
Bolivia	24.116	6,8
Ecuador	19.089	5,4
Colombia	12.929	3,7
España	11.025	3,1
Estados Unidos	9.720	2,8
Brasil	9.624	2,7
Alemania	6.547	1,9
China	4.589	1,3
Resto de países	63.249	18
Total	352.344	100

Fuente: Elaboración propia, en base a estimación del Depto. de Extranjería y Migraciones (2010).
Fuente: Censo 2002 y Registro de permisos de residencias otorgados en Chile.

En tercer lugar, en cuanto a la composición por sexo de esta población, se identificaron también importantes transformaciones: en las cinco nacionalidades mayoritarias de inmigrantes, salvo en el caso de los argentinos, existe un predominio de mujeres por sobre hombres, lo que constata una feminización de gran parte de las olas latinoamericanas que han llegado a Chile en los últimos años.

Gráfico N°3:
Porcentaje de inmigrantes según sexo y país de origen, en
nacionalidades mayoritarias.



Fuente: Elaboración propia, en base a estimación del Departamento de Extranjería y Migraciones (2010).

Pese a la relevancia estadística que entregan las estimaciones del Departamento de Extranjería y Migración en cuanto a la preponderancia de mujeres provenientes de países como Bolivia, Ecuador y Colombia, existen pocos estudios de estos segmentos. Si bien surgen investigaciones orientadas a la comprensión de lo que se denomina “inmigrantes andinas”, esto es, bolivianas, ecuatorianas y peruanas (Acosta 2011 y 2013, Salvatori 2013, Arriagada y Moreno 2011, Alman 2011, con un énfasis también “economicista”), escasean indagaciones específicas a cada grupo, como la desarrollada por Amador (2011) con *La incesante diáspora africana: afrocolombianas solicitantes de asilo en el norte chileno*.

Aunque se desconocen con certeza las cifras⁵, en los últimos cinco años se ha percibido también la llegada de mujeres procedentes de la zona del Caribe, particularmente de Haití⁶ y República Dominicana. Sin embargo, se estima que es en este segundo grupo donde existe un predominio de mujeres versus hombres, tratándose de una inmigración “que responde principalmente a necesidades laborales y económicas” (Valenzuela, Riveros, Palomo, Araya, Campos, Salazar y Tavie 2014, 104). Faltan también investigaciones cuantitativas y cualitativas que se orienten a conocer estos segmentos.

⁵ Lamentablemente no se puede contar con los resultados del último Censo 2012 ya que existió un error por parte del Instituto Nacional de Estadísticas (INE) en la obtención y tratamiento de los datos. En el 2014, se hizo público el resultado de una auditoría técnica liderada por el INE con asesoría directa del Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE) de Naciones Unidas, donde se concluyó que los datos generados para el año 2012 no cumplen con los estándares para que este operativo sea denominado como un censo.

⁶ Tras el terremoto ocurrido en Haití en el año 2010, el Gobierno chileno entregó *visas de refugio* a esta población. Sin embargo, en los últimos años esta población ha ingresado por medio de visa de turismo o sujeta a contrato para poder trabajar (Valenzuela, Riveros, Palomo, Araya, Campos, Salazar y Tavie 2014).

II. Problematización: más allá de una estrategia económica-familiar.

Desde la aproximación empírica a las mujeres inmigrantes y latinoamericanas estudiadas en este trabajo, se establecen que son dos las principales limitaciones o alcances de las teorías desarrolladas dentro del campo temático de *migración y género* para comprender el fenómeno que ocurre en Chile, descritas previamente. La primera de ellas, es un marcado énfasis economicista circunscribiendo a la inmigrante únicamente al trabajo, y la segunda, es seguir asociando a la mujer a la maternidad y a la esfera de la familia.

A. El mercado énfasis economicista: la circunscripción de la mujer al trabajo.

Ante el descuido observado por la literatura académica perteneciente al campo *migración y género*, por entender a la inmigrante como un principal proveedor de la familia, se percibe que ha existido un énfasis exagerado en esta respuesta, olvidando relevar otros elementos que movilizan a estas personas a partir lejos. Si bien se reconoce que el hacer visible el argumento de que las mujeres no sólo se movilizaban bajo un fin de reunificación familiar sino también laboral, ha constituido un enorme avance por parte de esta nueva ola investigativa, se considera que en estos estudios también ha existido un olvido, que es considerar a las mujeres en otras dimensiones, distintas a la económica.

En cuanto a la migración latinoamericana como tal, si se han abordado temáticas como la emancipación, liberación, realización y desarrollo profesional de la inmigrante, se ha hecho en el contexto de otras problemáticas vinculadas a la concepción de ella en tanto trabajadora, por lo que estos no han adquirido la suficiente fuerza (Camacho y Hernández 2005, Malher y Staab 2005, Stefoni y Tijoux, antes citadas). Otros autores (Thayer 2011, Stefoni 2002, Stefoni 2009, Herrera 2008, Escrivá 2000) han abordado estas dimensiones, pero considerándolas como un *proceso de empoderamiento* vivido en el extranjero, entendido como un producto o consecuencia de la dimensión económica, esto es, del trabajo y ganancia de dinero en el nuevo territorio. Bajo esta mirada, ese empoderamiento se va adquiriendo durante la vivencia migratoria misma, pero no ha sido analizado como un elemento impulsor

que daría origen a la experiencia migratoria, que es el argumento que plantea esta investigación.

Mediante lo expuesto, no se quiere negar el hecho de que las inmigrantes analizadas no tomen en cuenta la situación económica y las oportunidades laborales que existen en la ciudad de acogida a la hora de emigrar y durante su residencia en el extranjero. Esta variable es sin duda un elemento importante a considerar por ellas (que es lo que se profundiza, por lo demás, en los capítulos IV y V), pero no constituye la única justificación por la cual llegan a Santiago. Existen otros criterios, distintos al laboral, que movilizan a varias de estas mujeres a partir.

Jorge Balán (1990) ha sido uno de los únicos investigadores que ha destacado esta variable no-económica del flujo migratorio de latinoamericanas, particularmente en la emigración boliviana a Argentina. Según los resultados proporcionados por el sociólogo, mientras los varones emigran por una necesidad laboral, vinculada al proceso de creación de un nuevo hogar, las mujeres son un bien cotizado en su lugar de origen ya que contribuyen al ingreso familiar; por consiguiente, tienen menos motivos para protagonizar una migración de tipo económica. En base a su visión, sólo se trasladan a Argentina solteras o bien mujeres que se han visto sometidas a grandes tensiones familiares.

No obstante, aún cuando la tesis planteada por Balán puede entenderse como un gran aporte para la época -en el sentido que fue bastante rupturista al desvincularse de una corriente económica muy en boga en ese momento- se observa también que mediante su planteamiento vuelve a lo desarrollado por investigaciones previas al surgimiento del campo *género y migraciones*, lo cual tampoco corresponde al objetivo de este trabajo. El atribuir la emigración a la emancipación de la mujer del dominio de la pareja o familia, es seguir vinculándola a la esfera familiar o del hogar, lo cual resulta ser bastante reduccionista como enfoque, que es lo que se plantea en el siguiente punto.

B. La asociación entre feminidad y maternidad: la circunscripción de la mujer a la esfera de la labor o la familia.

El concebir a la migrante sólo como proveedora del hogar corresponde una injusticia de género que, paradójicamente, los estudios de la corriente de género han tendido a reproducir. Pese a que estas investigaciones mediante dicho argumento intentan sacar a la mujer de la esfera familiar o privada, la han seguido encasillando en ella. Dos son las principales limitaciones, desde lo planteado por este estudio. Una, el deducir que todas las mujeres inmigrantes son madres y tienen hijos, siendo que varias no lo son, al menos eso es lo que muestran los resultados de esta investigación en cuanto a las inmigrantes latinoamericanas que residen en Santiago, en el Capítulo II. Dos, en el caso de aquellas que son madres, el concluir directamente que el motivo de su emigración está impulsado por sus hijos, por su rol de madre.

Otros investigadores en el último tiempo han podido también dar cuenta de este sesgo. La antropóloga y experta en la temática migratoria, Carmen Gregorio Gil, en cuanto al flujo femenino ha señalado “que todas las mujeres inmigrantes, que han dejado hijos biológicos en su país de origen, se guían en sus prácticas y sentimientos por el vínculo amoroso entre madre e hijo que las convierte en transnacionales, más que un hecho dado, debería ser un hecho a indagar” (Gregorio Gil 2012, 575). A propósito del concepto de *maternidad transnacional* trabajado por la teoría de género, la autora señala que hay que evitar la definición de las mujeres como seres afectivos “desde la presunta relación con la procreación y la crianza” (Gregorio Gil 2012, 577). Si se asume patrones universales de la mujer en este sentido, resulta complejo mostrar cómo se construyen las relaciones de género, que es el objetivo de los estudios circunscritos en el campo.

En este sentido, la propuesta de Gregorio se dirige hacia la politización de la categoría de *mujer*, situando fenómenos como el de la maternidad transnacional dentro del entramado específico de relaciones de poder y los significados sociales que reproducen la noción cultural hegemónica de la maternidad. “Quizás esto nos ayudaría a aportar miradas diferentes a los tan frecuentes relatos culpabilizantes y victimizantes, o de heroicidad en su polo opuesto, que leemos en los medios de

comunicación en relación a las mujeres madres transnacionales” agrega Gregorio Gil 2012 (575).

Retomando la misma crítica formulada por Gregorio Gil, Marcela Tapia (2011) a propósito de la inmigración latinoamericana ocurrida en Chile en último tiempo señala que “se advierte la necesidad de situar la maternidad en el entramado de las relaciones en las que se inscriben las prácticas, significados e imágenes social y culturalmente construidas sobre este mandato y de la posibilidad de politizarlo” (Tapia 2011, 133). Con ello, se evita caer en el “reduccionismo esencialista” (Tapia 2011, 133) que define a la mujer migrante especialmente como madre biológica, sin por ello desconocer el peso de dicho mandato en la configuración de los proyectos migratorios.

C. Labor, trabajo y acción⁷: un viaje hacia la subjetivación.

Ante lo planteado, el propósito de esta investigación es ir más allá de la concepción de la inmigrante en tanto trabajadora y madre, comprendiéndola en su integridad, como un individuo.

De la vasta literatura revisada en cuanto a las olas migratorias de latinoamericanas ocurridas en el último tiempo, sólo un estudio se une a este inexplorado argumento. Este es el desarrollado por Martha Ruiz bajo el nombre *Ni sueño ni pesadilla: diversidad y paradojas en el proceso migratorio* (2002), quien de manera etnográfica estudia a las ecuatorianas que habitan en la ciudad de Ámsterdam. Dentro de sus resultados ella resalta que “a pesar de este contexto específico, no se puede afirmar que la migración sea una consecuencia de fenómenos exclusivamente económicos y la decisión racional y objetiva de los y las migrantes. En sus relatos, las mujeres ecuatorianas que entrevisté pusieron especial énfasis en las motivaciones personales que tuvieron para salir de Ecuador” (Ruiz 2002, 90). Dentro de las razones se encuentran la ruptura de matrimonios y relaciones de pareja y la necesidad de liberarse de padres o esposos autoritarios, lo que está determinado por el plano de la labor o familiar, por lo que en este sentido lo planteado no resulta ser una novedad.

⁷ *Labor, trabajo y acción*, responde al título de una conferencia presentada por Hannah Arendt probablemente (se desconoce la fecha exacta) en 1957 (Arendt 1995 [1953]).

Pero la autora también destaca su deseo de “conocer otros mundos” (Ruiz 2002, 90), explicándolo de la siguiente manera:

“Uno de los aspectos que más se repitió en estos relatos fue la constante referencia que hicieron los tres grupos de migrantes ecuatorianos al ‘progreso’ y el ‘desarrollo’ como motivaciones para dejar su país de origen. Generalmente, estas nociones y anhelos tienen relación con las oportunidades, símbolos y valores asociados al ‘primer mundo’, y especialmente con la posibilidad de acceder a bienes materiales y aumentar la capacidad de consumo en general, lo que a su vez se convierte en una manera -quizás la única- para ascender socialmente, ‘superarse’, ‘salir adelante’ y ‘ser alguien’, como expresaron durante las entrevistas” (Ruiz 2002, 90).

Lo observado por Ruiz, es también lo percibido desde el trabajo de campo realizado en esta investigación. En un segmento de mujeres se identifican motivaciones que no se adhieren a un objetivo económico y colectivo sino más bien personal, como es el realizarse profesionalmente, viajar y vivir en ciudades “modernas” y “europeas” -tomando las palabras de las entrevistadas- como Santiago. Antes de emprender el viaje, estas mujeres son influenciadas por experiencias de personas cercanas a ellas (como una hermana, amiga o tía) que ya se han atrevido a emigrar y han sido exitosas en el extranjero. Estas mujeres ya han tenido una importante trayectoria en “países desarrollados” y se identifican, en su mayoría, con valores como el desarrollo personal y la autonomía, propios de “mujer moderna”.

Sin embargo, cabe destacar que mediante lo expuesto no se trata de instalar una mirada etnocéntrica, partiendo de la premisa de que Chile, en tanto sociedad de acogida o “desarrollada” es el lugar ideal para vivir ya que ofrece a las mujeres “pobres” oportunidades para su liberación. Todo lo contrario, como se demuestra durante el transcurso de la investigación, los hechos no ocurren de este modo. Al llegar a Chile las inmigrantes son desafiadas por mecanismos institucionales, que intentan encauzar y homogeneizar sus trayectorias bajo la égida de un *individuo laboral*. Por un lado, los empleadores de casa particular, quienes desde el abuso y explotación que esconde un trato paternalista, intentan que la inmigrante sea la mejor *servidora* y *nana*. Por otro lado, el Estado, por medio del control de sus fronteras o las trabas existentes en el Departamento de Extranjería y Migraciones, hacen lo posible para que su comportamiento se adhiera al perfil de la “buena inmigrante” o más bien de la “buena” huésped y trabajadora, donde su presencia debe ser lo más silenciosa

posible (Tijoux 2002, Tijoux 2013).

Pero algo constatado es que desde la mirada de las inmigrantes, por la influencia de múltiples factores -entre esos, los discursos hegemónicos “raciales” instalados por nuestros gobiernos desde su origen (idea en la que se profundiza en el Capítulo V)-, Chile representaba un país de “blancos”, de “europeos” y “moderno” para las inmigrantes antes de venir, siendo este motivo uno de los principales elementos de atracción.

Por otra parte, también se observa que esta idea de modernidad captada en las entrevistadas tiene que ver con una invitación a vivir un proceso personal, de valentía, en el extranjero. Como lo explican Danilo Martuccelli y François de Singly (2012) [2009], citando al filósofo Marshall Berman que escribe *All that's solid melts into air* (1982):

“Pour lui, la modernité, bien plus qu’une période historique ou qu’une culture, est avant tout une expérience particulière, une aventure indissociablement historique et existentielle, par laquelle les individus se sentent capable de changer le monde qui est lui-même en train de les changer... Etre moderne signifie être pris dans une multitude d’expériences, de temporalités et d’espaces différents, de promesses et de dangers constants” (Martuccelli y François de Singly 2012 [2009], 7).

Por medio del viaje, las inmigrantes buscan aventura, salir de sus rutinas y tradiciones para sentir la sensación de estar ellas frente al mundo, algo que la literatura por lo demás ha sabido bien retratar. Como lo señala Julio Cortázar en su obra *Rayuela*:

“La Maga no sabía demasiado bien por qué había venido a París, y Oliveira se fue dando cuenta que con ligera confusión en materia de pasajes, agencias de turismo y visados, lo mismo hubiera podido recalar en Singapur que en Ciudad del Cabo; lo importante era haber salido de Montevideo, ponerse frente a frente con eso que llamaba modestamente ‘la vida’” (Cortázar 1993 [1964], 32).

Se observa que ese interés por viajar que intenta retratar el autor tiene que ver también con una dimensión existencial, propia del ser humano, con un desafío que él se plantea para vencer las limitaciones y superar las ataduras del cuerpo; con un romper

las cadenas o raíces para mirar hacia delante y empezar de nuevo, como lo representa también muy bien Andrés Neuman en su novela *El viajero del siglo*:

“...pienso que para saber dónde quiere estar uno necesita ir a lugares distintos, conocer cosas, gente, palabras nuevas (¿eso es viajar o escapar?, preguntó el organilleo), buena pregunta, déjeme pensar, a ver: es las dos cosas, también se viaja para escapar, eso no es malo. Tampoco es lo mismo huir que mirar hacia adelante. Yo, volvió a hablar Lamberg, siempre he soñado con escaparme a América. A América o cualquier sitio donde se pueda empezar de nuevo. A mí me gustaría empezar todo de nuevo” (Neuman 2009).

“Con alguna incoherencia y unos cuantos hipidos, Hans contó que los tibetanos llamaban al ser humano ‘el que migra’, por la necesidad de romper con sus cadenas. El organillero, que aparentemente se mantenía sobrio, contestó señalando el pinar: Yo no tengo cadenas, como mucho raíces. Sí, bueno, claro, se atropelló Hans, claro, bueno, sí, pero lo que los tibetanos vienen a decir es que las cadenas y raíces y esas cosas nos impiden movernos, y que viajar es vencer esas limitaciones y superar las ataduras del cuerpo...” (Neuman 2009, 125).

Lo señalado evoca a la noción de *subjetivación* que las ciencias sociales han intentado abordar. Si bien existe una pluralidad de definiciones, en lo que confiere a esta investigación, se toma la descrita por el sociólogo Danilo Martuccelli, entendiéndose “como la voluntad o la vivencia de poseer un dominio personal sustraído a lo social” (Martuccelli 2007, 53). Existe “algo” en los individuos que es particular y escapa a lo social, explica él (lo que finalmente es una paradoja ya que se está haciendo alusión a un dominio personal que se sustrae de lo social, dominio interno que resulta ser profundamente social e histórico). Mediante la *subjetivación* el actor espera afirmar un aspecto singular y único en sí mismo, lo que se diferencia, no obstante, del término de *identidad* donde el actor espera conseguir una determinación plena y común en los otros.

Mediante un enfoque que reivindica a la mujer inmigrante (y no la victimiza como se ha hecho hasta el momento), se propone entenderla no sólo como un individuo que tiene el derecho a realizarse en lo que la filósofa Hannah Arendt denomina como el plano de la *labor* (correspondiente al plano biológico del ser humano o de la familia) o el *trabajo*, sino también en el de *acción* o la *pluralidad*. La *vida activa* es aquella que supera el plano de la naturaleza y la necesidad, es aquella que permite a cada individuo dar cuenta de su propia particularidad; “la acción, con todas sus incertezas,

es como un recordatorio siempre presente, de que los hombres, aunque han de morir, no han nacido para eso, sino para comenzar algo nuevo” (Arendt 1995 [1953], 107), idea que se profundiza a lo largo del trabajo.

III. Enfoque teórico y metodológico del estudio: hacia una Sociología del Individuo del fenómeno de la inmigración.

La presente investigación se inserta en lo que ha sido denominado estos últimos años como *Sociología del Individuo*. Dos principales razones llevan a situarla dentro de este enfoque.

- **A un nivel teórico, la *Sociología del Individuo* permite comprender a la inmigrante de forma integral, en sus distintas dimensiones, considerándola no únicamente bajo categorías sociales y etiquetas homogeneizadoras, como el ser trabajadora o madre de familia.**

A partir de los años setenta, la sociología ha comenzado a observar un desfase o desacuerdo entre las experiencias subjetivas de los individuos que conforman una sociedad y los procesos colectivos. La idea de estudiar la sociedad como un todo, “como gran contenedor de prácticas sociales, es cada vez menos percibido como un elemento fundamental de la representación que los sociólogos tenemos de la realidad” (Martuccelli 2007, 9). Nace el argumento de que las sociedades crecientemente se han destradicionalizado, esto es, los hábitos y roles heredados ya no sirven más de orientación para la acción. Hoy en día, las personas han incrementado su capacidad reflexiva sobre las formas tradicionales de ser y hacer el mundo, poniendo en práctica estas reflexiones, lo que obliga a las ciencias sociales a buscar nuevas formas de interpretación de la realidad social (Martuccelli y de Singly 2012 [2009], Martuccelli 2007, Araujo y Martuccelli 2012, De Singly 2003). Ante este escenario, trabajos como los desarrollados por Ulrich Bech, Anthony Giddens, Zygmunt Bauman, Scott Lash, John Urry y Anthony Elliott explican este proceso contemporáneo bajo la noción de *individualización* (el término fue re-lanzado por Ulrich Bech, pero fue abordado por varios autores décadas atrás).

En este trabajo se postula que el flujo femenino y latinoamericano estudiado, no ha quedado exento a estas transformaciones sociales. Varias de las biografías dan cuenta de un proceso de *individualización*. Mujeres que ya no sólo deben ser analizadas en función de su rol de madre o trabajadora (en Latinoamérica el rol de reproducción económica del hogar se le asigna también a la mujer, como se profundiza en el

Capítulo II), que es lo que ha sido tradicionalmente asignado, sino también en sus múltiples facetas, como es el ser inmigrante, viajera, profesional, etc. Mujeres que están movilizadas también por sueños e intereses personales que buscan ser alcanzados en nuevo territorio, en el extranjero, lejos de su hogar y entorno de origen. Mujeres que en su forma de ser y hacer se alejan de las pautas establecidas por la tradición.

En este trabajo, tomando la variable género como el principal eje articulador, se propone ampliar la mirada con la que se ha observado tradicionalmente a las migrantes latinoamericanas, tomando en cuenta los procesos de *individualización* que viven las mujeres estudiadas.

- **A un nivel metodológico, la *Sociología del Individuo* permite estudiar las formas de individuación vividas por las inmigrantes en Santiago, desde la escala del individuo (la inmigrante), pero vinculándola a elementos comunes o estructurales, como es el tener que lidiar con temas como la pareja, los hijos, el trabajo, la ciudad y el Estado desde el nuevo territorio. Esta perspectiva posibilita demostrar la tensión que existe entre el nivel estructural e individual, esto es, el intento homogeneizador de instituciones latinoamericanas bajo la categoría *inmigrante madre e inmigrante laboral* y su deseo de liberarse de estas formas de opresión.**

Debido al cambio societal explicado anteriormente, la sociología comienza a comprender que las biografías son centrales para designar y comprender los mundos sociales, por lo que su unidad de análisis pasa de la sociedad al individuo. Ante este nuevo desafío, un grupo de investigadores, provenientes en su mayoría de la Universidad Sorbonne Paris 5 -Danilo Martuccelli, François de Singly, Elsa Campos, Claude Kauffman-, desarrollan la perspectiva de la *Sociología del Individuo*. Bajo la influencia de la micro-sociología, que se potencia en la Escuela de Chicago con autores como Herbert Mead, Robert Park y Herbert Blúmer (quienes fueron maestros de otros importantes como Erving Goffman o Howard Becker), esta línea investigativa propone estudiar los procesos de *individuación* (y no *individualización*)

desde el individuo (y no la sociedad vista como un todo), y la interpretación que él le otorga a su acción (desde una sociología *comprehensiva*⁸).

A diferencia de la corriente europea que comprende los procesos de *individualización* desde las grandes transformaciones estructurales, la *Sociología del Individuo* se interesa por las experiencias individuales (de allí que se denomine individuación). No obstante, ésta no deja de lado los componentes estructurales o históricos de las sociedades, sino más bien los intenta vincular con el nivel individual, bajo la pregunta ¿qué tipo de individuo se fabrica estructuralmente en una sociedad?

El concepto de *prueba* (*épreuve*, en francés) es el que permite articular el nivel micro y macro social. Se plantea que existe una pluralidad de respuestas de los individuos ante ciertos desafíos o *pruebas* comunes, lo que significa que a pesar de los procesos de diferenciación que viven los actores, existe paralelamente una fuerte estandarización societal. Las *pruebas* aportan cierta tensión y grados de incertidumbre para cada individuo que termina acentuando la disociación entre él y el mundo (Martuccelli 2007). Como lo resume Araujo y Martuccelli (2012):

“Los procesos de individuación se definen, así, por una combinación entre la naturaleza estructural de las pruebas que se deben afrontar- una dimensión que subraya nuestra participación en un colectivo social e histórico común-, y el trabajo de los individuos – las maneras en que cada actor las percibe y las enfrenta singularmente a través, por un lado, de ciertos ideales que lo orientan y, por el otro, por lo que su propia experiencia personal le dice sobre las vías posibles, aconsejables y eficientes para presentarse y conducirse en lo social” (Araujo y Martuccelli 2012, 16).

Gracias a la propuesta metodológica de este enfoque, en esta investigación se logra unir la escala micro y macro social. En base a la *prueba inmigratoria*, se analizan las diferentes respuestas de las inmigrantes ante este desafío común, en dimensiones como la maternidad, la pareja, el trabajo, su relación con el Estado chileno y la vida

⁸ La sociología *comprehensiva* intenta analizar las significaciones vividas por los actores y pone en evidencia las lógicas que guían su acción. Esta corriente sociológica, que nace con autores como George Simmel o Max Weber, podría ser tildada por los “durkhemianos” (o sociología explicativa) como una sociología subjetiva o no probable, ya que toma en cuenta la reflexibilidad y las competencias de los mismos actores (Le Breton 2004).

urbana (que se transforman también en distintas *pruebas*, como se explica posteriormente).

Cabe destacar que esta investigación pone un especial énfasis en cómo las *pruebas* construyen y van forjando los recorridos e identidades de las inmigrantes, en relación a su historia en su país de origen. En otras palabras, se propone estudiar las maneras en que ellas lidian con su pasado (la tradición) en el nuevo escenario de vida, desde un intenso trabajo de adaptación. Ante el desvanecimiento de ciertos *soportes* (Martuccelli 2007) cotidianos que existían en sus rutinas en su país, se van ver confrontadas a una etapa de redefinición identitaria y toma de posición respecto a su tradición, optando algunas por su preservación y otras por su ruptura. Además, en el caso de la población analizada, estos desafíos se van a vivir de forma radical, al ser personas latinoamericanas, “indias” y “negras”, es decir “no deseadas” por el Estado (bajo el ideal de blancura europeo); se enfrentan a una sociedad desde el lado de la exclusión, desde el ser extranjero, un lugar “aparte” del *nosotros* (Simmel 1999 [1908]), los chilenos, lo que dificulta aun más su residencia.

Este acento puesto en la trayectoria emigratoria responde a dos motivos: uno, a que la mayoría de las inmigrantes analizadas son personas recién llegadas o llevan pocos años viviendo en Chile, por lo que están muy marcadas por su experiencia previa, en su país de origen. Se postula que para la comprensión de la inmigrante, es fundamental incorporar la vida de la emigrante (pese a que su interpretación de los hechos ya están influenciados por su experiencia inmigratoria). Como lo explica el experto en este campo: “On ne peut faire la sociologie de l’immigration sans esquisser, en même temps et du même coup, une sociologie de l’émigration; immigration ici et émigration là sont les deux faces indissociables d’une même réalité, elles ne peuvent s’expliquer l’une sans l’autre” (Sayad 1999,15).

Dos, en este trabajo interesa conocer los motivos centrales por los cuales las inmigrantes decidieron partir de sus realidades de orígenes, una pregunta que es fundamental tener en cuenta para el entendimiento de la persona que migra y del flujo en su totalidad. De allí la importancia otorgada al pasado de la inmigrante, en su contexto originario. Por eso: “Il faut prendre pour objet la relation entre le système des

dispositions des émigrés et l'ensemble des mécanismes auxquels ils sont soumis du fait de l'émigration" (Sayad 1999, 57).

En base a la literatura revisada dentro del enfoque de la *Sociología del Individuo*, es posible afirmar que esta investigación constituye la primera focalizada en el estudio de un flujo poblacional migratorio, y una de las pocas que se ha enmarcado en el contexto latinoamericano. En este sentido, existe un desafío exploratorio de hacer funcionar una perspectiva teórica y metodológica que no ha sido puesta a prueba hasta entonces en el campo migratorio, intentando proporcionar una mirada diferente al fenómeno. Al mismo tiempo, desde el análisis y los resultados se espera poder contribuir a esta corriente abriendo nuevas reflexiones e interrogantes que inviten a su redefinición.

IV. Metodología del estudio.

A. Pregunta de Investigación.

Ante lo planteado en este Capítulo Introdutorio, la pregunta de investigación queda formulada en los siguientes términos: **¿Cómo la *prueba inmigratoria* revela formas específicas de adaptación de las inmigrantes (más o menos individualizadas), en dimensiones como la maternidad, la pareja, el trabajo, el Estado y su aproximación a la ciudad, en Santiago?**

B. Objeto de estudio y unidad de análisis.

El objeto de estudio de esta investigación es la inmigrante boliviana, ecuatoriana, peruana o dominicana acogida por el Centro Integrado de Atención al Migrante (CIAMI). Estas nacionalidades corresponden a las mayoritarias inscritas en la organización⁹, salvo el caso de las colombianas, que fueron excluidas ya que corresponde a un “perfil” diferente que el abordado (*emigración forzada* (Ortegón 2013), donde muchas llegan a Chile por razones políticas).

La mayoría de las peruanas inscritas, provienen (es decir, nacieron) principalmente de regiones costeras, particularmente de Lima (33,6% del total de las inscritas), La Libertad (17,4%), Arequipa (10,3%), Ancash (9,8%), entre otras. En cuanto a las bolivianas, casi la mitad de la muestra estudiada es originaria del departamento La Paz (23,3%), y el resto de Santa Cruz (18,9%), Cochabamba (16,2%) y Potosí (8,5%), entre otras. De las dominicanas, casi el 50% responde que nació en la provincia¹⁰ de

⁹ Cabe destacar que si bien para la selección de la muestra fue importante distinguir el país originario de las inmigrantes, en el análisis realizado no aparece como un eje estructurante. Como se planteó, la escala del análisis se sitúa a nivel de individuo, esto es, se focaliza en los discursos y prácticas de las inmigrantes, donde se obtiene que el nivel Estado-nación no representa una variable sustancial que las asemeje o distinga (aunque sí se reconoce que esta escala actúa sobre el contexto particular del cual cada una de ellas procede, lo que termina también afectando indirectamente a la inmigrante). Esto quiere decir en otras palabras que este trabajo no se dirige a realizar una comparación sobre las semejanzas o diferencias de las inmigrantes según nacionalidades, sólo se aludirá a ellas cuando las fuentes lo propongan.

¹⁰ Se tomaron las divisiones administrativas que las inmigrantes asocian que viven. Si bien la pregunta está orientada hacia la provincia en que nacieron, varias respondían la región o departamento, sobretodo en los casos de Ecuador y República Dominicana. Se “limpió” la base de datos y finalmente se llegó a estructurar a las peruanas y bolivianas según región, y a las ecuatorianas y dominicanas en base a provincia. Ver información detallada en Anexo N°1.

San Cristóbal, y el resto se distribuye entre Santo Domingo (25,5%) y San Juan (4,7%), entre otras. Por último, más de la mitad de las ecuatorianas (57%) viene de la provincia costera de Guayas y con una diferencia importante se encuentran las de El Oro (8,3%), Esmeralda (7,8%) y Pichincha (7,8%), entre otras.

En el marco del ente jurídico de la Fundación Scalabrini, el CIAMI es una institución creada en el año 2001 (ubicada en la comuna de Ñuñoa, en la ciudad de Santiago), al servicio de todas las mujeres que llegan no solamente del extranjero, sino también del norte y sur de Chile (aunque esta migración interna es poco significativa respecto a la internacional). Desde su origen, el CIAMI brinda servicios esenciales a las inmigrantes, en particular por medio de una escuela de asesoras de hogar (áreas de cocina, repostería, primeros auxilios, formación religiosa, psicología del niño y regulación de documentos), un lugar de alojamiento con capacidad para aproximadamente 45 mujeres y una bolsa de trabajo orientada principalmente al rubro de trabajadora de casa particular¹¹.

C. Técnicas y fuentes de recolección de información.

La investigación es de carácter cuantitativo y cualitativo, cuyas fuentes de información son las siguientes:

- Base de datos de la bolsa de empleo de CIAMI.

Se tuvo la oportunidad de acceder a una gran base de datos recolectada por la institución, a partir de la aplicación de una ficha¹² a las inmigrantes que se inscriben a la bolsa de trabajo. El formulario se implementa bajo el objetivo de contar con los datos básicos de las inscritas en referencia a su edad, género, país y ciudad de procedencia, dirección en Santiago, religión, entre otras variables.

Para el análisis estadístico se seleccionaron los casos de las nacionalidades mencionadas, correspondiendo a 22.594 mujeres, que contestaron el cuestionario¹³ entre mayo del año 2004 hasta septiembre del año 2013. Aunque no se trata de una

¹¹ Un análisis más detallado de la institución se expone en el Capítulo IV.

¹² Ver en el Anexo N°2 ficha de inscripción de inmigrantes.

¹³ Un profesional o funcionario del CIAMI realiza las preguntas a la inscrita.

muestra representativa del total de inmigrantes que habitan en la Región Metropolitana, puesto que los casos no fueron escogidos aleatoriamente y en un período de tiempo determinado, el alto número de mujeres analizadas corresponde a un grupo importante de dicho universo poblacional. Si se considera la totalidad de las inscritas respecto a los resultados del Censo 2002, se tiene que representan un 35,6% del total de mujeres inmigrantes que residen en la Región Metropolitana, lo que es un porcentaje importante.

Por otra parte, se cuenta con la base de datos de los potenciales empleadores que se inscribieron a la bolsa de trabajo de CIAMI entre el año 2004 y 2011 (esta información no pudo ser actualizada hasta el año 2013), para contratar a las inmigrantes como trabajadoras de casa particular, correspondiendo a 20.972 mil casos. Entre las variables preguntadas en la ficha¹⁴ de inscripción está el género, profesión y dirección de domicilio del potencial empleador.

Mediante la información estadística entregada, en este trabajo se realiza un exhaustivo análisis cuantitativo, el cual se considera que es de suma relevancia en la actualidad, debido a que desde los resultados del Censo 2002 no se logra tener información de tan alta masividad respecto a los comportamientos migratorios en la Región Metropolitana. Es mediante esta información que se elaboraron gráficos y mapas expuestos a lo largo del informe.

En cuanto a la metodología¹⁵ utilizada para la elaboración de los mapas presentados en el Capítulo III, se realizaron los siguientes pasos. En primer lugar, se extrajeron las coordenadas geográficas de Google Earth de las direcciones de los potenciales empleadores a través de la elaboración de un sistema de programación informático. Posteriormente, esta información fue geo-referenciada por medio del programa ESRI ArcGIS for Desktop Advanced, lo que dio origen a los primeros mapas (Nº1 y Nº2) que representan los hogares de la oferta del cuidado en la Provincia de Santiago y su entorno. Posteriormente, para la construcción de las cartografías Nº3 y Nº4, se relacionó la localización geográfica de los hogares con las variables *género del empleador* y *estado de actividad laboral del empleador*, respectivamente. Finalmente,

¹⁴ Ver ficha de inscripción de empleadores en el Anexo Nº3.

¹⁵ Los mapas fueron realizados junto al Profesor e Ingeniero de Estudios de la EHESS, Jean-Claude Raynal.

para la elaboración del mapa N°5, en base a los contratos efectuados por CIAMI entre la oferta y la demanda (7.271 casos), se representaron las elecciones (una vez realizadas) de los empleadores respecto a sus preferencias entre trabajadora particular *puertas adentro* y *puertas afuera*.

En lo que concierne a la realización de la cartografía de fondo de los mapas, a nivel de distrito, se utilizó la información geográfica del Censo 2002 elaborada por INE. Dada la inexistencia de esta información para toda la Región Metropolitana, el territorio abordado contempla los distritos que se encuentran dentro del radio urbano de la Provincia de Santiago (sumado a la comuna de Puente Alto). En cuanto a la representación geográfica del nivel socio-económico, se tomó un índice promedio del nivel socioeconómico de los hogares por distrito, elaborado a partir de las preguntas que refieren al número de bienes y el nivel educacional de los hogares, consultadas en el Censo 2002¹⁶.

La metodología aplicada para la construcción de los mapas de las residencias de las inmigrantes presentados en el Capítulo VI, es la misma a la previamente señalada. Gracias a la ayuda del sistema de programación y el programa d'ESRI ArcGIS for Desktop Advanced, se traspasaron las direcciones de las inmigrantes inscritas a CIAMI a la forma de datos geo-referenciados, bajo coordenadas de latitud y longitud (de Google Earth). Estas coordenadas fueron, en seguida, reagrupados a nivel de distrito, utilizando la información geográfica del Censo 2002 elaborada por INE. Luego, se confrontó la distribución espacial de los datos con la información socioeconómica de cada distrito (bajo el mismo índice socioeconómico utilizado en los mapas del Capítulo III), lo que llevó a elaboración de mapas topográficos (o “choroplèthes”), de círculos proporcionales e histogramas.

¹⁶ Este índice se obtuvo a partir del cálculo realizado por la Geógrafa María Sarella Robles dentro del Proyecto Anillos de Investigación en Ciencias Sociales CONICYT denominado *Barrios en crisis y barrios exitosos producidos por la política de vivienda social en Chile: influencia de la segregación residencial y lecciones de política*, llevado a cabo por la Pontificia Universidad Católica de Chile (2004). Este se construyó en base a la ponderación socioeconómica establecida por la Asociación de Chilena de Empresas de Investigación de Mercado (AIM): E: 10%, D: 35%, C3: 25%, C2: 20% y ABC1: 10%.

- Etnografías en CIAMI.

Se desarrolló un estudio etnográfico por medio de un trabajo de voluntariado realizado en el CIAMI, entre marzo y mayo del 2011. Dentro de las actividades que debí realizar estaban contestar el teléfono en la bolsa de trabajo, servir el almuerzo y limpiar el casino, logrando insertarme en la lógica institucional de la organización. Posteriormente, en septiembre y octubre del 2012, y de octubre a diciembre del 2014, seguí frecuentando el lugar para observar y conversar con los profesionales e inmigrantes. Las percepciones y experiencias que tuve como investigadora en “el terreno” son expuestas a lo largo del informe, junto al análisis de los datos.

- Entrevistas semi-estructuradas.

Se realizaron 42 entrevistas semi-estructuradas a inmigrantes inscritas en la organización, con una duración de entre 30 y 90 minutos. Se eligió esta técnica bajo el objetivo de lograr una conversación más fluida y espontánea con las entrevistadas, teniendo en cuenta ciertos temas fundamentales que debían ser abordados (que servían como pauta). En un principio, se tomó como estrategia aplicar las entrevistas fuera del CIAMI para poder tener una más grata y libre conversación, siendo ellas las que elegían el lugar de encuentro (Plaza de Armas, estación de metro para acompañarlas en su recorrido diario, etc.). Con la autorización del CIAMI, se contactaba a las inscritas vía telefónica para luego coordinar una reunión. No obstante, este sistema no fue efectivo ya que varias personas se sentían amenazadas al recibir un llamado telefónico de una desconocida (se les decía que era de parte de una voluntaria del CIAMI, pero muchas no creían), lo que además ponía en cuestionamiento la seriedad de la institución.

Lo anterior me obligó a idear otra forma de aproximarme a las entrevistadas. Observando que las inmigrantes tenían importantes tiempos “muertos” en el patio del CIAMI mientras esperaban encontrar un trabajo, me dije que éste sería un buen espacio para conversar con ellas. Y fue así. En una primera instancia, me sentaba a charlar y cuando sentía que había una buena disposición por parte de alguna de ellas, le consultaba si quería ser entrevistada. Si su respuesta era afirmativa, nos alejábamos

e íbamos a un espacio más aislado para sentirnos más cómodas. Antes de comenzar la entrevista le preguntaba si podía grabar la conversación, prometiéndole el anonimato.

Ambas técnicas de contacto, permitieron tener dos tipos de muestras, lo que terminó siendo una ventaja para el estudio. El primer segmento de mujeres, que correspondió a siete entrevistas, se habían inscrito hace meses o años al CIAMI, por lo que era posible conocer sus trayectorias posteriores a la búsqueda de empleo como trabajadoras de casa particular. En cambio, el segundo grupo, constituían personas recién inscritas, que se encontraban en ese momento desempleadas (cabe destacar que esta diferencia muestral no debe confundirse con el período residencia de la persona en Chile, puesto que varias de las personas del segundo segmento llevaban años habitando en el país).

Si bien la tendencia en un inicio fue pensar que las mujeres de un primer segmento se encontraban en una situación laboral y de vida mejor que la segunda, esto no necesariamente fue así. Todas las primeras entrevistadas posteriormente al contacto del CIAMI habían caído nuevamente en el desempleo y varias se encontraban todavía en el rubro del trabajo doméstico. Ambos grupos, a pesar de sus años de residencia, se encontraban insertos en el mismo círculo vicioso de la vulnerabilidad migratoria, que es una de las conclusiones de la investigación, abordada en profundidad en los distintos capítulos.

En cuanto a la manera de presentarme a las entrevistadas, les aclaraba desde un principio que yo era una voluntaria de la organización, que era chilena, pero que paralelamente realizaba estudios en Francia. Les señalaba que para uno de los trabajos de la universidad necesitaba conocer la percepción que ellas tenían del CIAMI y de Chile, por lo que requería entrevistarlas. Pese a lo enredado que era este relato (que correspondía a mi real situación), me di cuenta de que era efectivo ya que permitía presentarme como una suerte de inmigrante, alguien que estaba entrecomillas en su misma situación, en el sentido de que no pertenecía completamente a Chile, lo que les daba la confianza para ser críticas ante algunos temas y abrirse a mí. Además, sentí que la “estudiante europea” era una figura que a ellas les agradaba, posiblemente porque la asociaban al clásico modelo de jóvenes procedentes de Europa que vienen a Latinoamérica a hacer ayuda social.

En cuanto a la selección de la muestra, se eligieron mujeres de las cuatro nacionalidades antes mencionadas. Para poder indagar más acerca de la incidencia de los años de residencia en Chile en sus vidas, intenté en lo posible distribuir homogéneamente la muestra entre tres categorías: menos de un año, entre uno y cinco años, y más de cinco años (lo que se resume en la siguiente tabla). La definición de los períodos se realizó en función de un análisis estadístico previo de la base de datos del CIAMI, donde se constata que dichos momentos establecen ciertos quiebres en la vida de la inmigrante en ámbitos como el tipo de trabajo que buscan (*puertas adentro* o *puertas afuera*) y la familia, como se expone en los capítulos.

Cuadro N°3:
Nombres (ficticios de las entrevistadas), según país de residencia y años de residencia en Chile.

Nacionalidad/período de residencia	Menos de 1 año	Entre 1 y 4 años	Superior a 5 años
Perú	Renata, Angélica, Jenny	Abigaíl, Anais, María del Pilar, Érica, Susana, Teresa, Sonia, Inés, Rocío, Rita	Mery Katrina, Laura, Gladys, Reina, Rosa, Estela
República Dominicana	Mirta, Gaby	Carmen, Lucila, Darinka, Tamara, Ruth	
Bolivia	Marta, Soraya, Maritza, Cintia, Icela, Belén	Yanet, Cristina, Sabrina, Fátima	Betti
Ecuador	Silvia, Úrsula, Juliana	Valeria	Rosalía

Fuente: Elaboración propia.

V. Presentación de los capítulos.

La presente investigación se estructura en función de seis capítulos, cada uno vinculado a una *prueba inmigratoria*. Las *pruebas* fueron definidas de manera inductiva. Por medio de las estadísticas y entrevistas con las inmigrantes se identificó cuáles eran los desafíos más importantes y difíciles de confrontar desde su llegada a Chile. Cada una de estas *pruebas* se abordaron incorporando una aproximación temporal, esto es, considerando las trayectorias de las migrantes desde antes de su partida hasta el momento de la entrevista.

El primero de ellos refiere a la *prueba conyugal* o de la pareja, analizando cómo las inmigrantes se enfrentan a esta dimensión desde la distancia. Si bien el estar en pareja es considerado como un desafío de todo individuo “occidental” en la época actual, se demuestra que en el caso de las inmigrantes este ámbito se vive de manera aún más radical y extrema. Por medio de la descripción de seis “trayectorias tipos” se da cuenta de las distintas soluciones que las mujeres encuentran desde el nuevo territorio, algunas más tendientes al polo de la tradición, de lo que su entorno de origen le ha enseñado que deben seguir, y otras más proclives a romper con lo estatuido, encontrando formas propias e individuales de vivir el amor desde la distancia.

El segundo capítulo trata sobre la maternidad; es decir, se intenta responder a la pregunta sobre cómo las mujeres se enfrentan al desafío de ser madres desde Santiago. También desde la creación de ciertas trayectorias comunes, se busca mostrar cómo existen inmigrantes que conciben su residencia en el extranjero como un sacrificio por su esposo e hijos, bajo el modelo mariano impuesto por la tradición. Estas mujeres se acercarán a la descripción de la proveedora, descrita por las investigaciones del último tiempo inscritas en el enfoque de género. Por otra parte, se describen otras biografías que se alejan de este modelo, madres que viven su nueva experiencia sin culpas ni resquemores. Conciben su estadía como una oportunidad personal, una posibilidad de volver a nacer.

Posteriormente, en el tercer capítulo, se comienza a introducir la *prueba laboral*. Aceptando que la variable económica es un elemento de atracción y de definición del flujo inmigratorio estudiado, se describe la demanda del cuidado en Santiago.

Mediante un análisis cualitativo exhaustivo, en complemento con datos cualitativos, se describe el perfil socio-económico y residencial de los potenciales empleadores de las inmigrantes, así como sus intereses y expectativas del tipo de trabajadora de casa particular que buscan.

En el capítulo siguiente, en el cuarto, se profundiza en la *prueba laboral* desde la visión de la oferta del cuidado, esto es, desde las inmigrantes. En base a la tesis de que existe un segmento importante de ellas que buscan reproducir conductas con rasgos serviles en su trabajo, se incursiona en la reflexión de las relaciones de dominación dentro de los hogares de familias santiaguinas. También, por otro lado se demuestra cómo existe un grupo de inmigrantes que intenta romper con las formas habituales de ser trabajadora en lo que respecta su clase, “raza” y género, estableciendo un vínculo más profesionalizante con sus empleadores, lo que termina siendo contraproducente para sus vidas. Se concluye que es mediante una actitud con rasgos serviles que se logra una relativa integración a la sociedad chilena.

En el quinto capítulo, se explora en la *prueba institucional* que les toca confrontar a las inmigrantes en Chile. Se observa que el Estado chileno sigue operando con los mismos criterios que han controlado la realidad migratoria desde su origen, esto es, seguridad nacional, mejoramiento de la “raza” y productividad. Se postula que el Estado permite el ingreso de las inmigrantes, pero sólo en tanto trabajadoras del sector terciario, como empleadas de aquellos puestos de trabajo que hoy en día las chilenas no están dispuestas a realizar, como es el de ser *nana y puertas adentro*. Aquellas personas que vienen a Santiago a estudiar, a realizarse profesionalmente, a abrir nuevos horizontes laborales, por lo general terminan frustradas, en un contexto que las obliga situarse en determinados espacios que dicen relación con su estatus social y “raza”.

En un último capítulo, se explora en la *prueba urbana*. Mediante el apoyo de representaciones cartográficas y análisis estadísticos, se identifica que las mujeres inmigrantes, a pesar de que sus años en Santiago avanzan, continúan viviendo en las comunas a las que llegaron en un principio, aquellas que actúan de “puerta de entrada”. Distintas hipótesis se plantean para poder entender este *efecto fósil* habitacional, dentro de las cuales se encuentra el hecho de que la ciudad constituye

uno de los pocos espacios donde las inmigrantes ejercen su autonomía, libertad y *subjetivación*, lo que hace que ellas deseen aprovecharla habitando en sus zonas centrales.

Por último, se dan a conocer las conclusiones de este trabajo. Recapitulando los principales temas abordados en los distintos capítulos, se busca exponer los resultados más importantes de la investigación, y de qué manera ellos contribuyen a responder a la pregunta central, expuesta en un inicio. Finalmente, se abren nuevas interrogantes para seguir indagando acerca del tercer flujo inmigratorio, el cual plantea múltiples desafíos y pruebas a la sociedad chilena en su conjunto y al campo investigativo.

Capítulo I.

Estrategias y retos de la vida en pareja de la mujer
inmigrante.

Introducción.

La prueba conyugal: entre la pertenencia y la des-pertenencia.

En este capítulo se propone describir los distintos ajustes o *arreglos* (*arrangements*, Hondagneu-Sotelo y Ávila 1997) que las inmigrantes van haciendo para lograr su adaptación en Santiago en el ámbito de la pareja. Los múltiples recorridos analizados en torno a esta temática son representados por medio de seis “trayectorias tipo”, expuestas a continuación. Estas muestran las principales configuraciones que se van dando en la vida de estas mujeres desde su partida en cuanto a su estado civil, junto a sus formas de confrontarse al peso de la tradición, donde algunas desde la distancia buscan reproducir el rol de “buena” esposa o pareja definido por su entorno social de origen, y otras intentan liberarse de las obligaciones sociales atribuidas a su género.

Por un lado, desde las trayectorias que se inclinan a lo que podría denominarse como el “polo de la tradición”, se observan a modo general mujeres que en su día a día se esfuerzan por seguir cumpliendo desde la lejanía con sus funciones como esposa o acompañante que ejercían antes de su partida, intentando en lo posible anular los efectos de la separación. En este tipo de recorrido se identifica que el dolor de estar lejos de los suyos lo canalizan mediante el trabajo, concentrándose en la meta económica propuesta. Se percibe una infantilización hacia sus maridos o parejas, a quienes deben cuidar, haciéndose cargo de ellos económicamente y emocionalmente ya que son como uno más de sus hijos. En este sentido, su rol como esposa está completamente entrelazado con el de madre. El dinero ganado es siempre para sus familiares, y nunca para ellas, por lo que suelen tener una vida ascética.

Sin embargo, por otro lado y desde el “polo del individuo”, se identifican inmigrantes que buscan por medio del viaje emanciparse de ese rol de esposa-madre que les correspondía asumir en sus realidades de origen por el hecho de ser mujer, desafiando la tradición. En el extranjero ellas dejan de confrontarse a imperativos familiares y sociales, como el hay que ser madre, hay que tener pareja, hay que quedarse en la casa, hay que escuchar, obedecer y servir al hombre, para pasar a preguntarse ¿es eso lo que quiero hacer de mi vida? Son mujeres que, por lo general, han tenido una gran desilusión amorosa y, por lo mismo, no están dispuestas a vivir una experiencia

similar bajo una relación seria. Desde la concepción de que el hombre bajo el compromiso constituye una responsabilidad o carga más para la mujer, sólo aceptan tener relaciones amorosas pasajeras y no comprometedoras. En su nueva vida, en medio del anonimato, ellas ponen a prueba el modelo de la mujer autónoma o “moderna” que las movilizó a partir de sus tierras.

No obstante, cabe destacar que al hacer referencia a lo *estatuido* (De Singly 1996, Araujo y Martuccelli 2012) no se está aludiendo necesariamente a la trayectoria de una mujer casada o, contrariamente, con lo *no estatuido*, a la de una mujer soltera. No es el estado civil de la inmigrante el que determina su orientación hacia el polo social o individual, sino más bien la forma en que ella se confronta y experimenta ese rol. Como se expone posteriormente, existen inmigrantes que se encuentran bajo un régimen matrimonial, pero en su residencia en Santiago, se alejan de los parámetros tradicionales de ser esposa. O, contrariamente, se identifican también mujeres solteras que intentan a toda costa, desde la distancia, seguir respondiendo a las expectativas de sus padres, bajo el rol de la “buena” hija.

Si bien el estar en pareja es considerado como un desafío típico que experimenta un individuo “occidental” en la época actual (Duret 2007), en este capítulo se muestra que en el caso de la inmigrante esta dimensión se vive de manera aún más radical y extrema. El vivir en el extranjero las obliga a realizar un esfuerzo más importante de lo acostumbrado para seguir sobrellevando sus concepciones del amor y de la vida en pareja. El encontrarse sola en un mundo extraño o el estar a miles de kilómetros del esposo, representan pruebas difíciles de soportar en Santiago.

Tres hallazgos de la ola inmigratoria en relación a la dimensión de la pareja.

El estudio de las diferentes trayectorias de las inmigrantes en relación a la dimensión conyugal no sólo permite comprender los distintos procesos vividos a nivel individual por las inmigrantes, sino también afirmar tres importantes características de la ola en su conjunto.

En primer lugar, gracias al análisis estadístico y cualitativo realizado, es posible confirmar el *carácter autónomo* del flujo, observado por CEPAL (Martínez 2003),

esto es, mujeres que estarían arribando no acompañadas a Chile, a partir de los años noventa. No obstante, poco se sabía si esas mujeres que llegaban solas lo hacían bajo un proyecto familiar o más bien si eran personas que emigraban bajo objetivos individuales, sin ningún tipo de “atadura” o compromiso con su pareja.

Como se detalla más adelante, hasta la fecha existía la tendencia a pensar que se trataba más bien del primer tipo de mujer. Dicha interpretación podría deberse a que, por un lado, en el campo migratorio desarrollado en Chile, no han existido estudios que aborden con la suficiente profundidad y sistematicidad la dimensión conyugal de la inmigrante latinoamericana, por lo que poco se conoce al respecto. Pero, por otro lado, la única investigación que ha entregado algunos resultados representativos de esta temática, es la realizada por CEPAL (Martínez 2002) la cual, en base a los datos censales del año 2002, afirma la existencia de una mayoría de mujeres inmigrantes casadas, que llegaban a Chile bajo un compromiso conyugal. Para establecer este tipo de aseveración, dicho estudio se basó en una muestra que tomaba a mujeres peruanas que habitaban en el país para el año 2002, una población que es muy heterogénea como para poder hacer ese tipo de referencias respecto al tercer flujo migratorio. Por ejemplo, se tomó a personas que se situaban en las zonas limítrofes entre Perú y Chile quienes, por su época de llegada al país, se escapan del perfil que estaría integrando la “tercera ola” estudiada.

Los datos con los que se trabaja en esta investigación –los de CIAMI y censales -, que integran ecuatorianas, peruanas, bolivianas y dominicanas, restringidos a la Región Metropolitana, demuestran lo contrario a lo afirmado por CEPAL. He aquí el segundo hallazgo de este estudio: se trata más bien de un movimiento migratorio femenino compuesto sobretodo por solteras, por mujeres que no se encuentran comprometidas con un hombre. Esta información llevaría a plantear que la perspectiva de *estrategia económica familiar*, explicada en el Capítulo Introductorio, al menos desde la relación conyugal, no es la única ni tampoco la más apropiada para describir el comportamiento del flujo analizado.

Por otra parte, como tercer resultado relevante, que rompe con otra de las preconcepciones existentes en torno a esta “inmigrante”¹⁷, se encuentra el hecho que varias de las mujeres que llegan a Santiago lo hacen motivadas no sólo por una razón económica, que es lo que plantea la *teoría económica macro y la de estrategia económica familiar* (explicadas en la Introducción), sino también y sobretodo para huir del ambiente opresor que vivían en sus países, generado en parte por las relaciones que tenían con sus maridos o, en el caso de las solteras, por las atribuciones sociales que se le asignan a la mujer.

Desde este punto de vista, como se demuestra por medio de las estadísticas -como, por ejemplo, el alto número de mujeres que emigran solteras y que continúan varios años en esta condición, o la importante cantidad de esposas que tras años de vivir en Chile continúan separadas de sus cónyuges-, así como a través de las historias de vida, la inmigración se plantea como una posibilidad de re-inversión para la inmigrante, un viaje hacia la autonomía, al encuentro con ellas mismas, lejos de las obligaciones de tener que convertirse en una “buena” esposa.

El rol de la “buena” esposa o “buena” hija (en el caso de algunas solteras) al cual estas mujeres debían orientarse en sus contextos de origen -ya que era lo socialmente bien visto y aceptado- bajo su opinión impedía su realización en otras esferas de sus vidas, distintas a la reproductiva o familiar. Existía un obstáculo de poder “parcializar”¹⁸ su rol de esposa, de poder ejercerlo en algunas circunstancias de su vida cotidiana, y no en todo momento, como sus cónyuges y la sociedad se los demandaba. Esta situación las hacía sentirse asfixiadas, alienadas, personas que carecían del manejo de sus vidas. Ante este contexto, la emigración, para este tipo de trayectorias, es percibida como la única salida a sus vidas.

En una primera parte, este capítulo busca proporcionar una visión general de cómo la *prueba conyugal* se distribuye socio-demográficamente y temporalmente en el

¹⁷ Al hacer referencia a la inmigrante entrecomillas, se está aludiendo a la representación social existente en Chile hacia esta mujer.

¹⁸ Según François de Singly (2000), que estudia las relaciones de pareja desde una Sociología del Individuo, una característica de la sociedad contemporánea es la multiplicidad del *yo* (el *soi*, en francés) que debe aprender a manejar un individuo frente a distintas situaciones. La identidad de cada cual se construye en base a la multiplicidad de roles. Al unirse con un otro, la persona no es que deje, por ejemplo, de ser hijo o hija, sino que en ciertas situaciones deberá actuar como tal (frente a sus padres) y en otras pasa a ser cónyuge asumiendo las atribuciones de este rol.

segmento estudiado. Por medio del análisis del estado civil de las inmigrantes recién llegadas, pero también de aquellas que llevan varios años de residencia en Chile, se describen las distintas configuraciones de parejas (o “no parejas”, considerando las que están solas) existentes y sus transformaciones en los distintos períodos inmigratorios. Gracias a la importante muestra estadística que se cuenta de la población abordada, se logra conocer empíricamente si se trata de una ola liderada preferentemente por mujeres comprometidas (con conviviente o casadas) o solteras, demostrando un rasgo específico del flujo.

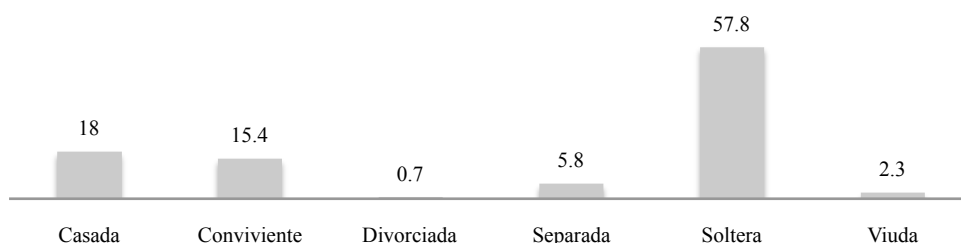
Posteriormente, se indaga en los procesos y dinámicas intersubjetivas de la *prueba conyugal*. A partir de la información cualitativa obtenida por medio de las entrevistas, se identifican seis principales trayectorias de las inmigrantes en relación a la dimensión de la pareja, describiendo, en una segunda parte del capítulo, a las mujeres solteras y en una tercera y última, a las casadas.

I. Más allá del estereotipo de la inmigrante casada.

A. De la mujer casada a la mujer soltera.

¿Cuáles son las posibles configuraciones de parejas de la población estudiada? Para responder a esta interrogante es preciso conocer el estado civil de las inmigrantes inscritas al CIAMI. De los resultados expuestos en el Gráfico siguiente¹⁹, llama la atención el alto porcentaje (57,8%) de mujeres²⁰ que se inscriben dentro de la categoría *soltera*, contra un 18% que se reconocen como *casadas* o un 15,2% con *conviviente*. Por otra parte, en porcentajes muy menores se encuentran las *separadas* (5,8%), *viudas* (2,3%) y *divorciadas* (0,7%).

Gráfico N°4:
Porcentaje de inmigrantes inscritas a CIAMI,
según estado civil
N: 18.593



Fuente: Elaboración propia en base a los datos CIAMI 2004 a 2013.

El alto porcentaje de mujeres solteras identificado resulta ser una cifra bastante reveladora en el campo de las migraciones en Chile. Hasta la fecha, la única²¹ investigación que ha entregado cifras más representativas de este tercer flujo inmigratorio femenino respecto al estado civil, ha sido *El Encanto de los datos: Sociodemografía de la inmigración en Chile*, realizado por CEPAL (Martínez 2003). Dentro de sus resultados, se afirma que la población peruana (población mayoritaria de ese entonces, después de la argentina) estaría principalmente constituida por

¹⁹ La clasificación del estado civil presentada, corresponde a la realizada por el CIAMI, en la ficha de inscripción. Esta es la misma que realizan encuestas nacionales como el Censo y Casen.

²⁰ La base de datos incluye mujeres nacidas en Perú, República Dominicana, Ecuador y Bolivia, como se explica en el Capítulo Introductorio.

²¹ FLACSO (Núñez y Stefoni 2004) realiza también una investigación abordando la pregunta del estado civil, por medio de una encuesta aplicada a 149 inmigrantes, pero se desarrolla sólo en la comuna de Santiago, por lo que sus resultados son poco representativos de la población total migrante que habita en la capital o en la Región Metropolitana.

mujeres casadas, superando por casi el doble al grupo de solteras. Según el Censo de 1992, en ese año habrían 964 mujeres célibes, contra 1.557 casadas; diez años más tarde, el Censo 2002 confirma un aumento proporcional en ambos grupos, pasando a 5.048 solteras y 9.672 que se encuentra bajo un contrato de matrimonio.

Estas estadísticas han dado cabida a una errada interpretación de la realidad de la “inmigrante”, que dice relación con la existencia de una mujer, madre y esposa, que llega a Chile a trabajar bajo una *estrategia familiar*, como se explica en el Capítulo Introductorio. Sin embargo, como las estadísticas de CIAMI y las censales (pero tomando otra muestra que la de Martínez (2003), centrada en la Región Metropolitana) lo comprueban, y como se demuestra en las próximas líneas mediante el análisis de las entrevistas, existen otras trayectorias que componen este grupo, que dice relación con la existencia de una mujer que emigra de su realidad sin un compromiso de pareja.

La discordancia de resultados entre las cifras censales entregadas por el estudio de CEPAL y las recolectadas por el CIAMI, podría explicarse por un problema de representatividad asociado al segundo instrumento²²; no obstante, se plantea que son más bien las diferencias muestrales -periodos de obtención de datos, nacionalidades estudiadas y áreas geográficas abordadas- las que estarían ocasionando la brecha estadística señalada.

Bajo el objetivo de poder comparar ambos instrumentos, de los datos censales se tomaron las cuatro nacionalidades de las mujeres estudiadas, que habitaban en ese entonces en la Región Metropolitana, intentando igualar ambas muestras (salvo el desfase temporal, que no puede ser resuelto). Como el Gráfico a continuación lo representa, se obtiene que efectivamente el problema de discordancia de resultados, antes mencionado, se debía a una diferencia en la selección de la muestra, ya que los resultados bajo este nuevo cálculo se acercan bastantes unos de otros. Al observar los datos censales se percibe que, al igual que las cifras del CIAMI, la población de

²² Aunque no se trata de una muestra representativa de la población total de inmigrantes que habitan en la Región Metropolitana, ya que los casos estudiados no fueron escogidos aleatoriamente, el alto número de casos recopilados hace referencia a un grupo importante de esa población.

inmigrantes se constituye mayoritariamente por solteras y no por casadas, como se habría señalado.

No obstante, pese a que ambas metodologías comprueban una innegable mayoría de mujeres célibes, las estadísticas de CIAMI se sitúan aproximadamente 15 puntos porcentuales por sobre los resultados del Censo, lo que podría explicarse por cuatro motivos.

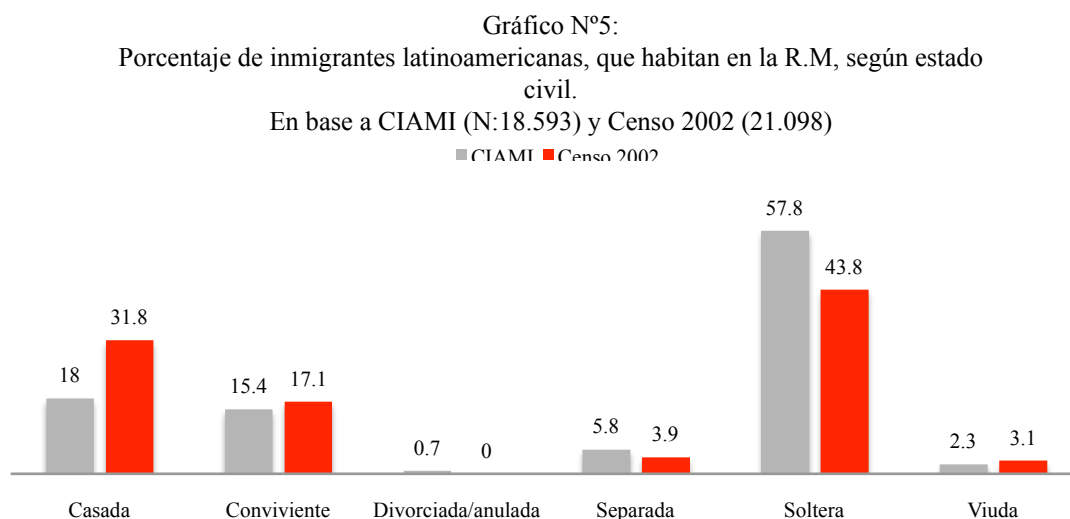
La primera razón se podría vincular a un problema metodológico en la aplicación del instrumento del CIAMI. Se piensa que en el momento de contestar el cuestionario de la ficha de inscripción, algunas de las inmigrantes que vivían bajo la unión libre o con un conviviente, al tener que declarar su condición civil frente a una institución católica, por miedo a ser rechazadas por ésta, podrían haberse inscrito como solteras. Además, como lo reconocen las mismas mujeres entrevistadas, existe una sensación generalizada de que una empleadora prefiere contratar a una soltera más que a una comprometida, por lo que, por conveniencia laboral, frente a la bolsa de trabajo, podrían haber optado por la primera categoría. De allí que pudiese explicarse también que el porcentaje de personas que reconocen vivir bajo el concubinato sea un poco inferior en los datos del CIAMI que en los censales.

La segunda explicación posible es que, como se profundiza más adelante mediante los datos cualitativos, varias inmigrantes al partir están intentando rehacer su vida, lo que incluye la dimensión amorosa. Existen casos de mujeres que vivían con su pareja, pero al emigrar ponen también en cuestión su relación, pasando a ser mujeres célibes. El límite entre una persona bajo el concubinato (que declara vivir con conviviente) y el celibato será bastante difuso y ambiguo: según las circunstancias y situaciones, ella se autodenominará de una u otra manera. Por esta razón, en este trabajo se analiza la categoría *conviviente* asociándola más a la trayectoria de una mujer soltera que casada, aún teniendo en cuenta que en Latinoamérica es una práctica muy masiva de forma de convivencia de pareja, sobre todo en los sectores medios y bajos (Binstock y Melo Vieira, 2011).

La tercera razón, y que se vincula a la naturaleza misma de la institución, es que el perfil de inmigrante que acoge el CIAMI es más homogéneo y restringido que el

captado por el Censo. La fundación se crea para acoger una mujer que llega a Chile sola, con pocos recursos y que está en búsqueda de oportunidades laborales. Esta persona se distingue de la inmigrante que emigra para acompañar a su marido, quien llega con un puesto de trabajo de antemano y bien calificado. Este último perfil descrito podría estar siendo incorporado por el Censo, pero no por los datos de CIAMI, lo que explicaría la mayor cantidad de mujeres casadas identificadas por el instrumento oficial.

Por otra parte, cabe destacar que esa diferencia porcentual de los datos censales con los de CIAMI, podría deberse no sólo a inconvenientes asociados al instrumento de la institución, sino también a un problema de diferencia temporal en el momento de la aplicación de ambos cuestionarios, lo que constituye una cuarta explicación. Por lo demás, puede que los datos de la institución estén representando más a la población inmigrante actual que los captados por el Censo 2002. Es necesario esperar los resultados del próximo Censo nacional para poder tener una aproximación más exacta de lo analizado.



Fuente: Elaboración propia en base a los datos CIAMI 2004 a 2013 y Censo 2012.

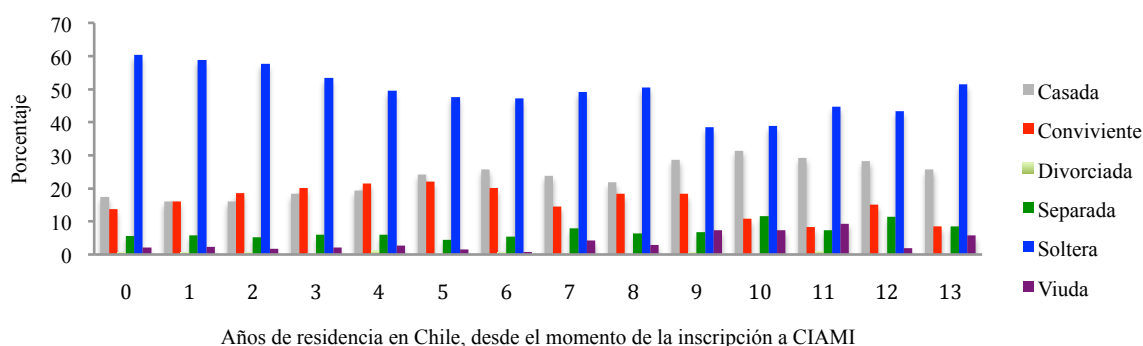
B. Solteras de por vida: la incorporación de una aproximación temporal.

Uno de los mayores problemas de la información entregada hasta el momento, es que se presenta bajo la forma de un “bloque” estático en el tiempo, sin hacer distinciones más finas entre la mujer recién llegada y la que lleva varios años de residencia en el país. Poco se sabe, por ejemplo, si esas personas que se reconocen como casadas

contrajeron matrimonio en Chile, después de su llegada o en su ciudad, antes de partir; o si esas inmigrantes que se declaran con convivientes, llegaron o no acompañadas al país. Como se muestra en el análisis a continuación y durante el transcurso de la investigación, es muy distinta la experiencia inmigratoria de una mujer que llega soltera a Santiago, a una que arriba comprometida, por lo que resulta central introducir la distinción temporal en la variable “estado civil” del grupo estudiado.

El siguiente Gráfico muestra el porcentaje de las inmigrantes según el estado civil y el tiempo de residencia en Chile, desde el momento de su inscripción a la institución.

Gráfico N°6:
Porcentaje de inmigrantes según estado civil
y año de residencia, desde el momento de la inscripción a CIAMI
N:17.413



Fuente: CIAMI 2004 a 2013. Realización propia.

De los datos presentados, es posible extraer varios puntos fundamentales a tener en cuenta para el análisis²³:

1. Respecto a la población recién llegada (período menos de un año, representado con el número “0”).
- Podría afirmarse que, efectivamente, esta ola emigratoria femenina se lleva a cabo por mujeres que son en su mayoría (60,3%) solteras. Si a este porcentaje se suman las que se declaran separadas (5,6%), viudas (2,1%) y

²³ Con el fin de ponderar el número de casos de inmigrantes en cada período temporal (existen más casos de recién llegadas que aquellas que llevan más tiempo), se realizó el análisis en base a porcentajes calculados para cada sub-grupo o período. Por otra parte, el indicador para escoger el número de años de residencia máximo a analizar es que cada grupo (temporal) contara con un número de casos mayor a 30.

divorciadas (0,8%), se tendría que un 68,8% emigra sin un compromiso de pareja, lo que estaría afirmando, además, el carácter autónomo del flujo, observado por Martínez (2003) y Stefoni (2003)²⁴.

Estos resultados son corroborados por las estadísticas censales, como lo ilustra el Gráfico expuesto en el Anexo N°4²⁵, el cual presenta porcentajes similares en cada una de las categorías del estado civil de las inmigrantes con menos de un año de residencia.

Los resultados anteriores podrían llevar a plantear que son las personas sin un compromiso las que más tienden a emigrar. O dicho en otros términos, que por el hecho de que ellas se encuentran solas, están más motivadas a partir a otro país. Sin embargo, como se menciona anteriormente, es importante tener en cuenta que en Latinoamérica en los sectores de estratos socio-económico medio y bajo, que es de donde procede la población estudiada (más adelante se darán pruebas de ello), la tendencia es a no contraer matrimonio, esto es, a estar en estado de concubinato o soltería. Por lo tanto, podría afirmarse que el celibato más que un estado civil particular de la mujer emigrante es de la mujer latinoamericana en general. Para comprobar cuál de las hipótesis es la correcta, se requeriría hacer una investigación cuantitativa de mayor complejidad, que incorpore las muestras poblacionales de los países estudiados, que es algo que se escapa al objeto de estudio de este trabajo.

Por otra parte, un elemento también importante a considerar es que esta alta presencia de inmigrantes solteras y latinoamericanas observada puede situarse dentro de un fenómeno global, ya que ha sido algo identificado en otras zonas que cuentan con una importante demanda laboral, principalmente en el área del cuidado. Diversas investigaciones han afirmado la existencia de este perfil migratorio en ciudades como Buenos Aires (Balán 1990, Cortes

²⁴ A esta cifra podría también añadirse el porcentaje de mujeres que emigran solas pero bajo algún tipo de compromiso (casadas o convivientes), que es lo que se muestra en las páginas siguientes. Es preciso recordar que el carácter *autónomo* no significa celibato sino que personas que emigran solas, sin la compañía de un familiar.

²⁵ Esta información no es posible de comparar con los resultados de la Encuesta Casen ya que el número de casos por período temporal es muy reducido y poco representativo.

2004), Madrid y Barcelona (Oso Casas 1998) (Hinojosa Gordonava 2008) (Escrivá 2000) (Catarino y Oso 2000), Ciudad de México (Martínez 2003), Los Angeles (Hondagneu-Sotelo y Ávila 1997). Adicionalmente, como lo muestra el cuadro presentado en el Anexo N°5, que expone el estado civil de las mujeres en el momento de emigrar a España, se logra percibir que esta característica no se presenta en todos los grupos. Por ejemplo, en la población africana son más las que emigran casadas que solteras, siendo más bien una emigración de *tipo asociativa* (Hondagneu-Sotelo 1994) que autónoma. Esto lleva a preguntarse si existe algo específico en la mujer latinoamericana que la ha llevado en el último tiempo a tener las fuerzas para movilizarse sola a otros países e inclusive a otros continentes, pregunta que requiere también ser respondida mediante un estudio de mayor amplitud y complejidad.

- Es importante destacar, sin embargo, que desde “la otra cara de la moneda”, existe un 17,4% de mujeres que emigra bajo un compromiso conyugal, lo que representa también un segmento importante del grupo. Esta mujer comprometida podría emigrar sola (*migración autónoma*), en pareja (*migración por unidad familiar* (Hondagneu-Sotelo 1994)), o para encontrarse con su cónyuge que ya se encuentra en Chile (*migración asociativa* (Hondagneu-Sotelo 1994)), como se demuestra en las páginas siguientes.
2. En cuanto a las inmigrantes con más de un año viviendo en Chile, desde el momento de la inscripción, es posible decir que:
- El porcentaje de solteras disminuye en los grupos que llevan entre uno y cinco años de residencia en Chile respecto a las recién llegadas. Sin embargo, en base al Gráfico presentado, se podría afirmar que esta tendencia se estabiliza en las poblaciones que superan los seis años, manteniéndose entre un 38% y 50%. Además, como el Gráfico del Anexo N°6 lo demuestra, muchas de las mujeres solteras que llevan más de seis años en Chile tienen más de 30 años, lo que lleva a pensar que la edad no es una variable explicativa de este fenómeno. De hecho, si se lleva a analizar esta población

según el grupo etario, como se presenta en el Gráfico del Anexo N°7, se tiene que en cada rango de edad (inclusive los más elevados), existe al menos un 29% de mujeres solteras, lo que da entender que la soltería es un estado en que varias inmigrantes perseveran a pesar del avance de edad.

Esta información se confirma también al observar los datos del Censo (ver Anexo N°4). En los grupos que llevan entre uno y seis años de residencia en Chile, las solteras constituyen una mayoría. Luego, en los segmentos con más de seis años, el porcentaje de solteras es un poco menor (con un mínimo de 33% por grupo) a los del CIAMI, pero sigue siendo importante.

Sin embargo, resulta difícil establecer si esa tendencia a permanecer en el celibato es algo propio a las inmigrantes (y a su condición de inmigrantes) o del grupo social del cual provienen. Si bien, como lo muestra el Gráfico del Anexo N°8, los índices de celibato de los países estudiados tienden a ser bastante menores que los señalados (entre un 10% y 15%), no se está incorporando el indicador de su grupo socio-económico, por lo que no es posible dar una respuesta a lo planteado.

- Se observa que el porcentaje de personas casadas va aumentando paulatinamente a medida que el período de residencia se acrecienta, lo mismo para el caso de las divorciadas, separadas y viudas, tendencia que ocurre de manera generalizada en América Latina (Binstock y Melo Vieira, 2011). Según los datos, este crecimiento va a la par con el aumento de la edad del grupo. No obstante, no se identifica el mismo fenómeno en las inmigrantes que se reconocen en concubinato. Se piensa que esto podría darse ya que las inmigrantes que en un momento estuvieron bajo el régimen de unión libre pasaron con el tiempo a ser parte de la categoría solteras, lo que explicaría el descenso de personas con convivientes en grupos que llevan más tiempo en el extranjero paralelo a la crecida de mujeres célibes, expuesto en el Gráfico.

¿Cómo se presentan estas estadísticas en cada población estudiada, esto es, en las peruanas, dominicanas, ecuatorianas y bolivianas?

C. La mujer soltera, una mayoría en cada comunidad.

A continuación, mediante el siguiente cuadro, se detalla la situación del estado civil de las mujeres nacidas en Perú, según períodos temporales desde el momento de su inscripción al CIAMI.

Cuadro N°4²⁶:
Número de inmigrantes nacidas en Perú, según estado civil y año de residencia desde el momento de la inscripción al CIAMI.

Estado Civil/Años de residencia en Chile	0	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12
Casada	1687	351	131	93	66	75	67	55	44	46	37	28	15
Conviviente	1304	351	144	103	77	68	56	34	36	30	13	8	8
Divorciada	58	14	3	1	4	0	2	1	0	1	0	1	0
Separada	565	126	43	31	21	12	14	19	13	11	13	7	6
Soltera	5713	1251	445	264	174	138	125	115	97	59	45	42	21
Viuda	202	55	15	11	9	5	1	10	6	12	7	9	1

Fuente: Elaboración propia en base a los datos CIAMI 2004 a 2013.

De los resultados entregados en el cuadro anterior, se puede afirmar que existe un comportamiento similar del estado civil de las personas nacidas en Perú al presentado en el Gráfico N°6, lo cual no es de extrañar ya que esta población conforma un 83,6% del total de los casos analizados. A modo general, se percibe que de las peruanas recién llegadas la mayoría son solteras, sobrepasando con creces a las mujeres que mantienen alguna otra clase de compromiso. Lo mismo se observa para el caso de los grupos que llevan más años en el país, donde los casos de solteras constituyen la mayoría.

En cuanto a las otras nacionalidades estudiadas -ecuatorianas, bolivianas y dominicanas-, como los tres cuadros siguientes lo indican, pese a ser una población más reciente (por ello, los cuadros presentan grupos con menos años de residencia en

²⁶ En este cuadro y los tres siguientes, la información se presenta en base a número de casos ya que la muestra para algunos subgrupos era muy pequeña como para ser presentada en forma de porcentajes.

Chile que los anteriores), comienza a detectarse también una ola inmigratoria, tanto en su período de llegada como en los años posteriores, liderada por una mujer soltera²⁷.

Los datos presentados en el cuadro siguiente en relación a la población nacida en Ecuador, al menos desde el estado civil de la población femenina, contradecirían la tesis de Stefoni, Acosta, Gaymer y Casas–Cordero (2008), que establece la presencia de una migración más bien de tipo familiar para esta comunidad debido al acceso a trabajos más calificados (como médicos generales). Como respuesta a este argumento, las autoras podrían afirmar que el instrumento de CIAMI es muy restringido y no incorpora a los grupos más aventajados o profesionales que emigran bajo la configuración de unidad familiar. Sin embargo, al recurrir a los datos del Censo 2002, se obtiene que al igual que los datos de CIAMI, la mayoría de las ecuatorianas que habitaban en ese entonces en la Región Metropolitana eran solteras (38,5%), versus un 30% que se encontraba casada y un 8,9% de conviviente, lo cual indicaría que ya en esos años la población que emigraba desde Ecuador era preferentemente soltera.

Pese a que el estado civil es una variable que refleja la configuración emigratoria familiar del grupo, no es la única ni la más importante. Para poder hacer un análisis más complejo “del ámbito familiar” de las ecuatorianas y poder dialogar con lo planteado por las autoras, es necesario tomar en consideración otras dimensiones, como es la pertenencia o no de hijos y el grado de reagrupación con ellos en Santiago, lo que se desarrolla en el próximo capítulo.

²⁷ Lamentablemente, hasta la fecha no existen otros instrumentos estadísticos que permitan contrastar esta información. La Encuesta Casen 2011, presenta un número de casos muy restringido para las poblaciones estudiadas.

Cuadro N°5:
 Número de inmigrantes nacidas en Bolivia, según estado civil y año de residencia desde el momento de la inscripción al CIAMI.

Estado Civil/Años de residencia en Chile	0	1	2	3	4	5
Casada	217	20	1	2	0	0
Conviviente	126	12	3	2	1	0
Divorciada	17	2	0	0	0	0
Separada	53	2	0	0	0	0
Soltera	729	71	11	7	4	7
Viuda	25	1	0	0	0	0

Fuente: Elaboración propia en base a los datos CIAMI 2004 a 2013.

Cuadro N°6:
 Número de inmigrantes nacidas en Ecuador, según estado civil y año de residencia desde el momento de la inscripción al CIAMI.

Estado Civil/Años de residencia en Chile	0	1	2	3	4	5
Casada	40	8	2	3	6	1
Conviviente	18	6	3	3	2	1
Divorciada	6	2	1	0	0	0
Separada	12	9	1	1	1	1
Soltera	90	25	7	10	5	3
Viuda	9	1	0	0	1	0

Fuente: Elaboración propia en base a los datos CIAMI 2004 a 2013.

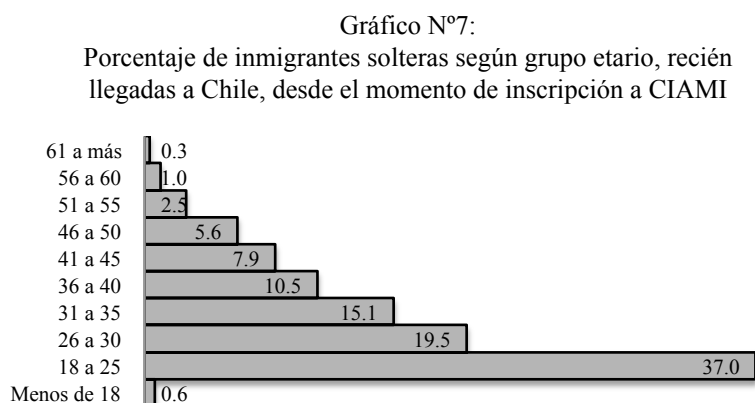
Cuadro N°7:
 Número de inmigrantes nacidas en República Dominicana, según estado civil y año de residencia desde el momento de la inscripción al CIAMI.

Estado Civil/Años de residencia en Chile	0	1	2	3	4	5
Casada	97	13	1	0	0	0
Conviviente	165	25	6	0	0	0
Divorciada	4	0	1	0	0	0
Separada	31	6	0	0	0	1
Soltera	542	88	21	5	1	1
Viuda	13	1	0	0	0	0

Fuente: Elaboración propia en base a los datos CIAMI 2004 a 2013.

II. Las tres trayectorias de la inmigrante célibe.

¿Quiénes son esas inmigrantes solteras? ¿Cuáles son sus trayectorias de pareja una vez llegadas a Santiago? ¿Cómo viven ellas el estado de soltería? Antes de responder a estas preguntas, es preciso analizar el siguiente Gráfico que muestra el porcentaje de inmigrantes solteras recién llegadas a Chile, según grupo etario.



Fuente: Elaboración propia en base a los datos CIAMI 2004 a 2013. N: 7.360 casos.

A partir de la información presentada en el cuadro anterior y las entrevistas en profundidad realizadas, es posible identificar a grandes rasgos tres trayectorias de inmigrantes solteras en relación a la dimensión de la pareja:

A. La eterna “buena” hija.

En primer lugar, se distingue una cantidad importante de mujeres célibes y jóvenes (entre 18 y 25 años, como se observa en el cuadro anterior), que arriban a Chile. De este segmento, se identifican inmigrantes que son enviadas por su padre y/o madre bajo una meta económica concreta como ahorrar para pagar sus estudios o juntar dinero para crear una empresa familiar en el país de residencia, que son los propósitos de Angélica (2012²⁸) y Anais (2011), dos peruanas entrevistadas.

Anais tiene 27 años. Es una joven que fue a Chile a sus 21 años, con la idea de ahorrar dinero para después volver a trabajar en su agencia de turismo que tiene en Trujillo, junto a su hermano y madre. Ella se especializó en turismo, en un instituto técnico de su ciudad. Gracias a la plata que ha ido mandando mensualmente, ha podido pagar los

²⁸ Año en que se realiza la entrevista.

estudios de un hermano y ayudar con los gastos de mantención de su familia. “Tenemos un hermano chico que tiene 16 años y que ya tiene un hijo... y estamos logrando que termine el colegio”.

Por otra parte, Angélica tiene 23 años. Llegó hace cuatro meses a Santiago, junto a un grupo de amigas de la misma edad, todas conocidas y originarias de la provincia de Camaná, una de las zonas turísticas costeras que conforman la región de Arequipa. Su objetivo inmigratorio es bien claro: trabajar por un año, para ahorrar y poder pagar sus estudios de odontología, que realizará posteriormente en Perú. “Con un año de acá pago todos los estudios”, afirma con un tono de seguridad. Cuando regrese desea seguir viviendo con su familia nuclear. La decisión de partir la tomó de un día para otro, junto a sus padres. Al ser hija única les costó mucho dejarla ir, pero sabían que era una buena solución frente a los pocos recursos de la familia para pagar sus estudios.

Antes de emigrar, dentro de la dinámica familiar, estas mujeres en tanto hijas mayores (y única, en el caso de Angélica), desde temprana edad tenían la obligación de ayudar a la madre y en los deberes hogareños, lo que incluye hacer la limpieza, cocinar, pero también el cuidado de los hermanos. Además, cuando tuvieron la edad suficiente para trabajar²⁹, debieron también contribuir a la reproducción económica de la familia.

A pesar de su juventud, se indentifica en ellas una gran entrega por los de su familia y una postergación de la persona, dos valores que son coincidentes con el modelo ideal de mujer imperante en Latinoamérica. A propósito, la investigadora Evelyn Stevens en su artículo *Marianismo: la otra cara del machismo* (1974) explica que existe una representación femenina que se encuentra muy expandida en las sociedades latinoamericanas (y europeas³⁰), la cual se caracteriza por dos elementos. El primero de ellos es la abnegación, esto es, una capacidad infinita de humildad y sacrificio que

²⁹ El CIAMI exige que tengan al menos 18 años, como lo establece la ley en Chile, pero hay algunas mujeres que migran para trabajar a más temprana edad. Como lo muestra el Gráfico N°6, existe un 0,6% de mujeres que tienen menos de 18 años que se inscriben a la institución no sólo para hospedarse sino también con la intención de trabajar.

³⁰ Según distintos expertos el ideal del *marianismo* o la *Gran Madre* tiene orígenes católicos. Algunas prácticas de esta representación femenina pueden encontrarse en zonas europeas como Italia o España, pero donde más se ha expandido y potenciado es en América Latina (Steven 1974). En Latinoamérica se instala la Virgen- Madre como símbolo fundante de identidad, que va a marcar los procesos de definición de géneros de las distintas sociedades que integran el continente.

debe tener una mujer por los otros. Pero esa abnegación se destina principalmente hacia los hombres del hogar. Esa sumisión u obediencia hacia los hombres descansaría en el argumento de que hay que consentirlos ya que “son como niños, cuyo exceso, tonterías y obstinación deben ser perdonados porque ‘no tienen la culpa de ser como son’” (Stevens 1977, 20). Es esta justificación la que permite legitimar y reproducir el dominio masculino. “No hay autonegación demasiado grande para la mujer latinoamericana, ni puede adivinarse límite alguno a su vasto cúmulo de paciencia antes los hombres de su mundo”, afirma Stevens (1974, 20).

Según lo planteado por la autora, toda esa “paciencia” que deben tener las mujeres hacia los hombres (que finalmente es una de las formas de sumisión, propias del machismo), no se va ejercer, sin embargo, hacia otras mujeres como las hijas o nueras con quienes, por el contrario, va a ser muy exigente ya que debe educarlas y transmitirles por medio de sus actos esta misma referencia femenina, lo cual nos lleva a entender la educación con la que han sido criadas estas inmigrantes. Por el contrario, a las únicas mujeres que se respeta y trata con cuidado es a la madre o suegra ya que son reencarnaciones de ese ideal de mujer o *Gran Madre* (Stevens 1974). De esta abnegación, según la autora, deriva la segunda característica del *marianismo*: la autonegación. La mujer deja de actuar en base a sus propios intereses (si no es vista como una egoísta), y se entrega por entera a los hombres de su familia.

Dado este sacrificio por su familia y obstinación por alcanzar la meta migratoria, en este tipo de soltera, a diferencia de las otras descritas a continuación, la relación con un hombre está reprimida (o más bien “auto-reprimida”) en el país de acogida. Es una suerte de hija permanente, que niega sus más profundos anhelos femeninos, como es el de enamorarse.

Por otra parte, la dimensión maternal es otro ámbito vetado. Como lo describe la famosa canción francesa *Céline*, de Hugues Aufray (1999), la cual hace también referencia al tipo de mujer analizada (es preciso recordar que, como se dijo anteriormente, el *marianismo* tiene raíces europeas), la hija al tener que ayudar a la madre en el hogar, la reemplaza en algunas circunstancias en el cuidado de sus hermanos, asumiendo una “maternidad precoz”. Posteriormente, cuando ella pasa a ser adulta y se encuentra en edad de tener hijos, no tiene las energías de involucrarse

en este tipo de proyectos, pues ya suficientes son las responsabilidades que carga con sus padres y hermanos, como para poner más peso sobre su espalda. Poco a poco, sin darse cuenta del pasar de los años, esta mujer posterga su vida amorosa y maternidad. Como lo describe el tercer párrafo de la canción:

“Dis-moi, Céline, toi qui es notre aînée
Toi qui fus notre mère', toi qui l'as remplacée
N'as-tu vécu pour nous autrefois
Que sans jamais penser à toi ?”

Lo analizado se expresa también claramente en una declaración que realiza Anais durante la entrevista: “Mi mamá me dice ‘no te cases, que no te embaraces...’, y ahora sí me está diciendo ‘vente para que te cases’”. Si existe algún mínimo interés por entablar una relación con un hombre, es sublimada bajo la excusa de “ya habrá tiempo para eso”, como lo dice en su entrevista. Todo aquello que esté fuera de sus atribuciones de hija, no le interesa o lo percibe como algo indebido.

A su vez, este veto hacia los hombres puede explicarse también por ese estado de “pureza sexual” o de virginidad, que es altamente valorado en las solteras (en las casadas se expresa como castidad) en Latinoamérica, como lo explica Marit Melhus (citada por Montecino 1996). Esta característica constituye otro atributo para hacerlas más femeninas y mujeres.

Adicionalmente, se observa que estas inmigrantes en Santiago, como “buenas hijas”, replican las costumbres y la manera de hacer las cosas de su casa original. Esto se demuestra, por ejemplo, en la forma de tratar a sus *patrones*³¹, siempre bajo mucho respecto, situándose bajo una posición de inferioridad, la misma que ellas tenían ante sus padres y adultos, como se describe con más detalle en el Capítulo IV, que explica su vida dentro del hogar de los empleadores. Siguen las órdenes que sus empleadores le dan porque ella siempre ha sido obediente. También se expresa en su manejo en la cocina, en las comidas que realizan en el trabajo, que son las que les enseñó a hacer su madre, como es el clásico “ají de gallina” que prepara Anais en la casa de la señora Laura.

³¹ Noción que se explica en el Capítulo IV.

Poco a poco, esta mujer que llega bajo un estado de “soltería provisoria” pasa a ser una “soltera prolongada”, formando parte de una de las tantas que se pueden identificar en los gráficos antes expuestos. Podrán pasar tres, cinco y hasta diez años en el extranjero y la persona sigue identificándose bajo su rol de hija.

Lo anterior no significa, sin embargo, un encierro absoluto. De vez en cuando, ellas salen a divertirse con sus amigas o de compras con algún familiar, como cuenta Anais, actividades que por lo demás están permitidas por su padres ya que solía hacerlas cuando vivía con ellos.

Anais, junto a su tía, arrienda un cuarto muy pequeño cerca de Estación Central, donde va sólo los sábados y/o domingos ya que trabaja como empleada doméstica puertitas adentro. Gracias a la buena ubicación de su vivienda, ella sale los fines de semana, va de compras a la Estación Central y de vez en cuando asiste a las polladas peruanas. Ella dice al respecto: “Salgo como dos veces al mes. Como que me relajo y empiezo bien la semana. Ayer, por ejemplo, nos quedamos hasta como la una. A uno se le olvida la semana...”

Angélica, en cambio, en el momento de la entrevista arrendaba una habitación junto a sus amigas en la comuna de Independencia. Por ahora le ha gustado Santiago, aunque dice que no ha tenido tiempo para disfrutar. “Y ¿qué hacen los fin de semana?”, se le pregunta. “Nada. Estamos en la pieza, no tratamos de salir mucho”, ella responde.

B. De hija a esposa.

La segunda trayectoria de la mujer que emigra soltera también dice relación con una persona joven (entre los 18 y 25 años) que llega a Chile como “emisaria” de sus padres. No obstante, a diferencia del perfil anterior, durante el transcurso de su experiencia inmigratoria conoce a un hombre, con quien contrae matrimonio. A pesar de este cambio de vida, su dominio continua siendo de un otro, ya sea de su padre o esposo, como lo muestran las siguientes trayectorias.

Reina (2012) es peruana, de Trujillo y lleva siete años viviendo en Chile. Se fue cuando tenía apenas 16 años. Sus padres la “enviaron” (en sus palabras) con un tío que vivía en Santiago (en la comuna de Santiago), al ver que Reina se enamoró de su novio de la época, con quien iba a casarse. Los padres, bajo el argumento de que era prioridad terminar la educación primaria, le dijeron que partiera a Chile, donde no pudo continuar con sus estudios ni tampoco con su noviazgo. El motivo real de su partida era la oposición de los padres a su relación amorosa.

Llegando a Santiago, comenzó a trabajar junto a su tío, quien era cartero de una casa particular. Luego, cuando cumplió los 18 años, se empleó como trabajadora de casa particular “en una casa grande” ubicada en La Florida, trabajo que accedió por medio del CIAMI. Después de un año, también a través del contacto de la institución, Reina cambió de empleo, con una familia integrada por una pareja y tres hijos, que vivía en Providencia. Un día domingo de descanso, siempre bajo la autorización de su tío, Reina salió y conoció a su actual marido. El era peruano, llevaba varios años en Chile, por lo que ya tenía un buen trabajo (en el Transantiago) y ya había logrado la visa definitiva.

Después de un tiempo de noviazgo Reina quedó embarazada, por lo que decidieron casarse por el civil. Ella siguió trabajando como *puertas adentro*³² sin descanso alguno en la misma casa hasta “...cuando el niño nació y creció”. El trabajo evidentemente en un momento se le hizo muy pesado ya que además de su hijo debía hacerse cargo de tres niños más, por lo que debió renunciar. Posteriormente, Reina fue de vacaciones a Perú a visitar a su familia, quienes decidieron acompañarla en su regreso a Chile.

Al cabo de unos meses, el padre de Reina encontró trabajo en una fábrica de calzado y su hermano en una obra de construcción. Reina comenzó a trabajar como *puertas afuera* (que contactó también por medio del CIAMI), y su madre se ocupaba de su hijo durante esas horas. Vivían todos juntos, en un departamento ubicado en la

³² *Puertas adentro* es un término utilizado en Chile para referirse a la empleada de casa particular que trabaja y vive (toda la semana salvo un día, que es el de descanso) en la vivienda del empleador. Contrariamente *puertas afuera* es la empleada que trabaja en la vivienda del empleador y duerme fuera de ella.

comuna de Pudahuel, que Reina y su esposo habían adquirido por medio de un subsidio habitacional.

Llama la atención cómo en distintos momentos de la entrevista, Reina menciona a su padre. Por ejemplo, cuenta que su hijo, cuando empezó a ir a un jardín infantil donde hay varios chilenos, adquirió la forma de hablar chilena. Cuando está en la casa, su padre le reclama, “¡habla bien!”, haciéndole entender que es el modo peruano la forma correcta de hablar. Por el contrario, casi no hace referencia a su marido.

Ante lo descrito, es posible observar que el matrimonio para Reina no produjo un cuestionamiento o toma de distancia respecto a sus padres, lo que se denomina como *desafiliación*³³ (De Singly 2003). Su rol de hija sigue imperando por sobre el de madre y esposa. Es su madre quien asume el cuidado de su hijo y los quehaceres de su hogar (lo que es una práctica muy común en la región, como se aborda en el próximo capítulo). Al consultarle a ella si no está molesta por el hecho de que ellos estén viviendo junto a su familia nuclear, ella responde que “no, porque están ahí por un rato”, siendo que llevaban un año y medio viviendo con ellos. Esta dificultad para realizar un proceso de *desafiliación* es algo que se presenta con frecuencia en la dinámica familiar en América Latina, razón por la cual, en parte, se explicaría la alta cantidad de familias que viven bajo un régimen de co-habitación (Araos 2013).

Otra biografía similar a la de Reina es la de Gladys (2011). Sin embargo, en este caso se identifica que de hija pasa a ser esposa. Para el momento de la entrevista Gladys tenía 34 años. Llegó sola y soltera a los 20 años a Chile. Se fue “a la deriva”, como ella dice, “no sabía dónde llegar. En ese tiempo había poco inmigrante, ahora en la plaza de Armas está lleno de peruanos”. Emigró junto a una amiga, que tenía 18 años. Ese mismo día, fueron “donde la Hermana Fresia” (al CIAMI), donde consiguieron inmediatamente un trabajo. “Me fue mal en ese trabajo porque la señora un día me dejó encerrada, se fue y echó llaves. Yo lloraba. Quería regresarme. Yo llamaba a mi mamá. Llamé el otro domingo y mi mamá me dijo ‘regrésate’”.

³³ Como señala De Singly, el trabajo de apropiación personal se inscribe necesariamente en una toma de distancia, voluntaria, frente al vínculo de filiación existente. No se trata de suprimir la herencia, los orígenes, el pasado, sino más bien de cuestionarlos. Más que se una *no-afiliación* se trata de una *desafiliación* (De Singly 2003).

Días después, cuando fue al Departamento de Extranjería y Migración a regularizar sus papeles, se encontró con Raúl, su actual esposo, a quien conocía ya que su hermana se había casado hace un tiempo con el hermano de él. Además, eran vecinos en Trujillo. Antes no habían tenido la posibilidad de conocerse lo suficiente porque “las oportunidades no se daban tanto”, pese a que tenían familia en común y eran vecinos. Gladys no tenía en ese entonces un lugar propio donde vivir, hasta el día del encuentro con Raúl se había quedado donde sus jefes, pero justo acababa de perder el trabajo (con la empleadora que la dejó encerrada). Fue entonces cuando Raúl le ofreció que se fuera a vivir con él y sus dos tías, quienes ya se encontraban en Santiago, antes de que él llegara. Después de un tiempo de convivencia empezaron a tener una relación de noviazgo, tal como ella lo recuerda: “Raúl me dice ‘vente a vivir con mis tías y te distraes, te relajas también’. Y de ahí yo me sumé a ellos. Salíamos los sábados, a despejarnos, a salir de la rutina. Íbamos a bailar. Y las cosas se fueron dando con el tiempo. Todo cayó por su propio peso”.

Un año después llegó su hermana y hermano, con quienes arrendaron un cuarto para los cuatro. Las mujeres en la semana dormían en la casa de sus empleadores y los fines de semana se reunían los cuatro. Después de un tiempo de noviazgo, Gladys y Raúl deciden casarse. El matrimonio se realizó en su tierra de origen. Así, bajo todas las costumbres familiares -como es el casarse por medio de la iglesia católica y civil, hacer un recorrido por la ciudad vestidos de novios, organizar una gran comida y fiesta, etc.-, efectuaron su boda. Tres años después tuvieron a su primer hijo, por lo que decidieron irse a vivir solos como familia a un cuarto cerca de Estación Central. Cuatro años más tarde, tuvieron al segundo hijo, lo que los motivó a trasladarse a vivir a un espacio más grande, a una casa también en el mismo sector (a cuadras de la calle Matucana, en la comuna de Estación Central, lugar donde se realizó la entrevista).

Durante los dos primeros años, Raúl trabajó en el rubro de la construcción, y después se cambió a una panadería, donde trabajaba hasta el día de la entrevista. Su sueldo no es suficiente para mantener el costo de vida actual, por lo que Gladys siempre ha debido trabajar, explica. Ella cuenta que no se encuentra bien, se le está haciendo muy difícil poder compatibilizar la vida del hogar con su trabajo. Siente la exigencia de Raúl para que trabaje, pero al mismo tiempo que el hogar siga

funcionando de buena forma. También considera que tiene que estar presente en la casa ya que “no hay peor cosa que un hogar sin madre”, según ella. En este sin límite de funciones que demanda el trabajo y la mantención de dos hogares (el de ella y el de sus *patrones*), Gladys se siente sobrepasada y abrumada, no quedándole ni un minuto del día para ella.

Cabe destacar, no obstante, que en Latinoamérica el hecho de que la mujer esté a cargo de la dimensión económica del hogar no es una novedad. La imagen materna asociada al ámbito de la reproducción material, ha sido analizada por varios expertos que se focalizan en el estudio de la representación social de la mujer latinoamericana (Montencino 1996, 1993 [1991], Fuller 1998, Palma 1990), quienes se sitúan en una perspectiva crítica al respecto. Si desde una primera mirada ese rol de benefactora puede ser visto como una transgresión de la mujer y como una muestra de poder hacia los hombres de la casa y su sociedad -una suerte de revelación al modelo de la mujer que se queda en la casa, propio de una cultura machista- para otros expertos que estudian con más profundidad el tema, esta manera de abordar su rol de esposa (y de madre) no es más que otra forma en que se revela la opresión masculina e injusticia de género.

En su nueva vida, este tipo inmigrante ya no debe vivir para y por su padre y hermanos, como ocurría en los casos anteriormente expuestos, sino para su esposo e hijos. La hija al pasar a ser cónyuge debe asumir las funciones de una jefa de hogar, lo que incluye los quehaceres hogareños y trabajar.

C. La soltera autónoma: “Es mi espacio mío, nadie se mete”.

La tercera descripción de la inmigrante que llega soltera a Chile, se representa en una mujer que emigra con la misma edad que el perfil anterior (entre 18 y 15 años) o un poco mayor (entre 26 y 30 años). Corresponde a una persona que le ha tocado vivir en su país situaciones difíciles y marcadoras, por lo que ha debido transformarse desde muy temprana edad en una adulta. Varias de ellas ya han tenido hijos, ya sea con relaciones esporádicas o novios que han sido importantes en sus vidas, por lo que algunas encarnan la figura de una *madre soltera* (muy respondida, por lo demás, en

Latinoamérica, como se aborda en el próximo capítulo), que lucha día a día para lograr un equilibrio en su vida, entre los deberes laborales y los del hogar.

Con un cansancio que se acumula, deambula de un lugar a otro bajo el propósito de encontrar estabilidad emocional para ella y sus hijos. Es en este camino de búsqueda que Tania (2012) y Meri Katrina (2011) emigraron a Chile. Tania tiene 34 años y llegó hace seis años a vivir a Santiago. Antes de partir, en Lima sufrió bastante ya que su pareja, el padre de su hija, falleció. Luego de su muerte, decidió junto a su hija ir a vivir donde su madre, quien le daría el sustento emocional para vivir el duelo, además de la ayuda práctica en el cuidado de la niña. No obstante, poco tiempo después, comenzó a sentirse encerrada en la convivencia con su madre, por lo que decidió partir a Chile antes que la relación terminara empeorando aún más su estado emocional. Sus ganas de emigrar respondían a un fuerte deseo de encontrar un espacio propio para ella y su hija, un lugar que le entregara tranquilidad. Al preguntarle por la vivienda donde habita actualmente, ella lo que más destaca es que “es tranquilo el ambiente. Es tranquilo. Lo que yo más quiero es comodidad. Nadie te molesta”.

Sin embargo, la tranquilidad no es lo único que persiguen estas mujeres. Detrás de las ganas de encontrar un lugar sereno, se esconde un fuerte deseo de independencia. Éstas rechazan con tesón la imagen de la esposa que se queda en casa para cuidar a sus hijos (pese a que muchas de ellas son madres) y atender al marido o pareja. Asimismo, no quieren ser la eterna hija que cuida, limpia y cocina para su madre. Tal como cuenta Tania:

“Mira yo siempre he sido muy independiente, pero al llegar a Chile me he vuelto más independiente. Es mi espacio mío, nadie se mete. Yo un día puedo no cocinar... aunque esté mi hija acá. Yo le decía ‘ya hija, vamos a comer chatarra’, ‘ya mamita’. Y todo el día viendo televisión, películas. En cambio en la casa de mi mamá, que me dice ‘Tania ordena las cosas...’, ‘que no sé qué’...” (Tania 2012).

Lo señalado también se observa en la trayectoria de Meri Katrina, quien en el momento de la entrevista tenía 31 años y llegó a Santiago el año 2006, cuando tenía 26 años. Tras haber sufrido una enorme decepción con el padre de su hija, decidió partir lejos para iniciar una nueva vida. Sus ganas de irse eran tantas que sacrificó el

deseo de vivir con su hija de 6 años, dejándola bajo la responsabilidad de su madre (posteriormente, su hija se fue a vivir con el padre, tras años de estar ausente). Emigrar sola haría las cosas más fáciles en Chile, ya que le permitiría en un principio encontrar un empleo puertas adentro, para después acceder a un trabajo en el área que le gustaba, que era la enfermería. No obstante, cinco años después de dejar su hija se arrepintió de la separación ya que trajo enormes perjuicios para ella, pero sobre todo para su hija, quien fue abusada por su tío (hermano del padre).

En cuanto a la dimensión amorosa, son inmigrantes esquivas al compromiso. Cualquier relación con un hombre la perciben como un encierro, una pérdida de libertad. Si de amores se trata, es siempre fuera de todo esquema normativo que las amarre. Además, se percibe en ellas un temor a repetir los fracasos que tuvieron en el pasado o los que observan en sus progenitores o pares. Ellas se dicen, para qué pasar malos ratos con otro hombre, si ya bastante me costó recuperarme de las historias pasadas como para involucrarse en una nueva. Podrán convivir con un hombre, pero siempre preservando su estado de soltería, que es lo que les garantizará su preciada autonomía.

En este sentido, son personas que escapan al modelo clásico de mujer que les circunda, aspirando por el contrario a ser como su hermana (caso de Tania) o tía (Meri Katrina) que algún día se lanzaron al viaje y hoy en día se encuentran viviendo en Alemania o en Estados Unidos. Comprometidas en responsabilidades ligadas a otros ámbitos distintos al conyugal, ya sea por sus hijos, por su trabajo o por su proyecto profesional, no parecen dispuestas a estar involucradas además en una relación amorosa que demande demasiada responsabilidad. Son mujeres que priorizan ante todo su vida individual e independencia.

Con el pasar de los años, esta inmigrante pasa a ser una *soltera prolongada*, sin motivación de aventurarse en una relación que pueda transformarse en un desgaste emocional más que una ayuda o fuente de placer y alegría. En este perfil, el límite entre las categorías entre soltera y conviviente es ambiguo, cambia según las circunstancias. Son del tipo de mujeres que pueden reconocerse como solteras pese a que cuenten con un concubino, a quien no toman demasiado en serio.

Estas fuertes ansias de libertad de la inmigrante, que se constata en las entrevistas, se materializa también en el plano laboral, como se describe con más detalle en el Capítulo IV. Ellas priorizan un trabajo que les entregue la autonomía deseada, como es el de garzona, empleada de un hotel, enfermera o empleada doméstica *puertas afuera*. Si buscan un trabajo en el servicio doméstico como *puertas adentro*, es sólo bajo el requisito que sea durante un período corto y determinado, como una estrategia de entrada a la sociedad chilena. Como señala Meri Katrina refiriéndose al trabajo *puertas adentro*: “Tiene hartos beneficios, pero... es muy asfixiante porque no haces más que estar ahí. O sea, uno ya no tiene vida. Tiene que adaptarse a la vida que llevan ellos. Saber que tienes esa familia y eso no más”.

Poco se sabe respecto de su futuro porque han aprendido mediante la experiencia que nada sirve planificarlo. A diferencia de los perfiles anteriores, su estadía en Chile no depende del cumplimiento de una meta monetaria o de las decisiones de la pareja, sino de “cómo las cosas se van dando”, como afirma Meri Katrina. Por ello, su residencia la perciben como algo *transitorio*³⁴ e indefinido, donde Santiago es un lugar más dentro del recorrido de su largo viaje.

Pero todas esas ganas de vivir tranquilas y de manera solitaria, tiene a su vez sus inconvenientes. Su cotidianeidad se hace más ardua en términos físicos y psicológicos. Como cuenta Meri Katrina, trabajar de noche, ir a buscar a su hija a la sala cuna nocturna para correr a la diurna³⁵, con un gran bolso en la mano, se le hace muy duro cotidianamente. De hecho, ella confiesa que hubo un período en que los médicos estaban muy preocupados porque estaba muy flaca:

“Es que sabe que he recibido una terapia. He tenido apoyo. Hubo un momento que no daba más. Me la pasaba llorando. Yo tuve mi guagua... y aparte de que él (padre del segundo hijo) no me apoyaba en nada. Entonces me tuve que cambiar de casa, en un lugar un poco más allá. Por Nataliel Cox. Me cobraba como 80 mil pesos y la luz me salía 10 mil pesos. Y en ese tiempo me

³⁴ La idea de tránsito es asociada frecuentemente a lo provisorio o temporario, pero la noción empleada se inscribe más bien a una etapa dentro de un recorrido, que es como la define Parant (2010) al estudiar el paso de grupos africanos por países europeos para llegar finalmente a Canadá. En el caso de la trayectoria estudiada, posteriormente al paso por Chile, no necesariamente se encuentra el regreso a su país. Muchas me confesaban, de hecho, su gran interés en vivir en Francia, al contarles que yo estudiaba y vivía allá.

³⁵ Esta entrevista fue realizada en su rutina, durante el trayecto de una sala cuna a otra y, posteriormente, en su casa, donde pude captar y experimentar su desgaste y cansancio físico al realizar sus actividades cotidianas.

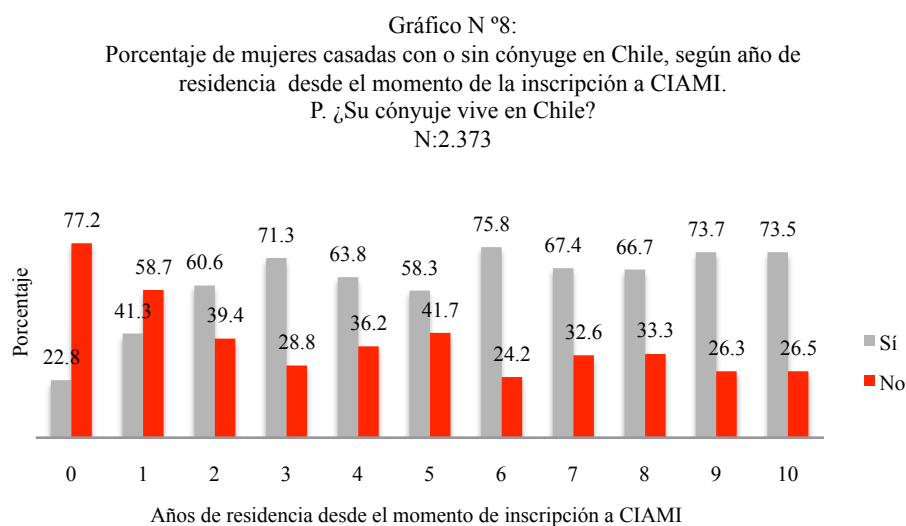
daban licencia de 130 mil pesos. Imagínese con qué iba a vivir yo. Entonces yo trataba de presionar al papá, lo llamaba y él me decía ‘que no tengo...’” (Meri Katrina 2011).

Trabajo, vivienda, hijos, dinero, son múltiples aristas que las inmigrantes deben enfrentar solas cotidianamente. Como Tania señala, “ser papá y mamá a la vez, no resulta fácil”, que es una dimensión que se aborda con más precisión en el próximo capítulo.

III. Encuentros y desencuentros de la mujer casada.

A. ¿Reagrupación o no en las casadas?

Una vez ya habiendo analizado a la mujer célibe, es preciso indagar en la inmigrante casada que, como se dijo anteriormente, corresponde a un 18% del total de las estudiadas, un porcentaje que es bastante menor a las solteras. El hecho de que una inmigrante se inscriba dentro de un contrato matrimonial no quiere decir, sin embargo, que se encuentre viviendo junto a su marido, pues puede tratarse de una mujer que emigra y reside sola en el extranjero, siendo parte de lo que se denomina una *emigración autónoma*. A partir de la pregunta planteada en la ficha de inscripción *¿su cónyuge vive en Chile?*, se pudo conocer más en detalle las diferentes configuraciones de la pareja casada durante la experiencia migratoria, como el Gráfico a continuación lo muestra³⁶.



Fuente: Elaboración propia en base a los datos CIAMI 2004 a 2013.

De los resultados expuestos en el Gráfico, se obtiene que sólo un 23,5% de las mujeres recién llegadas a Chile, esto es, con menos de un año de residencia desde el momento de su inscripción, afirman que su marido se encuentra viviendo en el mismo país que ellas, lo que podría darse ya sea porque emigran juntos o porque él ya se encuentra en el país (*emigración asociativa*). Contrariamente, un 76,9% responde que

³⁶ Esta información es inédita en el campo migratorio en Chile, hasta la fecha no se conocen cifras respecto a los porcentajes de reencuentro de parejas casadas y menos de su evolución en el tiempo.

su cónyuge se encuentra fuera de la frontera chilena, confirmando una vez más el carácter autónomo del flujo, antes señalado.

Al analizar los grupos que llevan más años de residencia en Chile, se observa que en un primer año el porcentaje de mujeres que se encuentran acompañadas aumenta a un 43,5%, lo que lleva a interpretar que en muchas de ellas se produce un reencuentro con el cónyuge que en un principio dejaron en su país. Este aumento de porcentaje también podría darse por nuevos matrimonios que se realizan en la ciudad de acogida; no obstante, se duda de ello ya que un año es un período muy breve para que esto ocurra. Inversamente, se tiene que el porcentaje de mujeres que están sin sus maridos disminuye a 56,5%. Esta caída podría atribuirse también a que varias que llegan solas después de un año no soportan esta situación y regresan a su país (los datos que se cuentan no logran dar a conocer los regresos de las personas, ya que provienen de la aplicación de la ficha de inscripción en el momento en que están en Chile).

Al detenerse en el grupo de inmigrantes que llevan dos años de residencia desde el momento de la inscripción a la institución, se logra percibir un fenómeno muy importante a tener en cuenta para la comprensión de esta ola: la relación entre mujeres con y sin cónyuge en Chile se invierte, siendo más las que se encuentran acompañadas que solas. Este dato llevaría a demostrar que, al cabo de tres años, son muchos los matrimonios que cumplen la promesa de reencontrarse en el país extranjero, como es la historia de Laura y Ricardo, expuesta a continuación. Sin embargo, no hay que olvidar que dentro de estas cifras podrían existir parejas que se conocen y casan en Chile, como son las trayectorias de Gladys y Reina, descritas previamente.

Al tomar las poblaciones que llevan más tiempo de residencia, se observa como tendencia general que a medida que los años en Chile se acrecientan, más son las mujeres que viven junto a sus cónyuges y menos las que se encuentran separadas. No obstante, pese a que las estadísticas de mujeres solas disminuye con el tiempo, se identifica un segmento constituido por al menos un 20% en cada período de residencia, que formaría parte de esta categoría. Y aquí es dónde surgen algunas interrogantes más específicas, importantes a resolver por medio del análisis cualitativo: ¿Quiénes son estas mujeres que se reconocen como casadas pero que

luego de cinco, siete y hasta diez años de vivir en Chile siguen habitando separadamente de sus cónyuges? ¿Cuáles son sus trayectorias? ¿Por qué siguen solas?

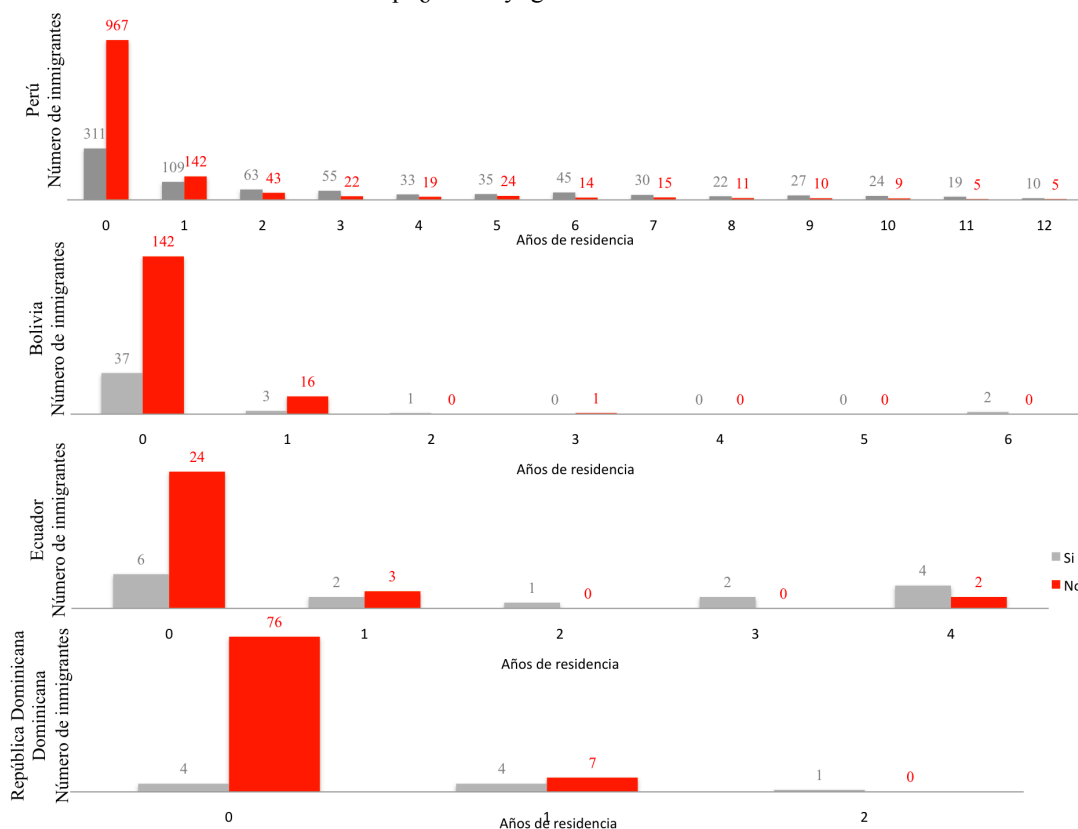
Antes de entrar a analizar las historias particulares que existen detrás de estas estadísticas, es preciso analizar la misma información en función de las distintas nacionalidades estudiadas.

B. La reagrupación de parejas según país de nacimiento.

Como los gráficos a continuación lo detallan, de las peruanas, dominicanas, bolivianas y ecuatorianas casadas, es posible distinguir un comportamiento similar: existe una mayoría que emigra autónomamente. En cuanto a los grupos que llevan un año de residencia en el país, sólo es posible extraer algunos análisis para las peruanas y bolivianas, ya que no se cuentan con los casos suficientes para estudiar las otras nacionalidades. Según las estadísticas representadas en los gráficos, las parejas de casadas y separadas, para este período de residencia, superan a las que se encuentran juntas.

Respecto a las inmigrantes que llevan más de un año en Chile, sólo es posible analizar la población nacida en Perú puesto que la información es insuficiente para los otros grupos. En general, se observa un comportamiento similar al del Gráfico anterior (lo que se explica por las altas cifras de peruanas que se cuentan respecto a las otras nacionalidades): un alto y mayoritario número de reunificación de parejas, pero a la vez una importante cantidad que queda viviendo sola pese al pasar del tiempo, como se explica en el análisis expuesto previamente.

Gráfico N° 9:
 Número de inmigrantes casadas con (sí) o sin (no) cónyuge en Chile,
 según año de residencia desde el momento de la inscripción a CIAMI.
 p. ¿Su cónyuge vive en Chile?



Fuente: Elaboración propia en base a los datos CIAMI 2004 a 2013.

C. Tres trayectorias de la inmigrante casada.

Son tres las trayectorias conyugales que pueden identificarse, a grandes rasgos, de la inmigrante casada.

1. La seguidora fiel.

La primera de ellas responde a esa mujer que emigra junto al cónyuge o para reunirse con él (emigración asociativa), quien va a ser parte de un grupo minoritario de las casadas, de ese 22,8% de las mujeres recién llegadas previamente señalado (el cual respecto a la población total de inscritas a CIAMI es muy más bajo, con apenas un 1,9%).

Antes de tomar la decisión de partir, una serie de circunstancias llevan a la pareja a comprender que emigrar es la solución más propicia para sus vidas. Este proceso de toma de consciencia puede ser lento y largo, pues varios elementos tendrán que reunirse como para que una pareja y, a veces una familia, recurra a la difícil opción de emigrar en conjunto.

En el caso de María del Pilar (2012) y Beto, su marido, eran múltiples los motivos que se juntaban. El primero era de índole económico. El negocio de melanina que habían creado hace algunos años empezó a decaer en el último tiempo producto de la valorización del dólar. El segundo, era la delincuencia y sensación de inseguridad del barrio en que vivían. El sector era conocido en todo Perú por la violencia y narcotráfico, entorno donde ella y su marido no querían que sus hijos crecieran. El tercero, se vinculaba al hecho de que su hija de 16 años, tuvo un hijo con un joven que estaba “muy metido en la droga. Y nosotros tratamos de evitarlo. Y por eso, fue nuestro parecer de querer viajar, estar acá”.

Una vez tomada esta decisión, la pareja desarrolló una estrategia para cumplir la meta de encontrarse un día reunidos fuera de las fronteras. En la familia de María del Pilar era difícil la opción de partir todos juntos, lo mejor sería que uno de los padres emigrara primero y creara las condiciones para que el resto de la familia llegara.

Fue ella quien en un principio se ofreció a partir, por lo que comenzó a averiguar las posibilidades que habían en el extranjero, en España y Estados Unidos. Inició los trámites para irse a este segundo país, pero cuando la visa (de turista) estaba lista, se arrepintió de ir ya que se vio invadida por dos temores. Por un lado, no tenía el valor de dejar a sus hijos “solos”. Como ella cuenta: “Yo llegué y me dije ‘mis hijos pequeños no. No me voy’. Y cuando regresé mi esposo me dijo ‘qué bueno que te vas’. Y yo le dije ‘no, no me voy’”. Para ella el dejar a sus hijos con su padre, representaba dejarlos sin nadie a cargo de ellos, lo que muestra una marcada (y probablemente) desigual distribución de roles en el hogar, donde es ella quien se ocupa de la crianza y cuidado de los hijos, junto a su trabajo, y no el padre.

Por otro lado, tuvo miedo de que su esposo le sería infiel si lo dejaba solo en casa: “Siempre hay alguien que te dice, si ti te vas tu esposo se va a buscar otra”, cuenta

durante la entrevista. Es interesante observar cómo ella mediante esta frase está validando una instrumentalización de su marido hacia ella, por el hecho de pertenecer a la categoría “mujer”, donde ella se concibe como una persona que fácilmente podría ser cambiada y reemplazada por otra.

Esta sensación de fragilidad ante la posibilidad de la infidelidad por parte del otro, ha sido analizada por investigaciones focalizadas en las parejas transnacionales andinas asentadas en España, dando a entender que es un asunto bastante recurrente en las mujeres (Guaygua, Mercado Miranda, Ergueta Romero y Castillo Herrera 2008; Parella 2007)³⁷. No obstante, algunas investigaciones han afirmado que este temor al engaño no es un asunto de género, puede ser vivido tanto por el hombre o la mujer que se separa:

“... la percepción de fragilidad a la hora de gestionar la relación de pareja desde la distancia aparece tanto en el discurso de los varones como de las mujeres. Se asume que la migración conlleva mayores posibilidades de iniciar un romance para las personas que están lejos de sus familias” (Parella 2007, 675).

Finalmente, María del Pilar optó por su hogar y sus hijos, incitando a su esposo a emigrar. Sin embargo, después de la separación con Beto, se arrepintió de la decisión tomada. Cuando su marido estaba en Chile, María del Pilar, aparte de tener que hacerse cargo de una casa donde vivían sus tres hijos más un nieto, tuvo que encontrar un nuevo trabajo (en la Municipalidad) tras cerrar su negocio. Su vida cotidiana se le estaba haciendo muy pesada sola.³⁸ Por otra parte, en términos emocionales comenzó a sentirse muy frágil. La desconfianza que sentía hacia su marido respecto a que podía

³⁷ Y en efecto se ha constatado que la infidelidad es más probable en estas parejas. Tanto es así que actualmente, por ejemplo, existe un programa impartido por el Gobierno de México orientado a la prevención de Sida de mujeres mayas que viven en el sur del país. Son madres de familia que se quedan viviendo solas, en sus comunidades, ya que sus cónyuges parten temporalmente a trabajar a Estados Unidos. En su regreso, muchas son contagiadas de Sida por sus maridos, quienes tuvieron relaciones sexuales con otras mujeres en el extranjero. Mientras el hombre tiene la posibilidad de tener ciertas aventuras sexuales, la mujer queda vigilada por su comunidad rindiendo fidelidad a su esposo (Quintal 2012).

³⁸ Un estudio realizado en el sur de México, centrado en la mujer que queda al mando de la casa tras la partida del marido a Estados Unidos, afirma que es fundamental reconsiderar esas capacidades femeninas cuando las mujeres quedan frente a nuevas responsabilidades sociales, familiares y comunitarias desde el momento en que el jefe de hogar emigra, aspectos que no han sido mayormente estudiados. La mujer, además de tener las funciones dentro del hogar, debe asumir también las vinculadas al ámbito del trabajo y la sociabilidad propias de la “esfera pública”, las que ejercía el hombre previamente a su partida (Loza Torres, Vizcarra Bordi, Lutz Bachère y Quintanar Guadarrama 2007).

engañarla si ella partía, se le traspasó al temor de las mujeres que él conocería allá, lo que da cuenta de una inseguridad intrínseca en ella, que iba más allá del hecho de estar separados.

Según María del Pilar, ella tuvo más desconfianza al llegar a Chile, cuando percibió que su pareja ya no estaba tan entusiasmado con la idea de que todos los miembros de la familia se vinieran a Santiago. Cada vez que ella lo llamaba para decirle que se iría a Chile, él decía: “ ‘Mira yo estoy en la casa de mi hermano... que no puedes venir porque la vida es difícil, y acá trabajar es fregado y a mí me ha costado hartito. Yo no sé Pilar...’ ”. Beto comenzó a decirle que quizás lo más óptimo para el bienestar de todos era que él trabajara en Chile y fuera de vez en cuando a visitarlos.

Al respecto, hay investigaciones que afirman que si una emigración con fines laborales se lleva a cabo por un varón, que es el caso de esta pareja, existe la tendencia a organizar su experiencia migratoria en torno a un ir y volver, lo que ha sido denominado por ciertos autores como *migración circular* (Parella 2007) (Hondagneu-Sotelo 1994). El migrante vive en el país receptor durante el período que debe trabajar, y en tiempos de desempleo (ya sea por trabajo de corto plazo o trabajos estacionales), retorna a su país de origen para encontrarse con su familia. Su vínculo con el país de acogida es provisorio, guardando una relación flexible y ambigua (de presencia y ausencia) con la nueva realidad.

Un ejemplo claro de lo planteado anteriormente, es lo que sucede con la migración autónoma del hombre boliviano a Argentina. Dada la cercanía geográfica entre ambos países y la relativa flexibilidad de las políticas públicas del país receptor en comparación a Estados Unidos o países europeos, entre otros factores, han existido en los últimos años desplazamientos como parte una estrategia de unidades familiares rurales y urbanas, dentro de diversas actividades económicas (construcción y agricultura) y formas de autoempleo vinculadas al sector informal. Como lo remarca la socióloga experta en migraciones del mundo andino, Sonia Parella, se trata de un desplazamiento “que conjuga el itinerario de migración - de ida y venida - y su relación con el ciclo vital del individuo, las familias y sus proyectos de vida. Generalmente, es el varón quien emigra - habitualmente a Argentina - y la unidad

familiar se consolida a distancia, desde una división sexual del trabajo”(Parella 2007, 668).

Otro caso típico de migración independiente masculina basado en el sistema circular, es la primera generación de migrantes senegaleses y argelinos hacia países de Europa, como Francia, quienes emigran en representación de su familia y comunidad para ser contratados principalmente en el área de la construcción. Ellos se encargan de enviar remesas durante el año para la mantención económica de sus familias, y en tiempos de reposo laboral, vuelven a sus países de manera de renovar y actualizar los vínculos con sus cercanos (Mondain, Diagne y Randall 2011).

Pero, en el caso de María del Pilar y Beto tampoco estaba tan claro cuál sería su plan emigratorio. De hecho, el gran problema estaba en la comunicación que, según María del Pilar, empezó a fallar poco a poco, algo que es fundamental para mantener la confianza en una relación a distancia, como explica la investigación realizada por Sevillano Bravo y Escobar Serrano (2011) en *parejas transnacionales*:

“Para las parejas entrevistadas la comunicación es uno de los aspectos que ha facilitado la construcción de la confianza conyugal; a la comunicación le otorgan la facultad de incrementar los sentimientos de seguridad en su cónyuge, por cuanto los mantiene vinculados y los sigue haciendo sentir pareja en la distancia geográfica” (Sevillano Barvo y Escobar Serrano 2011, 16).

Otro aspecto que el estudio reconoce como esencial para mantener la relación desde la distancia, son las expectativas de retorno o reunificación, las cuales eran cada vez más difusas en el caso María del Pilar y Beto. María del Pilar, después de un año de estar separada de su marido, comenzó a plantearse seriamente la posibilidad de ir a verlo. Ella cuenta que su jefa le decía:

“María del Pilar tú eres estupenda para trabajar, no me puedo quejar. Pero yo te aconsejo que si se ha ido tu esposo, ándate tú. No te quedes acá porque el hombre se olvida. Amor de lejos... es difícil mantenerse. Si hiciste el sacrificio por tus hijos de quedarte, está bien como madre. Porque más vale el sacrificio de madre... pero lo que debes hacer ahora es ir al lado de tu esposo, y llevarlos a todos”(María del Pilar 2011).

Un aspecto que llama la atención de este discurso es la frase “el hombre se olvida” la cual, en otras palabras, intenta decir cómo las mujeres sienten que los hombres tienen una relación instrumental con ellas, como se explica anteriormente. La “mujer”, frente a la visión del hombre, más que un individuo en su integridad se siente como una más dentro del colectivo o categoría “mujer”, que puede ser fácilmente sustituida, como si no importase la individualidad de cada cual (pero, desde “la otra cara de la moneda”, la mujer al hablar de “el hombre” también podría decirse que existe una visión genérica de él, como si todos fuesen y actuaran homogéneamente).

Luego de un período de mucha duda entre el quedarse con sus hijos o partir en búsqueda de su marido (algo que produce sentimientos encontrados ya que bajo el modelo de la *Gran Madre* la mujer está al servicio de su marido pero también de sus hijos), María del Pilar optó por Beto. Tomó sus maletas y sin carta de invitación del marido (lo que le produjo posteriormente problemas en la frontera) partió. Una vez arribando a Santiago, a la casa de su cuñado, se empezó a sentir muy incómoda, reclamándole a su esposo que se fueran a vivir a otro espacio: “¿Sabes qué? El casado casa quiere y yo no puedo vivir en la casa de tu hermano. Tu hermano es muy bueno, pero su mujer me pisa los talones”.

Al llegar, María del Pilar se encuentra con varios problemas que le dificultan su estadía. Uno de ellos es que a diferencia de Laura, un caso que se expondrá a continuación, Beto no había preparado las condiciones para recibir a la familia, lo que constata una vez más cómo él no se hace cargo del hogar y la desigualdad de género que existía en la repartición de sus tareas entre la pareja. El segundo, que se vincula con el anterior, es que como estaban de allegados donde el hermano de Beto, convivían dos mujeres en una misma casa, lo que puede llevar fácilmente a disputas ya que va existir una pugna entre ellas por el dominio del hogar. Es preciso recordar, como se señala anteriormente, que bajo la idolología del *marianismo*, imperante en los contextos analizados, a las únicas mujeres que una jefa de hogar respeta es a la madre y suegra. Un tercer conflicto que María del Pilar encontró estando allá, es que poco a poco comienza a sentir mucha culpa por haber abandonado a sus hijos. Se sentía una “mala madre”, pues había traicionado a uno de los principios más importantes del ideal de la *Gran Madre*, que es estar con sus hijos. Luego de caer en depresión por este motivo, ella reaccionó e hizo lo posible por traerlos. Como cuenta:

“Yo estaba con la moral mal, porque yo veía que yo había dejado mis hijos, y no sabía si comían o no comían. Porque dejarlos con una persona, así sea tu hermana, no era lo mismo. Yo los llamaba seguido. Siempre me contestaban llorando que querían venirse. Yo me enfermé, no quería ni trabajar. Me enfermé psicológicamente. Entonces, agarré y dije ‘tengo que hacer algo’. Y justo mi hermana me llamó y me dijo que mi papá había vendido la casa. Mi papá está guardando como 1000 dólares para ti. Mil dólares para acá no es nada, pero para Perú sí era plata. Entonces llamé a mis hijos que la plata que les estaba mandando era para que hagan sus pasaportes. ‘Hagan sus pasaportes y vengan como sea’. Le expliqué a mi hija la menor de cómo venirse, le dije ‘te vienes así...’ Hizo los papeles y entró ella sin tanto problema ” (María del Pilar 2011).

2. La esposa luchadora.

La segunda trayectoria, y que se realiza de manera más masiva que la anterior³⁹, es el de la esposa que emigra en un principio sola, para ser alcanzada con paso del tiempo por su marido y/o hijos. Refiere a mujeres trabajadoras y abnegadas por su familia. Son personas luchadoras, que tienen el coraje de partir y dejar todo, inclusive a los hijos, que son lo más sagrado para ella, por el bienestar de todos. La partida bajo “el deber de toda madre” resguarda todo tipo de actos, los cuales, sin embargo, podrían ser negativamente percibidos por la familia o comunidad, como es el de estar lejos de sus hijos.

Esta trayectoria se representa muy bien en la vida de Laura (2011), una limeña de aproximadamente 40 años, que en el año 2000 se atrevió a dejar a su marido y dos hijos (una de 13 años y otro de 1 año) para ir a buscar trabajo a Chile. En el caso de la familia de Laura el objetivo emigratorio era muy claro: que sus hijos fueran a un

³⁹ Lamentablemente por medio de otros instrumentos no se logra conocer si la emigración asociativa se trata de más mujeres que siguen a sus hombres o viceversa. Al menos, sólo considerando la población estudiada, pareciera ser así: son más bien los hombres que emigran en una segunda instancia para reunirse con sus esposas que se encuentran en el país de acogida. Este fenómeno también se ha observado en España en la población peruana. En base a datos de Instituto Nacional de Estadísticas, se ha estipulado que a partir de los años noventa, eran las mujeres que emigraban a este país y constituían una mayoría respecto a los hombres de su misma nacionalidad. Sin embargo, a partir de los años 2000 comienza el proceso de llegada de la población masculina, pasando a predominar sobre la femenina, lo que lleva a plantear como hipótesis de que muchos hombres comprometidos emigraron para reunificar a sus mujeres (Pavez 2011).

colegio privado en Lima, y que después, la mayor, fuera a la universidad allá⁴⁰. Como Laura cuenta, ellos vienen de una familia de sector socio-económico medio, por lo que tenían como expectativas dar una buena educación a sus hijos: “Lo que pasa es que en Perú nosotros teníamos una vida, no éramos... éramos de un nivel medio. Mis hijos los dos estuvieron en colegio particular en Lima. Yo tenía empleada y todo el cuento. Salimos del trabajo. A mi hija la tuve que sacar del colegio y la puse en un colegio estatal”.

Tras inscribir a su hija a un establecimiento educacional público, se dieron cuenta de que era necesario reinscribirla al privado ya que sentían que no aprendía en el colegio, por lo que necesitarían el dinero para hacerlo. Fue en ese momento (año 2000), cuando decidió seguir a su hermana que había partido hace un año a Chile. Por medio de una conocida de la jefa de su hermana, llegó directamente a trabajar como empleada puertas adentro a una “gran casa”, ubicada a las afueras de Santiago, en Buin.

Pero, para poder tener la capacidad de partir y separarse de la familia, fue necesario contar con una gran fortaleza interna, pues para este tipo de mujer, que está muy acostumbrada a estar con su familia, no le resultaba fácil la separación. Como Laura cuenta, a propósito de sus primeros meses en Chile: “Yo lloraba todos los días. Todos las noches. Como dos veces al día. Es terrible... de imaginar de dejar mi familia y mis hijos. Pero es muy triste, es terrible. De repente uno no echa tanto de menos las amistades. Es la familia, lo que tú construiste. Y es muy duro...”

Según Laura, esta fortaleza es algo propio a la mujer. En este contexto, ella cuenta que antes de establecerse definitivamente en Santiago, su marido estuvo dos años trabajando como jardinero en la misma casa particular donde ella, en ese entonces, estaba contratada como empleada puertas adentro. Fue tanto el dolor de su marido por dejar a sus hijos que no aguantó y debió regresar con sus hijos y con su madre que los cuidaba:

⁴⁰ Esta trayectoria de mujeres casadas, sostenedoras de una familia y que emigran para aumentar el nivel económico y educacional de la familia, representa también a un segmento de bolivianas (Parella 2007) y ecuatorianas (Pedone 2004) que habitan en España.

“Y ahí llegó mi esposo. El trabajó como jardinero para la misma persona, pero no se adaptó. El estuvo como dos años y se fue. Las emociones, lo sobrepasaron. Qué increíble que las mujeres podemos ser más... está comprobado... somos más fuertes. Decimos ‘voy a hacer esto, y voy a hacer esto...’ y uno lo hace. El hombre si se vendría solo no llegaría a ningún lado. Los hijos. El lloraba. Yo le decía ‘tienes que dar las gracias a Dios... imagínate que cuando me vine yo estaba sola’. Yo no tenía dónde recostarme, hombro donde llorar. Esa era la gran diferencia. Pero el se regresó por dos motivos. Primero, porque echaba mucho de menos a sus hijos. Y dos porque no se adaptaba. El hombre si se vendría solo no llegaría a ningún lado. Es que de verdad...” (Laura 2011).

Es interesante percibir cómo en el discurso de Laura existe una infantilización de su marido, como si fuese un niño débil, incapaz de controlar sus emociones y, por ende, hay que proteger. Como se menciona anteriormente, la infantilización del varón es una característica típica del *marianismo* basada, según Stevens, en un culto generalizado a la “superioridad espiritual femenina”, que “...enseña que las mujeres son semidivinas, moralmente superiores y espiritualmente más fuertes que los hombres” (Stevens 1974, 17). Una “superioridad espiritual” que va a permitir y legitimar a fin de cuentas la inequidad de género dentro de un hogar y en la sociedad en su conjunto. Un discurso que va a justificar hechos tan extremos como el que su marido la haya dejado sola trabajando en el extranjero ya que “no se adaptaba”.

Poco a poco Laura, luego de sus éxitos laborales y convencida de que la familia tenía que venir a Chile, empezó a ir preparando las condiciones para la llegada de cada uno. Como Laura dice, “mi proyecto siempre fue de que tenían que venir todos. Los tres. Pero yo más establecida”. Esto implicó, en primer lugar, adquirir una visa con permanencia definitiva para poder demandar al Gobierno chileno la entrada de cada uno: “Yo los pedí a los dos (hijo y esposo). Al año siguiente les salió a ellos la definitiva. Cuando uno tiene la definitiva uno ya puede pedir a tu esposo... yo al tercer año tuve definitiva”.

En segundo lugar, debió conseguir un trabajo para el esposo e hija. Para su cónyuge consiguió una ocupación como jardinero, y para la hija -quien terminó sus estudios de Diseño Gráfico en Perú, en el momento de la entrevista- estaba tratando de conseguir algo en la empresa de publicidad de su empleador: “Entonces yo tenía más contactos para el trabajo. Ya estaba inserta... uno ya tenía más conocidos”.

En tercer lugar, debió buscar una habitación. En una primera etapa, cuando llegaron su esposo e hijo, Laura consiguió un cuarto en el centro al cual le hicieron remodelaciones para que quedara una pieza con distintos ambientes. En una segunda etapa, para cuando llegue su hija (hasta el momento de la entrevista no lo había hecho), el plan era irse a vivir a un departamento más grande en el centro de la ciudad.

3. La esposa emancipada.

La tercera trayectoria se inscribe en el recorrido de una mujer que emigra de su origen bajo el título de casada, pero con la idea de armar una nueva vida, sin su marido, en el extranjero. Son mujeres que antes de emigrar eran *dueñas de casa* y no trabajaban, o si lo hacían, era en una actividad flexible y a tiempo parcial, como un pequeño negocio de venta de ropa, que es lo que se dedicaba a hacer Silvia (2012) en Guayaquil, para complementar el ingreso de su marido, el cual no era suficiente para la reproducción del hogar.

Silvia es una ecuatoriana de Guayaquil de 33 años y llegó hace sólo 12 días a Chile. Se fue en bus, haciendo un recorrido muy largo (pero más barato) donde debió pasar por Perú. En Guayaquil vivía con su esposo y tres hijas, de 15, 9 y 4 años. Se dedicaba a sus hijos y a la casa. De vez en cuando vendía ropa de marca Polo, pero lo que ganaba no era mucho. Un día recibió un llamado de su primo que vive en Chile, quien le dijo que viniera a visitarlo para las fiestas patrias y a ver qué posibilidades surgen de trabajo. Al preguntarle por la reacción de su esposo, cuenta que “es camarógrafo de noticias, entonces le ha tocado bastante viajar. El ha salido, él ha conocido. Pero yo siempre me quedo en la casa. Siempre el hombre es egoísta...”.

Son mujeres que desde que se casaron y tuvieron hijos se han dedicado casi exclusivamente al ámbito doméstico, actividad que con el paso del tiempo las tenía bastante insatisfechas. “Y allá, ¿qué hacías?”, se le pregunta a Silvia. Ella responde “no hacía nada”, con un tono de desprecio a las actividades que ella realizaba como dueña de casa. Al introducirse en el sin fin de exigencias que obliga la mantención del hogar, esta mujer pasaba la mayor parte de su tiempo entre los quehaceres domésticos y la crianza de los hijos, no teniendo espacio para ella.

Esta situación de encierro y monotonía que sentían antes de emigrar, tienden a asignarla a sus maridos. Por ejemplo, al preguntarle a Rocío (2012) por qué ella no trabajaba, responde: “Él (su cónyuge) no quería que yo trabaje porque tenía que cuidarle a los nenes, pero tampoco quería darme nada”.

Rocío es limeña, tiene 27 años y llegó hace un año y seis meses a Santiago. Antes de emigrar habitaba junto a su marido Luis, y sus dos hijos, quienes tenían en ese entonces 8 y 6 años. Vivían en un departamento pequeño, pero ubicado en una buena zona de Lima. Ella conoció a Luis cuando tenía 16 años, y él, 29. Luego Rocío, poco antes de cumplir 18 años, quedó embarazada de su primer hijo, y se vieron obligados a casarse por temor a que el padre de Rocío lo demandara por abuso sexual. Ella atribuye su matrimonio a esa causa, puesto que en el momento de casarse no se querían. “Se nos pasó el amor”, señala ella.

Desde el momento en que Rocío se fue a vivir con su marido, tuvo que dedicarse al hogar y a sus hijos. Después de un tiempo de matrimonio, percibió que había escapado del autoritarismo de su padre para caer en una “situación de aún más encierro”. Además, meses después de casarse, descubrió que Luis estaba con otra mujer, aún más joven que Rocío, de sólo 15 años. “Yo le empecé a decir que se quedara en la casa, y él se ahogaba, llegó a un punto que se jalaba los pelos [...] ‘me ahogo, ya no puedo seguir así’. El necesitaba salir con ella”.

Es en este contexto de fuerte tensión cuando una amiga de Rocío, que estaba viviendo en Santiago hace un año, la invitó a irse con ella. Era la única escapatoria que Rocío veía en ese momento. El partir le daría la posibilidad de estar lejos de su marido y poder comenzar otra vida bajo sus propios medios. Rocío dejó a sus hijos en el departamento, bajo el cuidado de su madre, quien iba todos los días después de la jornada del colegio (hasta las 5:30 de la tarde) a darles de comer.

En los discursos de estas inmigrantes se observa que la realidad que vivían antes de partir es atribuida no sólo a sus cónyuges sino también al contexto social donde ella y él fueron criados, el cual reproduce, a su juicio, una realidad muy machista. Como Silvia comenta:

“Siempre el hombre es egoísta... Lo que pasa es que el ecuatoriano es muy machista, y ellos quieren que se haga lo que se diga, y una mujer se cansa. Por ejemplo, en Ecuador tienes tus hijos y pa’ que tú vuelvas a estudiar de seguro tienes confrontación con tu esposo porque allá te dice ‘que no...’. Mi esposo se quedó sin trabajo y así mismo el hombre es machista, que quiere hacer con uno lo que quiere. Uno como mujer quiere salir adelante... Yo quiero estudiar, trabajar, lo que no podía hacer allá. Porque él dice ‘tú tienes que quedarte en la casa’, ‘a ti no te falta nada...’, ‘yo te doy todo’. Machista. Y no todo es dinero en la vida. Uno como mujer tiene derecho a realizarse, ¿no?” (Silvia 2012).

Poco a poco estas mujeres comienzan a acumular sentimientos de impotencia, rabias y rencores, no sólo hacia su pareja sino también a los hombres de su país. Por medio de los relatos de estas mujeres, quienes llevan un corto período de residencia en Chile, es posible identificar que esa sensación de abuso y dominación masculina hacia la mujer, es adquirida previamente a su partida y no sólo es un proceso que se desata en el extranjero mediante la experiencia inmigratoria, que es lo que algunos estudios (Thayer 2011, Camacho y Hernández 2005, Herrera 2008) tienden a afirmar en torno a la noción de *empoderamiento*.

No obstante, en la entrevista de Silvia se observa que en algunas circunstancias el discurso de género pasa a ser instrumentalizado para justificar su partida y separación con sus hijos. Esto no quiere decir, sin embargo, que se esté negando el hecho de que haya vivido situaciones de represión o abuso con su esposo, pero a veces ella tiende a hacer referencia “al machismo” de forma exagerada y fuera de contexto. Esto no resulta extraño considerando que Silvia, al igual que muchas inmigrantes, es una persona que domina muy bien las prácticas y discursos en torno a los derechos de la mujer.

Es ante un escenario de desconsuelo y desesperanza en las vidas de estas madres de familia, cuando se presenta para ellas una propuesta inesperada, que representa una salvación en sus vidas, una oportunidad única que no pueden dejar pasar. Como cuenta Silvia, a propósito de la invitación de su primo a Chile: “Entonces, ahora me dieron la oportunidad de viajar y me vine”.

“Viajar”, señala Silvia, porque no habla de un “emigrar” o “ir a vivir”. El partir, para esta inmigrante, es visto como un viaje a lo desconocido, a la aventura, como una

oportunidad para ir a probar suerte, para ir a ver qué es lo que existe más allá de su casa. La decisión de marcharse, en las biografías estudiadas, se toma repentinamente, de un momento a otro, guiadas por un impulso más que un plan premeditado. No hay, por ende, tiempo de preparar la partida, que es lo que sucedió a Rocío: “Y entonces ella (una amiga) me dice ‘vente para acá’. Yo le digo ‘no tengo el pasaje, no tengo plata, le digo yo como bromeando’. Y yo le digo ‘tienes que me prestes’, creo que 300 dólares le pedí”.

En algunos casos, la decisión es tomada individualmente, sin el consentimiento de sus hijos y esposos. Esto es lo que ocurrió con la partida de Silvia, quien le dijo a sus hijos y esposo que sería un paseo para conocer otro país y otra cultura, aprovechando que eran las fiestas patrias: “Yo le dije (al primo) ‘y qué tal por allá?’, porque él ya se había venido. Bien, estoy bien. Y me dice ‘vente para acá, pa las fiestas, pa que conozcas’, pero podía ser que yo me quede”. Para Silvia era preferible ir a testear cómo se daban las cosas en Chile, antes de comunicar la noticia y someter a todos a una gran tensión.

Pero para poder mantener esta aventura, es esencial financiarla; de hecho, ésta dependerá estrechamente del factor trabajo. Además, esta inmigrante debe encontrar alguna razón de peso para explicarles a los otros (padres, esposo e hijos) el por qué se quedará en el extranjero, argumento que por lo demás será cierto ya que en este tipo de hogares siempre un ingreso más será muy bienvenido. La ganancia de dinero es aún más necesaria en esta nueva etapa, ya que la inmigrante no sólo debe cubrir sus costos de vida, sino también la de sus hijos y, en algunos casos, la de los padres de ellas, quienes quedan a cargo de sus niños, como sucede en la trayectoria de Silvia.

No obstante, el ir a buscar trabajo a veces no es un argumento suficiente ni convincente para los que se quedan. Esto es lo que le ocurrió, de hecho, a Rocío, quien cuando volvió a Lima a visitar a su familia se encontró con la sorpresa de que su esposo la había denunciado por abandono del hogar: “Cuando yo llegué, él no quería que los viera. Me habían puesto una denuncia por abandono del hogar. No sé por qué lo hizo. Yo no fui mala... además que ya estábamos separados cuando él puso la denuncia. Los dos habíamos decidido que yo viniera”.

Al respecto, Pedone (2004), que describe el asentamiento de familias ecuatorianas en España, señala que precisamente por esta desigualdad de género generalizada, en ocasiones la emigración de la esposa y madre tiende a ser vista tanto por los hombres como mujeres que quedan en el origen como una falta de cumplimiento del rol femenino materno, quienes son acusadas por abandono del hogar. En el caso de los varones, al contrario, suele ser percibido como un reforzamiento del rol de sustentador económico, lo cual le otorga hasta prestigio social.

Una vez llegadas a Santiago, las inmigrantes entrevistadas parecen lograr la libertad deseada. Valoran ser dueñas de su tiempo y espacio, aunque sea en un cuarto pequeño ubicado en el centro de Santiago. Al preguntarle a Silvia dónde estaba durmiendo, ella responde: “En una pieza, en el centro. Por eso, es mi afán de conseguir trabajo, para poder mantenerlo y quedarme ahí... porque me gusta donde estoy... Mi idea es tener tiempo para mí, llamar a mis hijas, ir a la iglesia, y de vuelta a llegar a la pieza”.

Al ser una emigración que nace de una propuesta casual, no existen metas fijas ni plazos de retorno. El objetivo único es el cambio, vivir la novedad del día a día, pero sobre todo tener su propio espacio. A diferencia de las trayectorias anteriores, estas mujeres no se reunifican con sus maridos en Santiago porque es precisamente la separación lo que buscaban por medio de su partida, representando a esas mujeres casadas, expuesto en el Gráfico N° 6, que nunca lograron la reunificación. Como Silvia señala, “en un futuro me gustaría traer a mis hijos”; se le pregunta, “¿a tu marido no?” y ella responde en un tono de rabia: “No, se ha portado muy mal”.

Frente a la evasión de un conflicto directo, la pareja opta por la emigración, quedando en una situación de ambigüedad. Esta situación intermedia, donde la persona no está ni casada ni separada, se pone en evidencia en sus relatos donde siguen utilizando la palabra “marido” o “esposo” para referirse a él, a pesar de que sientan que hace años se encuentran separados. Como Sonia (2012), que lleva cinco años viviendo en Santiago, señala a propósito de uno de los viajes que hizo a Perú: “Fui a Tacna, a la casa que tengo con mi marido”. Pero luego se le pregunta: “¿Y tu marido está en Perú?” Ella contesta: “Sí, pero ya no estamos juntos. Ya era difícil mantener la relación a distancia”.

Sonia es una peruana que viene de Tacna, donde vivía con su esposo y dos hijos, que tenían en ese entonces 10 y 9 años. Los niños los dejó a cargo de él, para ella ir a Chile a emplearse como trabajadora de casa particular. El objetivo inicial era trabajar para pagar para la educación primaria de sus hijos, y eso es lo que ha logrado ir haciendo mediante los distintos trabajos que ha conseguido. El dinero no se lo envía a su esposo, sino al hermano ya que “él se lo gasta”, señala con un gesto de rabia. El dinero recopilado le ha servido además para pagar el pasaje de sus hijos que vienen de vacaciones a Santiago. Es Sonia quien los va a buscar todos los años. “Tengo que hacer muchos trámites. Tienen que entrar como invitados, como turistas”. Adicionalmente, ha ido juntando dinero en forma progresiva para construirse una casa, en un sitio que ya tiene en Tacna. Poco a poco ha ido comprando cocina, cama, refrigerador, “los guardo en el terrenito que tengo, donde hay un lugar para guardar”. Luego de estar cinco años en Chile, su plan es seguir trabajando unos ocho años más, para un día regresar a vivir a este sitio.

IV. Reflexiones Finales.

En este capítulo se ha intentado mostrar las diferentes formas de confrontar la *prueba conyugal* por parte de las inmigrantes que llegan a residir a Santiago. Cada mujer, tanto antes como después del momento de la emigración, es confrontada a decisiones y ambivalencias que fluctúan entre dos polos: por un lado, el de la tradición, debiendo asumir el papel de esposa o hija tal como su entorno familiar y social lo establece. Por otro lado, el de una mujer que se inclina hacia la novedad y el cambio, “innovando” respecto a las formas tradicionales de ser y estar en pareja.

Es a través de la forma singular de confrontar la prueba de dejar su país, y las ambivalencias que eso genera, que estos polos se van verificando y/o mostrando sus efectos. Es preciso insistir en este punto: las mujeres estudiadas aquí no se separan entre las “conservadoras” y la “modernas”, como si se tratara de personas inalterables, definidas de una forma u otra desde su nacimiento. Ninguna mujer está a salvo de esta ambivalencia, y por lo mismo no se puede hablar de rasgos inherentes hacia uno u otro polo. Si se ha querido insistir en la noción de prueba es precisamente porque estos polos no son propiedades permanentes, sino que se van revelando en la manera en que las mujeres van enfrentando la situación de vida en pareja en un país extranjero. En otras palabras, estos polos que se identifican en las trayectorias de las mujeres inmigrantes no están endosados, sino van tomando formas específicas, en prácticas y decisiones cotidianas.

A partir de lo analizado en este capítulo, se observa que algunos recorridos de vida tienden actuar e identificarse más con el primer polo, lo que se representa en trayectorias como la de la *buena y eterna hija* o aquella que pasa de ser *hija a esposa*, quienes adaptan su vida en Santiago a los intereses y expectativas de padres y familiares, intentando preservar los valores y costumbres que les enseñaron desde pequeñas. Desde esta perspectiva, podría decirse que la inmigrante realiza una suerte de *viaje inmóvil* (Hammouche 2006)⁴¹.

⁴¹ El investigador emplea esta noción al analizar los matrimonios argelinos que viven en Francia.

Algunos estudios han planteado como hechos excluyentes la emigración de mujeres solteras y la emigración bajo una *estrategia familiar* (Parella, 2007). Sin embargo, la trayectoria descrita en las páginas precedentes de una soltera que emigra bajo un objetivo familiar, en tanto hija, refutaría esta afirmación. El problema de dicha mirada ha sido que la emigración bajo una *estrategia familiar* sólo se piensa bajo el formato de una mujer que emigra para trabajar por su marido y/o hijos, y no para satisfacer las expectativas de los padres, que es lo que se observa en esta investigación.

Por otra parte, esta tendencia hacia la preservación de lo estatuido, se percibe también en los dos primeros recorridos de vida de las mujeres casadas, la *esposa luchadora* y la *seguidora fiel*, antes descritos. Aún cuando estas mujeres gestionan durante un período un modelo transnacional, un proyecto de pareja distinto al de su entorno originario, intentan a toda costa adherirse a las formas pre-establecidas de cómo ser una buena esposa.

La emigración, desde estas trayectorias, es una forma de actualización y reafirmación de esos roles estatuarios que estaban “condenadas” a vivir desde pequeñas para el resto de sus vidas. Dentro de este rol está la idea de dar todo por los padres y el sacrificio absoluto por el bienestar del cónyuge, que son justamente las razones de bases que movilizan a las inmigrantes a partir y residir por varios años en el extranjero. Sus objetivos migratorios individuales se adhieren a un proyecto colectivo, que es el de mejorar el bienestar de la familia. Su entrega (femenina) a los otros es algo que vale realmente la pena para ella, aunque implique la postergación o anulación de sus intereses, lo que se transforma en una justificación más de la silenciosa opresión masculina. Si hay un espacio de confort y satisfacción para ella es el del hogar, pero un hogar que entregue las condiciones materiales y simbólicas para el bienestar de cada uno de sus miembros. Su sacrificio o abnegación es siempre bajo un sentido claro y valioso: la familia. Desde esa mirada, este tipo de trayectorias se inscriben dentro del perfil que las perspectivas *estrategias emigratorias familiares* y las teorías *macro-económicas* asumen del extranjero, explicadas en el Capítulo Introductorio.

En otros recorridos de vida, no obstante, se observan procesos opuestos. Este se representa, por un lado, en la mujer *soltera autónoma* que emigra justamente para

romper con las obligaciones familiares, para escapar del deber de ser la buena esposa o hija. Contrario a las descripciones anteriores, todo lo vinculado a la idea del matrimonio lo conciben como una pérdida de libertad, un espacio de restricción para sentirse cómoda y realizada; un lugar donde no existe la distinción entre un “yo íntimo” y un “yo estatuario” (De Singly 2003). Más que como un espacio de placer, la relación conyugal es vista como una obligación o una responsabilidad más en su vida, que no quiere volver a asumir.

A menudo este rechazo a la vida matrimonial surge de los modelos de mujeres que han crecidos en entornos de fuerte machismo (o *marianismo*), con hombres con los que ha vivido experiencias duras (donde muchos son padres de sus hijos). La prueba de la distancia le ofrece la posibilidad de desarrollar una mirada crítica de su realidad, logrando percibir ese machismo como un problema relacionado a la sociedad en la que se encuentran inmersas, la cual enseña y reproduce una determinada jerarquía de roles y formas de relacionarse entre género. La emigración, para estas mujeres, es visto como una oportunidad para escapar de esas obligaciones sociales, como una arma de lucha contra las injusticias de su país.

Estas trayectorias femeninas se asemejan a las observadas por Mirjana Morokvasic (1986) de mujeres que emigran a Europa desde países musulmanes, del norte de África, donde existe una fuerte represión a la mujer. En su artículo *Emigration des femmes: suivre, fuir ou lutte*, la autora sostiene que la emigración en este tipo de mujeres no se produce para acompañar al marido que ya emigró, ni tampoco para escapar de él, sino más bien como una lucha social a las injustas situaciones que debe enfrentar la mujer en sus contextos de origen.

Por último, esta fuerte tendencia hacia la autonomía se va a identificar también en la tercera trayectoria de la mujer casada, en la *esposa emancipada*. Esta mujer emigra bajo el estatuto de una mujer-esposa que parte por razones laborales, bajo la promesa que pronto regresará. Sin embargo, se percibe que tiempo antes de su partida, la persona estaba muy insatisfecha con su vida conyugal. Esta idea se inscribiría en el argumento desarrollado por otras investigaciones, realizadas por expertos como Hondagneu -Sotelo (1994), que estudia la migración de mexicanas en Estados Unidos, y Parella (2007), que se focaliza en la población boliviana en España. Éstas han

sostenido que para varias mujeres la emigración es una forma de evitar una confrontación directa con el esposo y todos los problemas que una separación o divorcio acarrea: "...algunas mujeres emprenden proyectos migratorios para cambiar relaciones 'opresoras' con sus esposos y consumir así procesos de separación o divorcio que les permitan evitar tener que afrontar un conflicto directo"(Parella 2007, 671).

Capítulo II.

Desafíos de una maternidad móvil:
Entre la transgresión y lo sagrado.

Introducción.

El principio de la presencia materna.

Como queda demostrado en el capítulo anterior, el acto de emigrar a otro país enfrenta a las inmigrantes estudiadas a una serie de contradicciones internas respecto a cómo vivir en pareja, las que son producidas por una tensión entre las costumbres establecidas por la tradición y las nuevas configuraciones conyugales que obliga la distancia. Sin embargo, dichas disyuntivas se manifiestan aún con más fuerza en estas mujeres en el momento de ejercer su maternidad desde la lejanía, como se aborda en el presente capítulo. Tanto antes de la partida, como durante su estadía en Santiago, la inmigrante se confronta a una difícil pregunta: ¿Qué es mejor, ser una madre que asegura la subsistencia y recursos económicos para sus hijos, o una que privilegia ante todo estar cerca de ellos?

El entorno social de su lugar de origen le entrega una respuesta clara ante esta disyuntiva: la presencia de una madre es insustituible. Desde pequeña se le ha enseñado que los hijos deben crecer en torno a la madre, quien es la responsable de proporcionarles el alimento diario, pero sobretodo otorgarles el amor que ellos necesiten, estando siempre disponible para ellos.

Según las expertas Sonia Montecino (1996, 1993 [1991]) Marit Melhus (1990), Milagros Palma (1990), María José Buxo (1991) y Marcela Lagarde (1990), este principio social basado en la *presencia materna* en Latinoamérica, data de varios siglos atrás, más específicamente desde el origen de la *cultura mestiza*⁴². Bajo su perspectiva, la fusión, ya sea violenta o amorosa, de la mujer india con el hombre español, trajo como consecuencia el nacimiento de un hijo carente de un padre (lo que en un lenguaje común ha sido denominado como *huacho* (Montecino 1993 [1991])). El único referente para este niño mestizo era su madre, la reproductora, en el sentido económico y

⁴² Dentro de la concepción del “mestizo” se encuentra no sólo el sujeto que es originario de una mezcla española e india, sino también otras, como afro-descendiente, por lo que bajo esta noción se estaría incluyendo a todas las inmigrantes analizadas provenientes de Latinoamérica y el Caribe. Como aclara Sonia Montecino, citando a autores como Pedro Morandé, Octavio Paz y Jorge Guzmán, que encaminan sus reflexiones en base a esta noción: “La conjunción de las culturas indígenas – y en muchos casos negras- con las europeas posibilitó una síntesis social, desde la cual, en un juego de elaboraciones y reelaboraciones, habría surgido un ethos particular: la cultura mestiza latinoamericana” (Montecino 1993, 39).

emocional, del hogar. Así, lo femenino desde este momento histórico queda asociado a la figura de una madre presente, y lo masculino, a la de un padre ausente. Como la antropóloga chilena Sonia Montecino lo describe:

“La hipótesis que hemos sostenido es que la experiencia histórica de la unión, violenta o amorosa, de la mujer india con el hombre español -dentro de una relación ‘ilegítima’ desde el punto de vista de unas y otros-, trajo como consecuencia el nacimiento de vástagos cuya filiación paterna era desconocida. Los mestizos tuvieron como único referente de su origen a la madre, la cual fue en muchos casos la única reproductora (en el sentido económico y social) de ese ‘nuevo mundo familiar’” (Montecino 1996, 189).

Si bien en el caso del presente estudio no se busca indagar acerca del origen del principio social de la presencia materna en Latinoamérica percibido en el discurso de las inmigrantes (ni tampoco, por ende, constatar o rechazar la veracidad de la tesis histórica antes planteada), se considera que es importante tener en cuenta este tipo de lectura, ya que otorga elementos para una mayor comprensión de la tradición en que ellas crecieron, vinculándolos a temáticas como la femineidad, la maternidad, religión y la “raza”⁴³, muy presentes en sus discursos y prácticas. Tal como se ha señalado, uno de los postulados centrales de este trabajo es que las diferentes trayectorias inmigratorias están profundamente marcadas -ya sea como respuesta o continuación- por el contexto de origen y los roles estatuarios en que las inmigrantes deben adherirse en su condición de mujeres.

Al partir de sus hogares, las inmigrantes se confrontan con el principio social basado en la presencia materna que define la maternidad (y femineidad) en sus tierras, atreviéndose a romperlo. Hogares que estaban completamente sobre sus hombros, que es el caso de la mayoría de las inscritas a CIAMI, considerando que un 72,4% son madres solteras (que tuvieron a su hijo bajo una relación “ilegítima”, como lo señala Montecino), pasan a estar en manos de otras personas.

Al producirse la distancia geográfica y física con sus hijos, varias mujeres ya no sólo se ven invadidas por una enorme tristeza por el hecho de estar lejos de ellos, sino también por una permanente sensación de culpabilidad. Emigrando, no sólo se sienten

⁴³ En este caso se utilizan las comillas para enfatizar que la noción de raza no es un concepto biológico, sino más bien una construcción social, como se explica en profundidad en el Capítulo V.

traicionando a sus hijos por dejarlos solos, sino también a ellas mismas, alejándose del ideal de la *Gran Madre* (Stevens 1974). Ante esta difícil situación, existen algunas mujeres que en su estadía en Santiago hacen lo posible por restituir esa “traición”. Ya sea a través de la acumulación de dinero, sus largas jornadas de trabajo, la compra de regalos, el envío de remesas, el encierro en su pequeño cuarto los fines de semana, o reiterados llamados telefónicos, intentan restablecer la “falta” cometida. Por medio de la abnegación y el sacrificio, que caracteriza a la *Gran Madre*, luchan por volver a ser una “buena madre”, teniendo que demostrar constantemente por medio de distintos mecanismos su fidelidad a sus hijos.

Sin embargo, todo ese sufrimiento no podría ser vivido sin esperanzas. Las inmigrantes se fijan objetivos en sus recorridos, que les entregan las fuerzas para soportar esos momentos de profunda tristeza. Por un lado, hay algunas que se plantean el desafío de traer a sus hijos a vivir junto a ellas. Luego de cuatro años de residencia (como las estadísticas a continuación lo muestran), tras alcanzar una mayor estabilidad laboral y adaptación a la ciudad, la mayoría logra esa meta. Por otro lado, en otras trayectorias, la posibilidad de reunificarse con sus hijos en Santiago, por más que lo deseen, no se concibe. El temor de que ellos no se acostumbren y sean discriminados en sus colegios, les hace poner un freno a estos sueños. La mejor alternativa para muchas de ellas es vivir una *maternidad transnacional* (Hondagneu-Sotelo y Ávila 1997)⁴⁴, esperando a acumular el dinero deseado y cumplir la meta económica trazada en un principio. Ante el dolor que sufren diariamente, no les queda más remedio que sucumbirse e identificarse en esa pena, transformándola en un valor que las hace más sagradas como madres.

No obstante lo anterior, junto a esas mujeres que apuntan hacia el modelo de la *Gran Madre*, se observa también la existencia de otro segmento de inmigrantes. Madres que durante su estadía en Santiago desafían a la tradición, encontrando formas particulares de ejercer la maternidad. Mujeres que logran congeniar la entrega hacia los hijos junto con sus intereses, donde la presencia no es concebida como un único imperativo para lograr ser una “buena madre”. Movilizadas por una causa emigratoria personal (y no necesariamente familiar), desde la distancia estas mujeres comienzan a ejercer un tipo

⁴⁴ Este término fue por primera vez acuñado por las autoras, aludiendo al tipo de relación que se forma cuando las madres trabajan y viven en el extranjero, mientras los hijos se quedan en el país de origen.

de maternidad alternativo, distinto a las formas comunes y tradicionales establecidas en su contexto de origen. Dentro de este grupo se identifican madres que tras mejorar sus condiciones de vida en Santiago, deciden reunificarse con sus hijos. Pero es una compañía que no perturba su cotidianeidad. Ellas están conscientes de que para tener una buena relación con ellos, es importante seguir respetando sus espacios (y los de sus hijos), su autonomía y la sensación de libertad que le entrega la capital chilena.

Desde lo dicho, es posible afirmar que existen distintas formas de vivir la maternidad por parte de las inmigrantes analizadas, que es lo que señalan también las expertas Pierrette Hondagneu-Sotelo y Ernestine Ávila en su artículo '*I'm here, but I'm there*'. *The meaning of latina transnational motherhood* (1997), al observar las mujeres mexicanas que inmigran a Estados Unidos. No hay una forma de asumir la maternidad, sino múltiples, afirman ellas, proponiendo un giro (moral) a la concepción clásica de maternidad presente en Latinoamérica.

Basándose en los planteamientos de autores como Glenn (1994) y Thorne and Yalom (1992), que establecen una nueva mirada a la concepción de la familia contemporánea, bajo la expresión en inglés *rethinking family*⁴⁵, las autoras retoman su argumento aplicándolo a los flujos migratorios femeninos. Bajo la percepción de que la maternidad no está sólo predeterminada en términos biológicos (Ruddick 1989), sino también se construye por variantes culturales y sociales (Collins 1994, Dill 1988, 1994, Glenn 1994), la investigación dará un vuelco a esa concepción negativa existente hasta ese entonces respecto a la *maternidad transnacional*. Visión que, por lo demás, no sólo se originaba desde los contextos sociales de acogida y de recepción de las inmigrantes, sino también desde los mismos estudios migratorios vinculados a la temática que no hacían más que resaltar las consecuencias perjudiciales que producían a los niños el distanciamiento con sus madres, y que de hecho, se siguen desarrollando hasta la actualidad (Hochschild 2000, Suárez-Orozco, Jin Bang, y Yeon Kim 2010).

Como lo explica el investigador Heike Wagner (2008) -experto en la inmigración de ecuatorianas en España-, retomando el cambio de paradigma planteado por las autoras:

⁴⁵ Esta propuesta de redefinir la noción clásica de familia y de la maternidad, viene impulsada por movimientos de grupos homosexuales, del "tercer mundo", de "color", de la clase obrera, que se revelan ante los parámetros tradicionales existentes en Estados Unidos o en Europa (Glenn 1994).

“Son diferentes los actores que afirman y reafirman estos argumentos: periodistas, vecinos, familiares, entre otros; pero también conceptos teóricos, como por ejemplo el de los global care chains y el care drain de Hochschild (2002), argumentan desde el sufrimiento de los hijos e hijas de madres transnacionales...Sin embargo, los discursos generalizan, no diferencian entre circunstancias, no contextualizan ni presentan casos diversos, más bien se basan en el presupuesto de que para hijos e hijas la madre es la persona principal, única e irremplazable, sin la cual se destruye la vida de los niños y, en consecuencia, la sociedad” (Wagner 2008, 326).

La investigadora Claudia Pedone (2006, 2008), también focalizada en el estudio de la inmigración ecuatoriana en España, explica con sus palabras lo que significa este cambio de concepción de la maternidad:

“La maternidad incluye una serie de procesos biológicos (concepción, embarazo, parto, puerperio y, en algunos casos, la lactancia) pero se extiende mucho más allá de ellos hacia prácticas y relaciones sociales no vinculadas al cuerpo femenino (cuidado y socialización, atención de la salud, alimentación, higiene, afecto y cariño). Todas estas prácticas se entrecruzan con representaciones acerca de lo socialmente aceptado, legitimado y “naturalizado” (Nari 2004). Así, podemos afirmar que la maternidad no está predeterminada de una única manera, sino que es una construcción histórica, social y cultural” (Pedone 2006, 2).

Si bien este trabajo se inscribe dentro de esta perspectiva, busca ir más allá de ella, precisando en dos aspectos. En primer lugar, se piensa que la maternidad no sólo es una construcción biológica, social y cultural, que es lo que afirman las investigadoras, sino también es biográfica. Como se demuestra en este capítulo, las inmigrantes se enfrentan de manera diferente a la *prueba* de la maternidad porque cada una está determinada por una historia particular. De ahí la importancia asignada en esta investigación a las trayectorias emigratorias, esto es, a la vida de la persona antes de la partida.

Lo dicho anteriormente responde a una necesidad de recordar que las inmigrantes no son un producto o consecuencia de lógicas estructurales, como es la “cultura” o la “sociedad”, sino más bien actores que cuentan con la capacidad para incidir sobre su acción. Cada persona condicionada por su propia experiencia, y orientada por ciertos ideales o representaciones (que, no obstante, son colectivas y estructurales), irá encontrando su propia manera de ser madre. Como la *Sociología del Individuo* lo explica, “los individuos no son efecto de sus circunstancias. Sus circunstancias, a fin de

cuentas, deben ser entendidas como espacio de juego, cuya elasticidad obliga a reconocer y considerar el trabajo que ellos despliegan” (Araujo y Martuccelli 2012, 16).

Como segunda diferencia se plantea que una maternidad alternativa no es aquella que es distinta por un asunto meramente circunstancial, esto es, por el hecho de que las madres se encuentran a kilómetros de distancia de sus hijos, bajo lo que lo que Hondagneu-Sotelo y Ávila (1997) denominan como *maternidad transnacional*. Dentro de los recorridos observados, se perciben trayectorias de madres que tienden a un modelo tradicional, pese a que se encuentran separadas de sus hijos; y, por el contrario, formas innovadoras de vivir la maternidad en mujeres que viven junto a ellos. Por tipo de maternidad en este trabajo se está haciendo más bien referencia a una forma particular de la madre de enfrentarse a su vínculo materno-filial, que se va construyendo por un conjunto de elementos individuales y contextuales (sociales), lo que trasciende el momento de la migración misma.

La tesis de fondo que se sostiene detrás de este argumento, es que las madres, al enfrentarse a situaciones diferentes (y más radicales), que no estaban acostumbradas a vivir en sus lugares de orígenes, pondrán de manifiesto las distintas tendencias respecto a cómo vivir la maternidad. Esto llevaría a afirmar que la transnacionalidad no es de por sí una forma de vida que conduce a producir maternidades alternativas, que es lo que plantean las autoras mencionadas, sino más bien es un contexto que, producto de las condiciones más extremas que plantea, permite transparentar las diversas formas de ser madre.

Más allá de una lógica familiar y racional.

Llegado a este punto, cabe destacar los aportes de este capítulo a la tesis central que se sostiene en esta investigación. En primer lugar, como principal hallazgo se destaca que desde la óptica de la maternidad, es posible identificar ciertos recorridos de inmigrantes que emigran bajo un sacrificio de madre, con la idea de trabajar y enviar dinero para mejorar el bienestar de sus hijos, concibiendo su viaje como algo meramente funcional y estratégico. En estas trayectorias, se perciben distintos grados de urgencia respecto a la necesidad de enviar remesas, esto es, se identifican familias que destinan ese dinero para alimentarse y pagar costos básicos del día a día; y otros hogares, con mayores

recursos, que orientan sus ganancias para que sus hijos puedan asistir a un colegio privado o logren obtener una carrera en un instituto técnico, y de esta manera, seguir creciendo en la escala socio-económica de su sociedad.

Dentro de las diferentes atribuciones que le corresponden a las inmigrantes que se orientan a alcanzar el modelo de la *Gran Madre*, se encuentra el ser proveedoras económicas de sus hogares. No sólo son madres que guían moralmente y protegen emocionalmente a sus hijos, sino también deben encargarse del sustento material de la casa. Se observa que detrás de esa responsabilidad económica existe en algunos casos una situación de abuso hacia la mujer, debido a que no solamente deben encargarse de las tareas hogareñas sino también de trabajar, lo que en algunas oportunidades las lleva a enfermarse. Esta sobre exigencia demandada a la mujer proviene no sólo de las lógicas internas familiares sino también del sistema económico y social al cual está inserta. Son personas que no trabajan por una realización personal, sino más bien para servir a los otros. Desde esta óptica, se afirma que la decisión de emigrar no responde a una estrategia colectiva familiar, como lo plantea la *teoría de la estrategia económica*, más bien es fruto de una obligación social (oculta e inconsciente) asociada al rol del madre, donde se debe ir a buscar recursos para “alimentar” a sus hijos y pareja.

Sin embargo, al mismo tiempo se observan biografías de inmigrantes que son madres, que se encuentran movilizadas no sólo por un fin familiar sino también personal, como, por ejemplo, realizarse profesionalmente, escapar del abuso de poder de su pareja, viajar para conocer nuevos lugares y encontrarse con ellas mismas, emanciparse de las presiones sociales que se le atribuyen a su género, etc. Esto llevaría a quebrantar una clásica asociación que la perspectiva de la *estrategia económica familiar* tiende a hacer a la “inmigrante”⁴⁶ latinoamericana, que emigra a países como España (Calquín 2011, Solé y Parella 2005, Pedone y Gil Araujo 2008), donde se atribuye una emigración de tipo familiar y laboral, por el hecho de ser madre. Estudios que si bien se sitúan en un enfoque de género, no logran deslumbrar ese interés personal del viaje que las madres transmiten en sus entrevistas. Esto lleva a pensar que nuevamente, de una forma u otra,

⁴⁶ Cuando se utiliza el término inmigrante entre comillas se está haciendo referencia a la representación social que existe en torno a la inmigrante latinoamericana, que ha emigrado en las últimas décadas a países como Estados Unidos, Argentina, España y Chile, asociándola a una serie de características, explicadas en el Capítulo Introductorio.

se está cayendo en el paradigma marianista, donde la mujer sólo es concebida desde su rol de madre, como alguien que actúa para los hombres de su casa.

En segundo lugar, estos estudios llevan a homologar a la “inmigrante” madre, no sólo desde una lógica familiar, sino también económica. El pensar que todas las personas actúan en base a una estrategia que tiene como fin alcanzar una meta financiera, significa reducir a la persona a una arista, lo que Max Weber reconoce como *acción racional* (1944 [1922]). Las inmigrantes, aunque sean madres, tienen emociones, sueños, impulsos, intuiciones, como cualquier otro ser humano. No viven sólo de la subsistencia. El viaje, en este sentido, aparece para muchas justamente como la oportunidad de salir del mundo de la materialidad, de la esfera de la reproducción y producción económica, cuestión que se aborda también en los próximos capítulos.

En tercer lugar es importante destacar que, a diferencia de lo que se observa en el capítulo pasado respecto a la *prueba conyugal*, para esas madres que buscan su individuación por medio del viaje, los hijos no son la razón de su partida. Huir de las presiones del marido o de la obligación de estar en pareja, son motivos por los cuales las inmigrantes decidieron dejar su lugar, algo que no se identifica en la relación materno-filial. Muy por el contrario, muchas de estas mujeres sienten que logran realizarse aún más junto a sus hijos, causa por la cual la mayoría de ellas después de un tiempo en Santiago deciden traerlos. Los hijos, para estas trayectorias son una compañía; una compañía que se basa en un vínculo de independencia y autonomía. Viviendo junto a ellos, logran seguir preservando sus espacios de diversión y de desarrollo laboral. A diferencia de otras inmigrantes, su identidad no está sometida por entera a un “yo-materno”, sino también a un “yo- trabajador”, un “yo- amigo”, un *yo-conyugal* (De Singly 1996), y mucha otras formas de auto entenderse.

Estos tres hallazgos son los que se analizan de manera transversal en el presente capítulo, el cual tiene como objetivo principal describir y analizar las diferentes maneras en que las inmigrantes latinoamericanas, que acoge el CIAMI, se confrontan a la *prueba* de la maternidad, desde el momento que comienzan a planificar su emigración. Bajo este propósito, éste se estructura en dos partes. En la primera, a fin de tener una panorámica general sobre la población estudiada respecto a la temática de la maternidad -a partir de la base de datos proporcionada por el CIAMI- se entrega un análisis

cuantitativo al respecto. ¿Cuántas de las inmigrantes que componen este flujo han tenido hijos?, ¿cuál es el estado civil de esas mujeres?, ¿cuántos hijos ellas tienen y de qué edad?, ¿qué porcentaje representa las inmigrantes que logran reunificarse con al menos un hijo en el país de acogida?, son algunas de las preguntas centrales que se intentan responder en esta sección.

Posteriormente, en una segunda parte, bajo el propósito de dar a conocer las principales formas de vivir la maternidad por parte de las inmigrantes, desde los datos cualitativos, se describen cuatro trayectorias, analizando no sólo los *ajustes* (Hondagneu-Sotelo y Ávila 1997) que han debido realizar desde el momento de su partida para mantener una buena relación con sus hijos, sino también las formas en que ellas se aproximan a esta dimensión. En los dos primeros recorridos, desde una mirada crítica, se exponen biografías de madres que pese a la distancia y las nuevas condiciones de vida, hacen lo posible por adscribirse a los principios que debe cumplir una “buena madre”, estipulados por su tradición. Por medio de la descripción de distintas situaciones que confrontan en Santiago, se demuestra cómo este tipo de persona se encuentra en una constante lucha por seguir estando presente para sus hijos, pese a la distancia. Por último, en los otros dos itinerarios, se analiza cómo las madres que se han alejado del modelo clásico materno, logran contrarrestar la pena de estar lejos de sus hijos con los beneficios personales que les trae esta nueva experiencia.

I. La maternidad desde los datos.

A. No todas son madres.

Antes de entrar a profundizar en las formas de ejercer la maternidad por parte de las inmigrantes analizadas, conviene comprender cómo se comporta de manera general el grupo respecto a esta dimensión, a partir de la información cuantitativa que proporciona la base estadística del CIAMI. Para ello, en primer lugar, es fundamental plantearse la pregunta acerca de cuántas de estas personas son madres, de manera de no asumir de antemano que todas ellas lo son, que es una de las características que se tiende a atribuir a la “inmigrante” en Chile, como se explica en el Capítulo Introductorio.

Hasta la actualidad, el único estudio que ha dado estadísticas respecto a los índices de maternidad de las inmigrantes es el realizado por CEPAL, el cual, basándose en la información del Censo 2002 y focalizándose en la población peruana que habita en el país, afirma lo siguiente: “Otro aspecto importante de destacar es que las peruanas son, en su mayoría, madres, aun sin tener pareja declarada. El cuadro 13 muestra que más del 85 por ciento tiene al menos un hijo, muy posiblemente en el país de origen, debido a la ocupación que desempeñan” (Martínez 2003, 46).

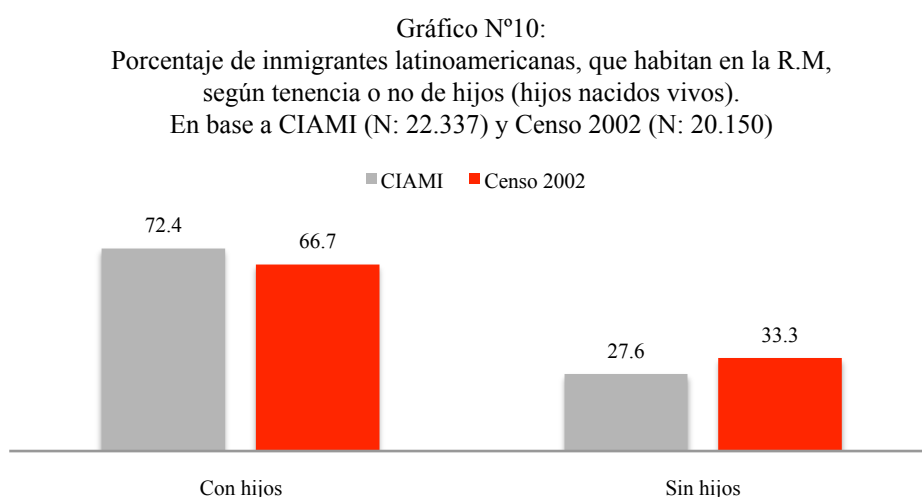
Al comparar esta información con la proporcionada por el CIAMI, es posible constatar que, efectivamente, tal como lo anuncia el estudio previamente citado, la mayoría de las mujeres inscritas en la organización cuenta con al menos un hijo⁴⁷. No obstante, ese porcentaje (72,4%) es menor que el arrojado por CEPAL, existiendo alrededor de un tercio de la población inmigrante femenina que estaría fuera de la categoría de “inmigrante” asociada a la maternidad, lo que lleva a romper tal estereotipo.

En base a la sospecha de que dicha brecha estadística podría estar dada por una diferencia en el tamaño de las muestras, se incorporaron a los datos Censo del año 2002, además de las peruanas (como lo hace el estudio de CEPAL), las otras tres nacionalidades estudiadas. A su vez, se restringió la zona geográfica a sólo a las que habitaban en la Región Metropolitana (R.M.). De los resultados extraídos, como el

⁴⁷ No se observan diferencias en el comportamiento de este resultado al segmentar la muestra por nacionalidad.

Gráfico a continuación lo ilustra, se obtuvo que existe una gran similitud entre los valores proporcionados por el CIAMI y el Censo.

El hecho de que los porcentajes no sean exactamente iguales, podría deberse a un problema de antigüedad de los datos del Censo o de representatividad de los de CIAMI, algo que es imposible de dilucidar con los instrumentos que se cuentan hoy en día. De todos modos, lo importante a destacar es que, ya sea desde el punto de vista de la información censal como la de la institución, existe alrededor de un tercio de la población inmigrante que habita en la R.M que no ha sido madre, una cifra que es mayor a la que había sido hasta entonces estimada⁴⁸.



Fuente: Elaboración propia en base a los datos CIAMI 2004 a 2013 y Censo 2012.

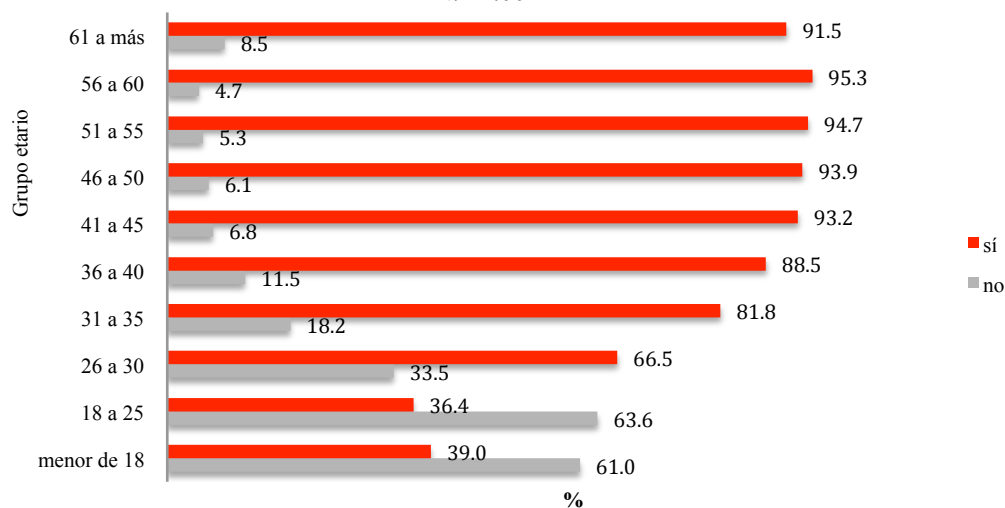
Una vez señalado lo anterior, vale la pena preguntarse quiénes son ese tercio de mujeres que nunca han tenido hijos, y por qué razón no lo han hecho. Al analizar ese segmento con los datos de CIAMI, se percibe que la mayoría, con un 88,7%, son solteras y personas muy jóvenes, donde un 56% tiene entre 18 y 25 años. Se postula que su temprana edad es una variable que podría estar incidiendo en el hecho de no hayan sido madres, considerando que el promedio de edad del primer embarazo en países como

⁴⁸ Este dato también se corrobora por medio de la Encuesta Casen 2011. Si se toma en cuenta la población femenina peruana que habita en la R.M (las otras nacionalidades no fueron analizadas ya que el número de personas entrevistadas es muy bajo y por ende poco representativo), un 30,4% no tiene hijos.

Perú, Bolivia y Ecuador y República Dominicana es de alrededor de 21 años (Ferrando 2003)⁴⁹.

La afirmación anterior puede ser también corroborada al analizar el siguiente Gráfico, que compara el porcentaje de mujeres con y sin hijos según grupo etario. Como se demuestra, del grupo de inmigrantes que se sitúa entre los 18 y 25 años, se identifica que son más las personas que no han sido madres que las que han sido, no obstante, esa relación se invierte al pasar al segmento etario posterior, aquellas que cuentan entre 26 y 30 años. Adicionalmente, si se analizan los grupos etarios que superan los 30 años, se observa que el porcentaje de madres sin hijos es cada vez menor, llegando a un alrededor de un 6% en las mujeres que se sitúan fuera de la edad fértil (sobre los 40 años)⁵⁰, lo que indicaría que no es una población que haya inhibido su posibilidad de ser madre.

Gráfico N°11:
Porcentaje de inmigrantes inscritas al CIAMI, sin (no) y con hijos (sí), según grupo etario.
N: 22.004



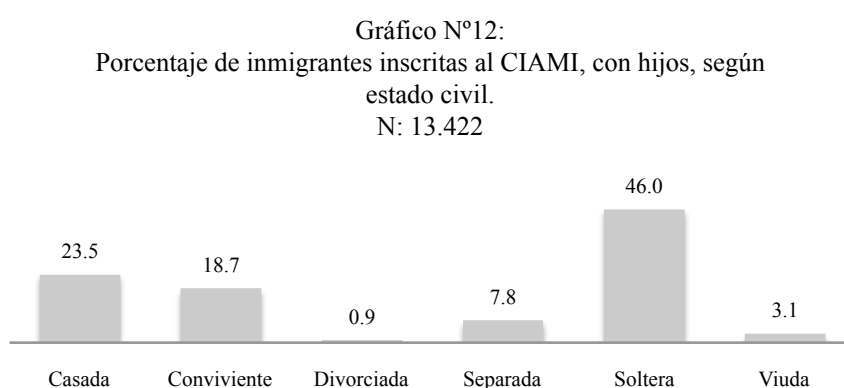
Fuente: Elaboración propia en base a los datos CIAMI 2004 a 2013 y Censo 2012.

⁴⁹ Lamentablemente la base datos del CIAMI no incorpora la pregunta de la edad del primer embarazo como para poder analizar si existe o no una postergación de la maternidad en la población estudiada, en comparación con el resto de mujeres que habitan en Latinoamérica.

⁵⁰ En este pequeño grupo podría inscribirse la trayectoria de esa “soltera prolongada”, explicado en el capítulo anterior; mujeres que producto de su dedicación extrema al trabajo, sus padres y hermanos, dejan de lado el proyecto de formar una familia.

B. La madre soltera.

Habiendo estudiado a groso modo el segmento de inmigrantes que no han sido madres, surge la necesidad de conocer aquellas que han vivido esta experiencia, quienes componen un 72,4% de las inmigrantes inscritas al CIAMI. Respecto a su estado civil, como el Gráfico a continuación lo representa, se identifica que una mayoría (un 72,5%) de este grupo es madre y soltera, es decir, personas que en el momento de la inscripción a la organización, cuentan con al menos un hijo y, sin embargo, no se encuentran casadas (se incluyen las solteras, las con conviviente y las separadas).



Fuente: Elaboración propia en base a los datos CIAMI 2004 a 2013.

Se podría decir que este resultado es un comportamiento normal dentro de la región, considerando que el fenómeno de la *madre soltera* es algo muy presente y difundido en distintos países del continente latinoamericano. Según un estudio de CEPAL (Castro Martín, Cortina, Martín García y Pardo 2011), el 15% de los nacimientos entre el año 2000 y 2010 se realizaron dentro del matrimonio, un 38,9% dentro de una unión consensual y un 46,1% fuera de una unión.

Sin embargo, si se analiza con más precisión los datos proporcionados por el CIAMI y se comparan con los entregados por otros estudios, es posible identificar que este fenómeno se da aún con más fuerza en la población inmigrante estudiada.

Los índices entregados por el mismo estudio de CEPAL citado, basados en los datos censales de distintos países de América Latina (entre los que figuran Bolivia, Perú y Ecuador), demuestran que a medida que el nivel educacional de las madres aumenta, menos son las que tienen hijos fuera del matrimonio. Como se muestra en la tabla

siguiente, de las mujeres que cuentan con un nivel primario incompleto, un 61,2% son madres solteras. Luego, en las con una educación primaria completa, este porcentaje disminuye al 56,4%. Posteriormente, en las que han cursado una educación secundaria completa, decrece aún más, con apenas un 45,5%. Finalmente, de aquellas que poseen estudios universitarios, sólo un 25,1% se encuentra en esta situación.

Teniendo en cuenta los niveles de formación de las madres inscritas a CIAMI -esto es, un 3,8% no tiene estudios; un 27% cuenta con formación primaria completa; un 51,1%, con formación secundaria completa; un 14,6%, técnico completa y un 3%, universitaria- y considerando la cifra entregada, donde alrededor de tres cuatros es *madre soltera*, podría decirse que este segmento es superior en las inmigrantes que en el regional.

Este resultado podría corroborarse también al realizar una comparación entre los porcentajes de madres solteras según el nivel educacional, entre la población inmigrante (datos del CIAMI) y la no inmigrante (datos censales). Como lo muestra la tabla siguiente, si se hace un paralelo entre las cifras del estudio antes señalado y los de la institución, se obtiene que, efectivamente, en los distintos segmentos educacionales de las madres, son mayores los porcentajes de madres solteras en las inmigrantes.

Sin embargo, lo señalado queda formulado en modo de hipótesis, en base a datos que deben ser entendidos más como referencias que como certezas. Como se ha dicho, las cifras del CIAMI no son representativas; y las censales entregadas, reflejan una realidad que involucra 13 países del continente latinoamericano, una muestra que es muy amplia como para ser grupo de control estadístico de las inmigrantes. Habría que hacer un estudio cuantitativo científicamente más exacto como para extraer conclusiones de ambas realidades.

Cuadro N°8:
Porcentajes de madres solteras según nivel educacional, en base a la información entregada por el CIAMI y censal.

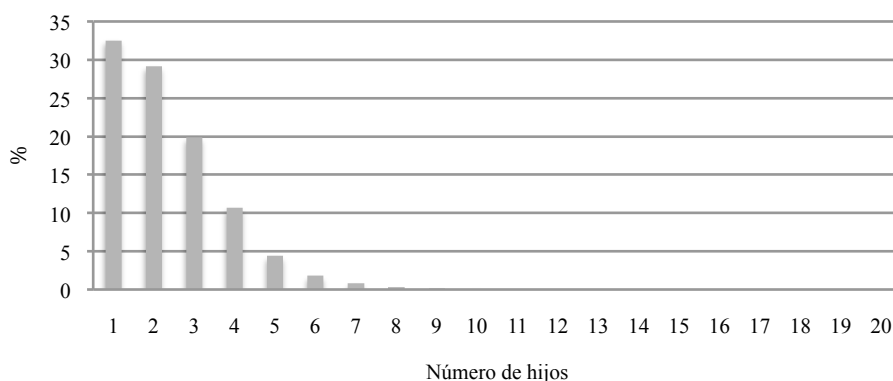
Nivel educacional/ instrumentos	CIAMI	Censos en L.A
Primaria incompleta	70,2	61,2
Primaria completa	73,7	56,4
Secundaria completa	74,1	45,5
Universitaria completa	63,3	25,1

Fuente: Elaboración propia en base a los datos CIAMI 2004 a 2013 y datos censales de distintos países de Latinoamérica recopilados por CEPAL (Castro Martín, Cortina, Martín García y Pardo 2011).

¿Cuántos hijos tienen estas madres? El promedio es de 1,7 por inmigrante, un índice que es menor al calculado para el continente latinoamericano, el cual es de 2,55 hijos por mujer (CEPAL 2008). Esta cifra menor puede deberse a que es una población muy joven, estando la mayoría entre 18 y 25 años (24,1%), y 26 y 30 años (16,6%), por lo que se encuentran en el comienzo de su etapa reproductiva.

En cuanto a la distribución de esta variable en términos de porcentaje, como lo representa el Gráfico siguiente, se identifica que del total de mujeres con hijos, un tercio (32,5%) tiene uno y otro tercio (29,1%), dos. Posteriormente son pocas (19,9%) las con tres hijos, y aún menos (10,7%), las con cuatro.

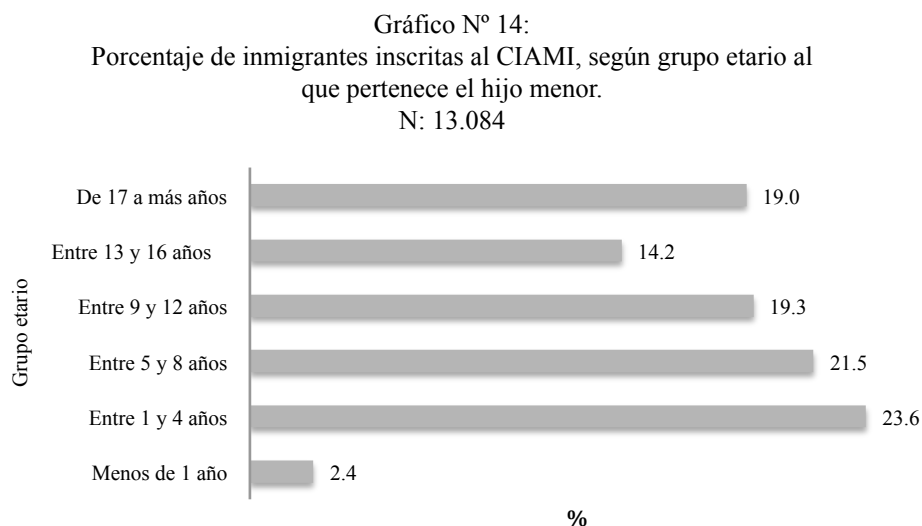
Gráfico N° 13:
Porcentaje de inmigrantes inscritas al CIAMI que declaran tener hijos,
según número de hijos.
N:16.177



Fuente: Elaboración propia en base a los datos CIAMI 2004 a 2013.

En cuanto a la edad de los hijos, la base estadística de CIAMI sólo cuenta con la información del menor. Como el Gráfico N° 14 lo retrata, se observa que la mayoría de las inmigrantes tienen hijos muy pequeños, estando casi un cuarto de este grupo en los

primeros cuatro años de vida. Se percibe, además, que la mayoría de este segmento posee menos de 12 años, una edad donde el bebé o niño depende enteramente del cuidado de un adulto.



Fuente: Elaboración propia en base a los datos CIAMI 2004 a 2013

C. La reunificación madre e hijo.

Llegado este punto, inmediatamente surge la interrogante respecto a si estos bebés y niños de tan baja edad viven o no con sus madres. Gracias a la pregunta “¿vive al menos uno de sus hijos en Chile?”, que incorpora la ficha de inscripción, es posible aproximarse de manera estadística y, por ende, masiva, a los procesos de reunificación familiar madre e hijo ocurridos durante la residencia en Chile.

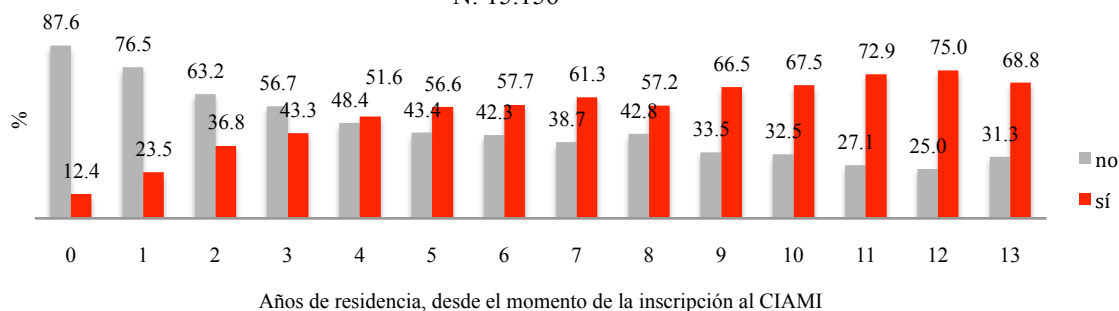
A continuación se presenta un Gráfico que muestra el porcentaje de inmigrantes que no tienen hijos habitando en Chile versus las que tienen al menos uno, en función de sus años de residencia desde el momento de la inscripción al CIAMI.

Gráfico N°15:

Porcentaje de inmigrantes con hijos, según si viven (sí) o no (no) con al menos uno de ellos en Chile, y los años de residencia desde el momento de la inscripción al CIAMI.

P. ¿Vive al menos un hijo en Chile?

N: 15.156



Fuente: Elaboración propia en base a los datos CIAMI 2004 a 2013

Al observar el Gráfico N°14, varios son los resultados interesantes a destacar:

1. Al analizar las mujeres recién llegadas (año 0) desde el momento de la inscripción al CIAMI, se constata que la mayoría (87,6%) arriba sin la compañía de sus hijos (ver columnas en color gris). Además, como se estudió en el capítulo precedente, la gran parte de estas mujeres tampoco emigra con una pareja o cónyuge (*migración autónoma*), lo que confirma que la mayoría de estas inmigrantes llegan al país solas, sin algún miembro de la familia nuclear. Las razones por las cuales ellas deciden partir sin sus hijos, son abordadas con más precisión en el apartado cualitativo.

Analizando esta información desde otro ángulo, es decir observando a las madres que declaran tener al menos uno de sus hijos viviendo en Chile -esto es, las columnas en rojo- se identifica que el porcentaje de personas recién llegadas bajo esta situación es de 12,4%. Esto significa que son muy pocas las madres que deciden emigrar junto al menos uno de sus hijos para emprender una nueva vida en Chile.

2. Al examinar los segmentos con más años de residencia en el país desde el momento de la inscripción a la organización, es posible destacar que el porcentaje de madres con hijos fuera de Chile (barras en color gris), va disminuyendo cada vez más, hasta llegar a un mínimo de 25%, para el grupo que lleva 12 años habitando en esta nación. Esta caída en el porcentaje confirmaría el

hecho de que a medida que los años de estadía en el extranjero aumentan, cada vez hay menos madres que cuentan con sus hijos viviendo en un país distinto que el de ellas. Esta información lleva a plantear que, desde una visión a gran escala, se estaría produciendo un proceso de reunificación madre e hijo en Chile.

Contrariamente, observando las columnas de color rojo, se percibe que los porcentajes de madres que habitan en la misma nación, con al menos un hijo, son cada vez más altos tras aumentar sus años en el extranjero. Sin embargo, se reconoce que dicho incremento puede relacionarse no sólo a más hijos que atraviesan las fronteras para residir junto a su madre, sino también a nuevos nacimientos que se producen en zona chilena. Lamentablemente la manera en que está planteada la pregunta no permite distinguir ambos casos. Tampoco se cuenta con estadísticas complementarias como para poder analizar más finamente esta información.

Por otra parte, es importante recordar que las cifras entregadas no toman en cuenta los casos de inmigrantes que retornan a sus países. Esto quiere decir que esa disminución de madres que viven separadas de sus hijos podría deberse al hecho de que las personas que no han llegado al país con hijos han optado por regresar y las que arribaron junto a ellos, han decidido quedarse, y no a un proceso de reunificación, como se plantea. Sin embargo, los datos cualitativos muestran que en la práctica no funciona así. Es más bien que cuando la persona ya siente una cierta seguridad en el país de recepción y comienza a proyectarse en él, opta por traer a su(s) hijo(s) a vivir con ella. En las muestras basadas en grupos que llevan pocos años en el país, existe una población más bien *provisoria* (Sayad 1999) y “rotativa”; contrariamente, en las que cuentan personas que llevan más años de residencia, existe una población más *duradera* o *permanente* (Hondagneu-Sotelo 1994, Sayad 1999).

3. Es posible detectar que existe un año en particular donde se produce una inversión de la variable preponderante, pasando a tener un porcentaje superior las madres que cuentan con al menos un hijo viviendo en el país que las que no tienen. Visto en términos masivos, existe en cada una de las *pruebas* inmigratorias una “temporalidad mayoritaria” o un “ritmo social” donde se

lleva a cabo una transformación en las vidas de las inmigrantes. En el caso de la *prueba* estudiada, es en el cuarto año donde se realiza dicha transformación, como lo ilustra el Gráfico expuesto anteriormente.

Lo interesante de esta información es que si se analiza en un contexto mayor, es decir, en comparación con otras *pruebas* que confrontan las inmigrantes, es posible percibir que la reunificación madre e hijo, se lleva a cabo en gran parte de los casos tras haber realizado un importante recorrido en Santiago, una vez que otras dimensiones de la vida cotidiana, como la de la pareja (para esas pocas que tienen), la vivienda y el trabajo, han sido más o menos resueltas. Como se revisó en el capítulo previo, en la *prueba conyugal*, es en el segundo año en que se genera un giro de mayoría de porcentajes, en cuanto a que son más las mujeres que viven con sus maridos versus las que no. O como se analizará en el Capítulo IV, en la *prueba laboral*, respecto al tipo de trabajo que las inmigrantes buscan, en el cuarto año hay un vuelco estadístico, siendo más las mujeres que buscan un empleo puertas afuera que adentro.

4. Pese a que se confirma que la reunificación madre e hijo en el país de recepción es una tendencia en las trayectorias de las inmigrantes, se identifica que existe también un tercio de madres que, al cabo de ocho, nueve y hasta trece años de residencia en Chile, siguen habitando lejos de sus hijos; una opción que, como lo declaran algunas mujeres en las entrevistas, les resultará la más cómoda. ¿Por qué razón estas madres llegan a optar por esta configuración familiar transnacional? Es una interrogante que se intenta responder en las próximas páginas.
5. Por último, es importante mencionar que las cifras entregadas se asemejan bastantes a las proporcionadas por la Encuesta Casen 2006. En base a la pregunta, “¿tiene hijos(as) menores de 18 años que no residen con usted?”, incorporada únicamente en el cuestionario del año 2006, se obtuvieron algunos valores respecto a los procesos de la reagrupación familiar de los inmigrantes en Chile. De esta base de datos, si se toman sólo las inmigrantes mujeres que habitan en la R.M, pertenecientes a las cuatro nacionalidades estudiadas, se tiene que un 78,8% cuenta con todos sus hijos viviendo con ellas.

Contrariamente, sólo un 12% declara tener algún hijo residiendo fuera del país. Por último, un 0,3% responde tener al menos un hijo viviendo no en su hogar pero en la misma comuna y un 0,4% en otra comuna.

Estos resultados, pese a provenir de una pregunta que está formulada de manera distinta que la del cuestionario de CIAMI, son similares a los proporcionados por la institución, en el sentido de que constatan que existe una mayoría de madres inmigrantes que viven junto a sus hijos en el mismo país, y una minoría que cuenta con ellos habitando lejos, en otra nación.

Por otra parte, cabe destacar que las cifras analizadas se asemejan bastante a los índices de reagrupación familiar de inmigrantes latinoamericanos en España, aún cuando la metodología para la obtención de información en este caso es también diferente. A partir de los datos extraídos de la Encuesta Nacional de Inmigración realizada por el Instituto Nacional de Estadística de España, el estudio *Transnacionalidad familiar: Estructuras familiares y trayectorias de reagrupación de los inmigrantes en España*, desarrollado por Luis Camarero (2010), presenta algunos resultados vinculados al proceso de reagrupación de inmigrantes e hijos, cuya tabla de valores se expone en el Anexo N°10. Como se indica, de las personas llegadas al país entre 1996 y 2005 (la encuesta se realiza en el año 2007), un 76,8% de los inmigrantes sudamericanos cuenta con todos o algunos de sus hijos menores de 16 años residiendo con ellos, en España. Contrariamente, un 22% reconoce tener a todos sus hijos habitando en el país de origen.

Estos resultados llevarían a pensar que, en el caso preciso de la ola de inmigrantes latinoamericanas estudiadas, factores como la distancia geográfica no juegan un rol central en la reunificación familiar. Un raciocinio lógico a hacer es que el hecho de que Chile esté más cerca geográficamente que España, desde los países de donde provienen los grupos analizados, aminoraría la necesidad de los padres de traer a los hijos al país de acogida, para vivir junto a ellos. Como el costo del pasaje y los tiempos del viaje son menores entre países se haría más fácil el poder trasladarse para visitar a la familia. Pero al parecer, al menos desde la información estadística, esto no ocurre así⁵¹.

⁵¹ Debe señalarse en este contexto que Chile cuenta con una política de reunificación familiar incorporada dentro de la actual *Ley de Extranjería*, que está en concordancia con el Convenio sobre protección de los derechos de todos los trabajadores migrantes (2005). Esta política permite que toda

Por el contrario, la influencia de la variable cercanía geográfica en la estructura familiar de los inmigrante es lo que podría estar sucediendo, por ejemplo, con los inmigrantes del África Subsahariana (región ubicada muy cerca de España), cuyo nivel de reagrupación de padres e hijos es el más bajo al compararlo con los otros grupos, como lo ilustra el cuadro presentado por la misma investigación. Pero, al analizar más en profundidad la información que entrega el estudio respecto a esta población africana, podría decirse que otros factores, como el hecho de que es una inmigración presidida por hombres y las trabas administrativas de países europeos para recibir a familiares, pueden estar también incidiendo sobre estos índices.

Como se ha mencionado en otros capítulos, encontrar una causa-efecto “estructural” a estos fenómenos, es un asunto infinito. Lo importante de lo dicho, es que tanto en Chile como en España se ha identificado un alto porcentaje de reunificación de padre y/o madre e hijo(s), tendencia que no necesariamente se da en toda ola migratoria de las últimas décadas.

D. Los procesos de reunificación madre e hijo según nacionalidad.

Al analizar los procesos de reunificación madre e hijo en cada una de las nacionalidades estudiadas, como se expone en el siguiente cuadro, es posible concluir que del segmento de mujeres recién llegadas a Chile, el porcentaje de madres que no cuentan con sus hijos viviendo con ellas, conforma una mayoría. En cuanto al proceso de reunificación materno-filial para las que llevan más años de residencia, sólo es posible resaltar algunas tendencias en el grupo de mujeres nacidas en Perú. En las otras nacionalidades estudiadas, lamentablemente, por el bajo número de casos existentes, no es posible extraer conclusiones específicas de cada grupo. Se piensa que la escasez estadística por parte de personas provenientes de República Dominicana y Bolivia se debe a que son olas inmigratorias aún muy recientes.

Respecto a la población nacida en Ecuador, según lo planteado por la única

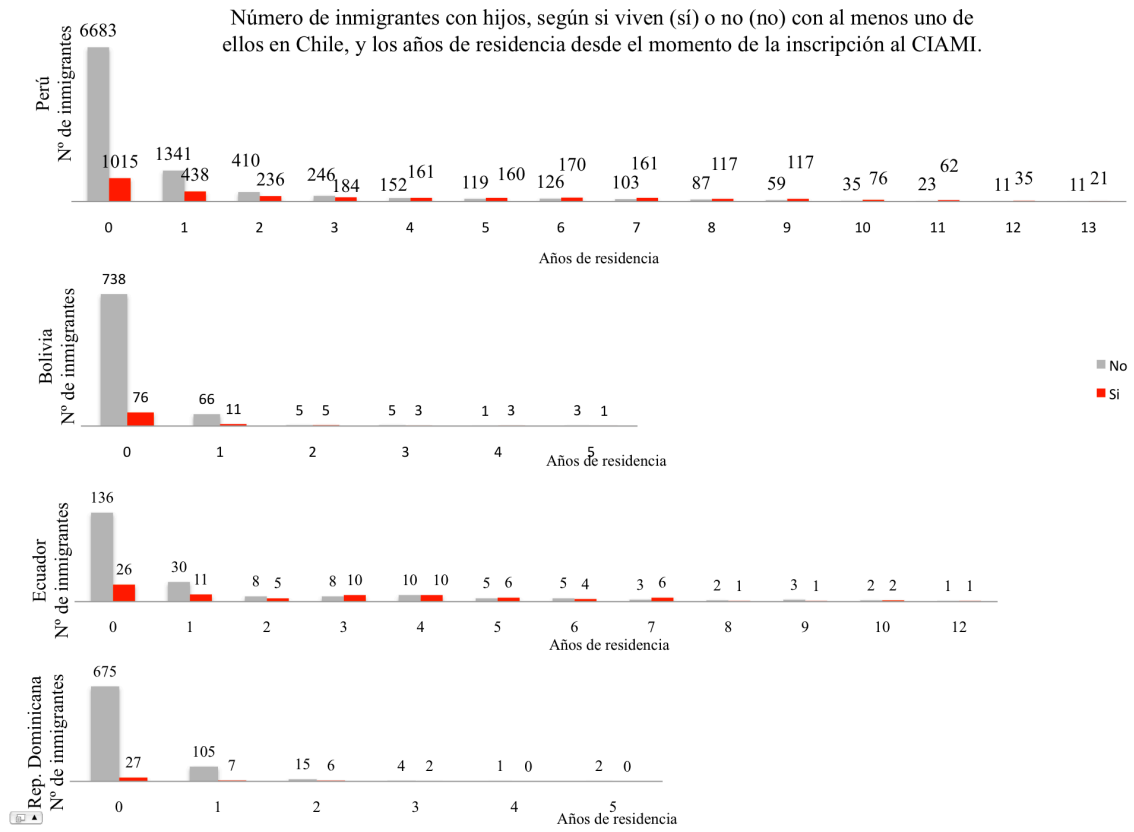
persona inmigrante que tenga visa definitiva pueda traer al país a sus hijos o padres, adquiriendo automáticamente el permiso de residencia, sin tener que demostrar contrato de trabajo (Stefoni 2009).

investigación que ha dado algunas estadísticas en esta dimensión, *Niños y niñas inmigrantes en Santiago de Chile. Entre la integración y la exclusión* (Stefoni, Acosta, Gaymer y Casas–Cordero 2008), se estaría produciendo una reunificación madre e hijo, incluso de manera más acelerada que en los hogares peruanos. “La hipótesis explicativa es que se trata de una migración familiar, es decir, que la reunificación familiar se produce muy rápido, o bien llega toda la familia a la vez” (Stefoni, Acosta, Gaymer y Casas–Cordero 2008: 14).

Sin embargo, desde la información entregada por el CIAMI, como se señala anteriormente, es posible refutar el argumento de la “migración familiar” que observan las autoras en el grupo de ecuatorianos, ya que al menos en los segmentos que llevan uno o dos años en el país, las madres separadas de sus hijos constituyen una mayoría. Además, como se postula en el capítulo anterior, la mayoría de inmigrantes mujeres ecuatorianas que están casadas llegan sin sus cónyuges a Chile.

En cuanto a las familias peruanas, el mismo estudio va a señalar que “la reunificación familiar es un proceso que está tomando bastante tiempo, al menos más de lo que toma para los otros (argentinos y ecuatorianos) grupos de migrantes” (Stefoni, Acosta, Gaymer y Casas–Cordero 2008: 12). No obstante, se postula que dicha afirmación podría nacer de una interpretación equívoca que las autoras hacen de sus propios datos. En base a la pregunta de la Encuesta Casen (antes señalada), las investigadoras presentan un cuadro de resultados (ver en el Anexo N°11), desde el cual ellas realizan sus análisis. Al observar detenidamente esta tabla de resultados, llama la atención que las autoras hayan atribuido una baja reunificación a las familias peruanas, siendo que justamente se está indicando que existe una mayoría (89,1%) de familias que han tenido hijos en Chile o han logrado la reagrupación, una cifra que es por lo demás mayor que la que se registra el grupo de sudamericanos en España, donde se reconoce la existencia de la reagrupación de familias (Ver Anexo N°10). Una hipótesis explicativa a esta interpretación de los datos es que las investigadoras enfatizaron una comparación de porcentaje de hijos no nacidos en Chile entre nacionalidades (análisis horizontal), dejando de lado lo que significa esa cifra para el porcentaje total de cada nacionalidad (análisis vertical).

Cuadro de Gráficos N°16:



Fuente: Elaboración propia en base a los datos CIAMI 2004 a 2013.

II. Trayectorias y aproximaciones a una maternidad móvil.

Como se señala en la introducción, bajo la perspectiva de este estudio, la maternidad no sólo se define por las configuraciones (o arreglos) que toma el vínculo materno-filial en la etapa inmigratoria -es decir, si la madre decide vivir junto a su hijo o de manera transnacional- sino también por la manera en que la persona se confronta y vive esta dimensión. Para la definición de las cuatro trayectorias de maternidad presentadas a continuación, se tomaron en cuenta ambas variables.

A. La Gran Madre.

Todo sea por un sacrificio de madre; esa es la motivación central que lleva a estas inmigrantes a partir de sus hogares para ir a buscar trabajo a Chile. Al estudiar las trayectorias de Laura y Carmen, se percibe que son mujeres que tanto antes como después de la emigración priorizan ante todo su labor de madres, entregándose no sólo a la vida de sus hijos, sino también a la de sus maridos e incluso a la de personas que están fuera de la familia nuclear. Pero ¿qué significa para ellas ese ser madre? ¿Cuáles son las atribuciones que ellas asocian a su rol? ¿Qué efectos tiene sobre su vida cotidiana?

En primer lugar, desde su mirada, una “buena madre” es alguien que se encarga de la reproducción económica del hogar, alguien que debe velar por la subsistencia de su pareja e hijos, proporcionándoles los recursos materiales para su vida diaria. Aunque la persona esté casada o emparejada, ella siente una fuerte responsabilidad en este ámbito, aportando con una buena parte o todo el ingreso económico familiar.

Lo anterior se refleja claramente en la vida de Carmen (2012), una dominicana de 37 años de edad que reside hace dos años en Santiago. Es casada y madre de dos hijos, a quienes debió dejar en La Romana, ciudad donde vivían todos previo a la emigración. Los hijos tenían 15 y 16 años. Su marido trabajaba en un club de golf (llamado Casa de Campo) a las afueras de la urbe, pero sólo por temporadas. Ella, antes de partir, vendía ropa; sin embargo, era muy poco el dinero que lograba recaudar por medio de este trabajo. “La situación estaba muy mal”, comenta ella, razón por la cual decidió ir a

buscar nuevas oportunidades laborales a Chile, luego de recibir una invitación de su tía, que habitaba desde hace un tiempo en el país.

Una situación económica mejor vivía la familia de Laura (2011) en Lima, de quien ya se habló en el capítulo anterior. Ella tiene dos hijos, en ese entonces de 14 y un año, a quienes debió dejar junto a su esposo. Una razón muy concreta es la que la movilizó a partir: ella y su marido deseaban entregarle una educación privada y de calidad a sus hijos. Según lo que cuenta, ellos allá eran una familia de clase media, con un buen estándar de vida, pero en el momento en que su marido quedó sin trabajo, se vieron obligados a inscribirlos en un colegio estatal:

“A mi hija la tuve que sacar del colegio y la puse en un colegio estatal. Ahí yo vi la gran diferencia de que estos niños no tenían la iniciativa de seguir adelante, de seguir estudiando... el otro colegio, no. Era todo competencia, el mejor, el mejor, y de aquí terminamos y nos vamos a la universidad. Y eso era un incentivo para él. Motiva. Y yo me dije ‘no puede ser’. Y ese año, fuimos al colegio, sacamos papeles y regresamos al otro colegio” (Laura 2011).

Bajo la finalidad de proporcionar una buena educación a sus hijos y, con ello, asegurar sus futuros, Laura decidió ir a buscar recursos económicos a Chile. Si bien para ella, como enfermera, le fue difícil aceptar la idea de tener que trabajar como empleada de casa particular, sabía que era algo que valía la pena. Como ella relata: “Para mí era mucho mejor trabajar en casa. Porque yo igual averigüé como enfermera y el sueldo en ese tiempo, hace seis años, eran 200 lucas (\$ 200.000 chilenos), que era menos de lo que se logra trabajando en casa. Que es menos sacrificado eso sí...”.

Aun cuando en el momento previo a la partida se observa que Carmen y Laura vivían dos situaciones económicas distintas, estando la segunda en un escenario más privilegiado que la primera, en ambas trayectorias se identifica que el motivo de su emigración estaba orientado por un fin laboral. Dada la falta de trabajos estables y bien remunerados en el contexto en que vivían, junto a las altas posibilidades de empleo que existían para la mujer en Chile, la emigración se presentaba como una muy buena oportunidad. Como lo reitera Laura: “Yo veía (en Chile) la opción de entrada económica, que para mí en ese momento era lo más importante”.

Como se explica en el capítulo anterior, el rol productivo en Latinoamérica tradicionalmente ha sido ejercido por la mujer, jefa de hogar, donde varios autores (Montecino 1996, 1993 [1991], Fuller 1998, Palma 1990) se sitúan en una perspectiva crítica al respecto ya que representa una sobrecarga y, por ende, una forma de abuso masculino hacia la mujer. El trabajo para este tipo de trayectoria es abordado desde su rol de madre, considerándolo sólo como un medio que permite entregar los recursos para servir a los otros. Es visto como un sacrificio y no como una oportunidad de realización o fuente de desarrollo personal, porque el lugar en el cual ella debería estar es en la casa, junto a sus hijos, y no en el espacio público, que es el ámbito que le pertenece más bien a los hombres (Fuller 1998). Así, junto a las labores hogareñas, estas mujeres se llevan el peso del trabajo, lo que en muchos casos las conduce a un estado de cansancio extremo y enfermedad. Desde esta perspectiva, en su llegada a Santiago, la inmigrante en búsqueda de reafirmación de su maternidad, no hace otra cosa más que trabajar, como sucede en la vida de Carmen.

Junto a su rol de proveedora, se percibe, una segunda atribución que la inmigrante asume en su papel de madre: el de ser guía. La *Gran Madre* debe ser un ejemplo para sus hijas mujeres, alguien que mediante su acción entregue las pautas de cómo debe comportarse una “verdadera” mujer. Como Stevens (1974) lo explicita, “(en Latinoamérica) existe un acuerdo cuasi universal sobre cómo debe ser una “verdadera mujer” y sobre cómo debe actuar. Entre las características de este ideal están la semidivinidad, la superioridad moral y la fuerza espiritual”(Stevens 1974, 20).

Por medio del acto de emigrar, las inmigrantes demuestran su bondad, su generosidad, su humildad, su capacidad de abnegación por los otros, esto es, su “semidivinidad”. La búsqueda (incesante) de reconocimiento de la madre latinoamericana a través del sacrificio, ha sido analizado por diversos autores (Paz 1950, 1982, Palma 1990, Montecino 1996) cuya explicación se sustenta en una dimensión sagrada. En contextos sociales basados en una fuerte creencia religiosa o mística, como es el continente latinoamericano, el acto sacrificial de una comunidad o persona lleva a la *construcción*⁵² de un orden divino, distinto al profano. Como lo explica Sonia Montecino: “El

⁵² Como Mircea Eliade lo expone en su libro *Lo sagrado y lo profano* (1998) [1956], el sacrificio humano es una *construcción*, una acción que crea simbolismo, que permite conectar al mundo profano con el sagrado, forjando una condición sobre humana.

nacimiento de lo sagrado supone en sus inicios una víctima... un sacrificio que hará, posteriormente, a esa víctima sagrada. Desde este punto de vista lo sagrado está ligado a la violencia” (Montecino 1996, 196). En el caso concreto de la madre, según la autora, “ellas se asumen como víctimas toda vez que su identidad arranca de una cosmovisión en donde predomina lo femenino-sagrado” (Montecino 1996, 196).

En base a lo planteado por estos estudios, detrás de ese anhelo de las mujeres y hombres por transformar a la madre en un objeto sagrado se encuentra la referencia de la Virgen María, quien es por excelencia signo de pureza. ¿Pero por qué ese intento de encontrar la pureza en la madre? Según la interpretación de los autores, esa búsqueda se origina de la asociación de la mujer y la madre como signo de impureza, asociación que nacería a partir de un hecho histórico concreto, que es la llegada de los españoles a América. La unión (forzada) del hombre español con una mujer india, daría origen a un niño mestizo, quien niega a su madre biológica, ya que es una mujer que ha sido violada por un español y además es india, lo que la hace ser alguien sucia, impura.

Como lo analiza Milagros Palma (1990), citando al escritor mexicano Octavio Paz, el mestizo...

“... ha buscado todos los medios posibles para evadirla (a la madre), ocultarla. El rechaza, ‘El mestizo niega su descendencia india. Se vuelve hijo de la nada’, como diría Paz. El empieza en sí mismo. Y quisiera haber nacido solo, sin el horror de esa madre, y prefiere verse huérfano y por eso busca a la madre perfecta, a la Virgen María” (Palma 1990, 133).

Volviendo a esa exigencia moral percibida en estas inmigrantes, se identifica que durante su residencia en Santiago hacen lo posible por seguir cumpliéndola. En su fidelidad extrema a su papel de madre, ellas intentan (de manera inconsciente) auto-negarse por completo en la nueva ciudad. En la representación de *La Gran Madre* se encuentra inscrita la idea de la mujer que no tiene el permiso ni la libertad para gozar de las “tentaciones” que le ofrece la nueva vida. “¿Y día libre, no tienes?”, se le pregunta a Carmen. “No, mi día libre son cuando me voy para Chicureo”, y se ríe, sabiendo que implica trabajar en otra casa en esa jornada de descanso. “Por lo menos, yo, casi no salgo”, afirma ella, como si ese no salir fuera una virtud.

Según lo revisado, es posible afirmar que la inmigrante orientada hacia el modelo de la *Gran Madre*, es aquella que mantiene económicamente a la familia; guía, pero también protege. En palabras de Octavio Paz, la virgen es “el escudo de los débiles”, “la madre de los huérfanos” (1950, 35). Desde esta óptica, la emigración de Laura y Carmen está también motivada por este principio. Al consultar a ambas del por qué fueron ellas las que optaron por emigrar y no sus maridos, ellas responden que ellos no contaban con las capacidades físicas y/o psicológicas como para poder dejar su tierra y familia. Como Carmen señala, “mi marido es mayor que yo, y se cansa tanto. A veces me dice ‘se me cansan los huesos trabajando’ cuando va al club de golf”. También al preguntarle si su marido no piensa a venir a acompañarla, ella responde: “No, no quiere. Porque él allá trabaja por temporadas. El no quiere venir para acá”.

En el caso específico de Laura, la actitud maternal de protección, o más bien, sobreprotección, se retrata muy bien en su trayectoria, como se cuenta en el capítulo anterior. Según ella, fue el hecho de que fuese mujer (esto es, un asunto meramente de género), el que hizo que ella y no su esposo resistiera la separación con su tierra y sus hijos, los primeros meses en Chile. Tal como señala, “el hombre si se vendría solo no llegaría a ningún lado”.

En estos hogares, el padre de familia, al tener que asumir importantes desafíos, como es el viajar, ante los ojos de su mujer aparece como alguien débil y vulnerable, como un niño (como se explicó en el capítulo anterior, uno de los rasgos del *marianismo* es la infantilización de los hombres), incapaz de asumir un cambio en su vida así de importante. Por el contrario a ella, como es alguien “fuerte” y “acostumbrada” al sacrificio, se le hace más fácil involucrarse en este tipo de proyecto, por más que le cueste.

No obstante, a diferencia de los otros dos atributos, esa maternidad protectora es difícil de ejercer desde la lejanía. En Santiago, la inmigrante no logra ser una madre presente, que acobija, característica fundamental de la *Gran Madre*. Es el hombre el que puede darse el permiso de ausentarse en el hogar, pero no la madre. Ante los ojos de su entorno de origen, la partida de la madre va a ser percibida frecuentemente como un abandono, al punto de que existen casos como el de Rocío, biografía que se describe en

el capítulo anterior, a quien se le efectuó una demanda judicial por “abandono a los hijos”.

Ante este escenario, la inmigrante hace lo posible por reparar la falta cometida por haberse separado de sus hijos. Como cuenta Laura, ella trataba de llamar todos los días a su casa para estar presente. “Yo todos los días en la mañana llamaba. Era como si yo estuviera en Perú. Llamaba y decía ‘¿hiciste tu tareas?’” Aún cuando su marido intentaba estar lo más posible con sus hijos, para Laura y los miembros de su familia, su presencia era insustituible. Lo mismo para el tema de los permisos, era ella quien los seguía dando después de haber partido. “Me llamaban hasta para darme permiso. Porque el papá a veces decía ‘no, la mamá tiene que darles permiso’”.

Esa impotencia que ellas sienten de no poder ser madre a la distancia, las lleva a buscar otros espacios para ejercer su maternidad, lo que encuentran en su trabajo en Santiago. Por medio del cuidado de los hijos de sus empleadores, intentan encontrar una forma de suplir el cariño que les falta, transformándose en lo que Marcela Lagarde (1990) denomina como una *madre pública*⁵³. Esto es lo que le ocurrió a Carmen, con el niño que debió cuidar en la casa de Chicureo:

“Ese niño desde un mes y 15 días que lo estoy cuidando. Pero él ya va a cumplir 3 años. Me muerde... y me dice ‘dónde estabas?’. Se me pega y me vuelve. ‘¿Pa’ donde te fuiste?’ y me dice ‘¿por qué te fuiste? Yo enfermo’. Y le digo ‘¿qué te pasó?’ Y me dice ‘tuve tos anoche’. Y yo le digo ‘cómete todo y te vas a sanar’. El me reclama. Me llama y me dice ‘Carmencita, dónde estás?’ La mamá me dice “a ti es la única que sigue tanto”. Y baila, yo le enseñé a bailar, y canta. El niño dice ‘yo me voy con la Carmencita’” (Carmen 2012).

Pero Laura no piensa como Carmen. Ella cree que es importante protegerse de la relación que se entabla con el hijo de los *patrones*, por el contrario, la persona puede sufrir aún más: “Por ejemplo, yo tengo muchas amigas que se encariñaban tanto con los niños, que sufren cuando se tienen que ir. Entonces uno tiene que ser por esa parte fría. Aunque tú no quieras. Porque tampoco es conveniente para uno mismo”. No obstante, se percibe que esta afirmación proviene más del discurso de Laura que de la práctica, ya

⁵³ En base a lo planteado por la autora, existen ciertas profesiones y oficios, como es el de enfermera, médico, maestra, trabajadoras sociales, trabajadoras de casa particular, ejercidos por *madres públicas*, que realizan la reproducción social.

que en otro momento de la entrevista, ella confesó todo lo que le sirvió estar cerca de niños en el primer momento de su residencia en Santiago. Como ella cuenta:

“En ese antiguo trabajo cuando llegué habían tres niños. El mayor tenía 3 años, otro guaguüita, y otro recién nacido. Entonces eran como mis hijos. Para mí en ese momento eran mi refugio. Esa falta la podía cubrir con ellos. Claro, pero uno está siempre necesitada de cariño. Y cuando uno recién llega es mejor trabajar con niños que con grandes. Porque los niños te transmiten amor. Sobre todo si eres mamá, porque si tú eres soltera no tiene esos sentimientos de mamá. Pero si eres mamá, para mí, yo creo que es bueno empezar con niños. Un niño va a venir y te va a decir ‘te quiero’. Una persona grande, una adulta, una lola de 15 años, no a hacer eso. Obviamente que no. Y uno necesita cariño, y esos niños también. Entonces como que las dos cosas se juntan” (Laura 2011).

Sin embargo, por más que estas mujeres tratan de encontrar otras formas para suplir el cariño de los hijos, no lo logran. Su sensación de estar siendo una mala madre, sumado a la pena de estar lejos de ellos, no las deja tranquilas. Esta situación las lleva a tomar una importante decisión: traer a sus hijos al país, que es algo que ocurre con la mayoría de las inmigrantes, como lo demuestran las estadísticas presentadas en el Gráfico N°15, mediante la barra de color rojo.

Según el relato de Carmen, el reencuentro con su hijo ocurrió al año y medio de residencia. En un momento, ella confiesa que fue tanto su sufrimiento, que se vio obligada a regresar a su país. Al llegar allá, ella contó sus vivencias en Santiago y las razones por las cuales había vuelto. Sin embargo, su esposo e hijos la convencieron de regresar a Chile, en vista de que en términos laborales su estadía había sido fructífera, pues había ganado una importante suma de dinero en pocos meses. Se tomaron algunos resguardos para que ella no volviera a vivir una mala experiencia: esta vez ella no iría sola, sino más bien acompañada de uno de sus hijos. Carlos, el mayor de sus hijos, de 18 años, se ofreció para ir. Además, él también podría aprovechar de trabajar (en el sector de la construcción) y enviar remesas a los otros integrantes de la familia.

Ese “convencimiento” al que se refiere Carmen respecto a la decisión de volver a Chile, pone en duda también si la emigración para muchas de las mujeres estudiadas se trata de una decisión colectiva o más bien individual donde, producto de las lógicas

internas (y jerárquicas) de poder dentro del núcleo familiar, existe una obligación donde es la mujer quien debe partir lejos para ir trabajar.

Gracias a una carta de invitación que le hizo la empleadora de Carmen a Carlos para poder ingresar a Chile, pudieron atravesar fácilmente la frontera. La jefa lo hizo como un favor, ya que sabía que Carmen a su regreso dejaría de trabajar para ella. Era un trabajo que no podía seguir haciendo ya que era como puertas adentro, lejos, a las afuera de Santiago (en Chicureo) y ahora que estaba su hijo, quería un empleo puertas afuera para poder volver diariamente al cuarto que arrendarían con su hijo (en la comuna de Recoleta). Después de un tiempo de búsqueda de trabajo, Carmen encontró lo deseado, en una casa de la comuna La Reina. Éste lo realizaba durante la semana, ya que los fines de semana continuaba trabajando para su antigua empleadora.

Con respecto a su nueva vida en Santiago junto a su hijo, Carmen señala que le gusta pasar la mayoría del tiempo con él porque no le parece bien que se quede solo en la pieza o que se junte con otros jóvenes. Reconoce que le da susto que le pase algo, lo que muestra nuevamente su actitud sobreprotectora. En sus idas a Chicureo, Carmen lleva a Carlos y a un primo de él, que tiene su misma edad, para que se diviertan juntos. Allá, en la casa de su empleadora, “juegan a la computadora”. Como ella cuenta:

“No me gusta que se junte (su hijo) con otros chicos. Ahora están con esto de la clonación de tarjetas... Allá no se ven esos robos que se ven acá. Lo otro que no me gusta son las drogas. Aquí se ve en la calle. En mi país la policía lo mata por hacer eso. Son más tranquilos. Yo aquí creo que hasta la misma policía fuma marihuana. No es que allá no haya, pero no se ve así” (Carmen 2012).

Además, tiene mucho temor a que discriminen a Carlos, puesto que ya han vivido malas experiencias en la calle. “De repente él iba caminando en la calle, con un primo mío y le dicen ‘mira donde van los negritos’”, dice.

Después de algunos meses, en vista del éxito laboral de Carlos, Pedro, el segundo hijo, le propuso a Carmen volver a República Dominicana para acompañar a su padre. Como señala Carmen: “El otro (hijo) quiere venir. Tiene 17 años. Tengo que esperar que sea mayor. El me dice ‘mami, cuando yo vaya, tú vienes para tenerte en la casa’”. La frase “para tenerte en casa”, indicaba que ya era tiempo que Carmen volviera, regresara al

lugar donde la madre debía estar, que era el hogar. Carmen rechazó su propuesta, ya que sabía que le quedaban sólo dos años para ahorrar el dinero deseado.

En cuanto a Laura, la pena por estar lejos de sus hijos, también la llevó a tomar la decisión de traer a uno de ellos, pero bajo el plan de hacerlo poco a poco con cada miembro de la familia (lo que se denomina *reunificación familiar por etapas*, Hondagneu-Sotelo 1994). En este caso, el primero en ir sería el menor, Christian, que tenía aproximadamente 2 años de edad, en ese entonces. Además, si el pequeño iba, su esposo, el padre del niño, que volvió a Perú porque no soportaba estar lejos de sus hijos, también llegaría en un mediano plazo a Santiago, junto a Laura y su hijo. Posteriormente, si todo funcionaba bien, traerían a Priscila, la hija mayor, luego de que terminara sus estudios de Diseño.

Al respecto, Iska Pavez, experta en migrantes menores provenientes de Latinoamérica que emigran a España o Chile, por medio de sus publicaciones critica el enfoque *adultocéntrico* que existe en sociedades como la latinoamericana. Esta perspectiva no solamente se refleja en la elección del objeto de estudio de la mayoría de las investigaciones en el campo migratorio, concentradas en los padres, sino también en el proceso de toma de decisiones familiares respecto al proyecto migratorio, donde al niño no se le consulta ni considera (Pavez 2011 y 2012), como se percibe que ocurrió con los hijos de Laura.

Como en ese momento Laura estaba trabajando puertas adentro y no tenía a nadie que le cuidara a Christian, le preguntó a su empleadora si podía traerlo a vivir con ellos. Según Laura, como los Silva “eran muy buenas personas”, ellos aceptaron, pensando que sería una compañía para Nicolás, el hijo menor de la familia:

“Entonces ella (su empleadora) me dijo ‘si quieres puede venirse a vivir acá contigo’. En ese momento le acepté, por una cuestión de necesidad, para ir adaptándose...Era amigo de Nicolás. Salían juntos en bicicleta, salían a pasear al perro, jugaban a la pelota en el jardín. Los amigos del Diego eran amigos de él” (Laura 2011).

Cuando Christian llegó, Laura lo inscribió en un colegio privado (particular subvencionado), siguiendo con la idea de que recibiera este tipo de educación. Sin

embargo, como el establecimiento quedaba en Los Dominicos, un sector acomodado de Santiago, Laura temía que su hijo fuese discriminado. Finalmente tuvo una muy buena experiencia en este colegio, como cuenta:

“Era buen colegio. Era subvencionado. Era de monjas. El se adaptó... igual yo tenía miedo porque él es súper morenito, entonces que lo iban a discriminar. Pero aquí las monjas me decían “no hay discriminación porque nosotros practicamos eso. Hay niños de muchos países”. Cuando nosotros fuimos habían niños mexicanos, brasileños, de cuatro o cinco países. Pero nunca tuve problemas. En todo caso, yo me encargué de que no fuera a colegio estatal” (Laura 2011).

Pero, en base a la información proporcionada por otros estudios (Pavez 2011 y 2012, Tijoux 2013) podría decirse que Christian tuvo suerte, ya que la discriminación en los establecimientos escolares en Santiago a hijos de inmigrantes es algo que ocurre de manera muy frecuente. La investigación realizada por la socióloga Tijoux (2013), *Niños(as) marcados por la inmigración peruana: estigma, sufrimientos, resistencias*, describe cómo varios niños de esta nacionalidad sufren cotidianamente en el contexto escolar, por actos discriminatorios y de maltrato por parte de sus compañeros. Para poder resistir a este tipo de situaciones, comienzan a desarrollar una doble identidad: “... pasan de un discurso a otro con el propósito de evitar dificultades. De cierto modo intentan ser chilenos y peruanos al mismo tiempo, y ser uno u otro según la situación y la rutina en la que estén involucrados” (Tijoux 2013, 96).

A su vez, el hecho de que Christian haya podido vivir junto a su madre en Santiago y pasar la mayoría del tiempo con ella, también puede ser visto como un privilegio. La investigación antes citada, expone los sentimientos de soledad y abandono que sufren muchos de estos niños al llegar a Chile, por el hecho de que sus padres deben estar constantemente viajando a Perú o trabajando en Chile: “Una vez que sus hijos llegan a Chile, la vida se hace difícil pues carecen de apoyo; deben confiarlos temporalmente a vecinos o amigos o dejarlos solos, y en ocasiones encerrarlos en la casa, lo cual dificulta su inserción social” (Tijoux 2013, 89).

B. La Madre Dolorosa.

A continuación se presenta un tipo de trayectoria inmigratoria basada también en la figura de la *Gran Madre*; mujeres que emigran bajo un sacrificio de madre ya que existe

una urgencia económica en sus familias. En su día a día en Santiago cargan con una gran tristeza y sentimiento de culpa por estar lejos de sus hijos, pero a diferencia del perfil anterior, ya sea de manera voluntaria o no, optan por la separación. Las razones por las cuales ellas han seguido este doloroso camino, son expuestas a continuación, mediante el análisis de las biografías de Marta (2012) y Lucila (2012).

Marta tiene 39 años, es *madre soltera* de tres hijos -de 11, 17 y 20 años-, y lleva sólo dos meses de residencia en Santiago. Llegó en bus desde La Paz, junto a otra amiga boliviana, decidida a encontrar un empleo en el sector del servicio doméstico. Ya conocía Chile, pues había vivido en la capital durante un mes, el año pasado, en invierno. En esta experiencia trabajó como costurera, pero el frío, la partida de su compañera de pieza y una posibilidad que se le presentó para obtener una visa para irse a España (a la cual nunca pudo acceder), la motivaron a regresarse. Ella concibe que Chile está muy cerca de Bolivia, lo que le permite hacer de vez cuando esas “idas y venidas”.

La falta de empleos en Bolivia había obligado ya anteriormente a Marta a emigrar, viviendo tres años en Barcelona. Las razones por las cuales se volvió a Bolivia fue para el matrimonio de una sus hijas y la fuerte necesidad de estar con sus hijos, a quienes no veía desde su partida a España. Debido a la falta de regularización de su estado de residencia en España, no pudo volver, pese a que ella hizo todo lo posible para hacerlo. Cada vez que viaja ha dejado a sus hijos bajo la responsabilidad de su madre.

El plan de Marta era ir a Chile para “trabajar como asesora de hogar, puertas adentro porque si no gasto mucho”. Ante la pregunta de traer a sus hijos para Chile, ella responde que no está dentro de sus planes, ya que prefiere concentrarse en el trabajo. “Allá tengo quién los lleve al colegio, pero aquí es más difícil”, comenta. “Porque después, que vengan todos los niños, es difícil... si allá estoy pataleando, acá sería peor. Es mejor concentrarse en el trabajo”. Además, el hijo mayor es discapacitado (“creció así. No habla, tampoco camina”), por lo que “se requiere de una persona que esté contantemente con él”. Reconoce que tiene mucho temor de que ellos sean discriminados producto de que sus hijos “son más morenitos que los chilenos”.

Marta aclara, a su vez, que la reacción de sus hijos para venir a Chile no fue la misma que cuando se fue a España. Ahora están más grandes y conscientes de que su madre no está con ellos: “Antes les dije que tenía que salir y salí. Pero ahora no, ya están más grandes y dicen ‘mamá queremos ir contigo’. Sueñan con conocer. Yo les digo que cuando estén en vacaciones y saquen buenas notas los voy a pasear”. Su expectativa es trabajar, quedarse unos dos o tres años en Chile y, cuando ya tenga el dinero ahorrado suficiente, regresar. Con ese dinero ella quiere construirse una casa cerca de La Paz, ya que allí tiene un lote.

Se ha estudiado que el dejar a los hijos bajo la responsabilidad de la abuela es una práctica muy frecuente en Latinoamérica (Araos 2008). Desde esta mirada, podría decirse que Marta, al efectuar dicha práctica estaría reproduciendo algo que comúnmente se realiza en su tierra de origen, por lo que no debería sentir una enorme culpa al respecto. Sin embargo, es importante precisar que normalmente la ausencia de la madre ocurre durante las horas que está trabajando, porque luego vuelve a su hogar a cumplir las labores domésticas como es lavar la ropa, cocinar, hacer las tareas con sus hijos, etc. Tal como se ha dicho, el rol de madre se asocia en los contextos estudiados al deber de cumplir las labores productivas y hogareñas (que incluye la crianza de los hijos), siendo el segundo ámbito el que Marta estaría dejando de lado y lo que la estaría haciendo sufrir.

Lucila es dominicana, de Santo Domingo, y lleva un año de residencia en Santiago. A sus 46 años, es viuda y divorciada del segundo marido. Tiene tres hijos, dos que “ya son mayores” y uno, que tiene 13 años. El más pequeño tiene discapacidad, al igual que el hijo de Marta. Él se quedó bajo el cuidado de sus hermanos y la mujer de uno de ellos. Como el negocio de peluquería que Lucila tenía en su casa no andaba bien, ella decidió ir a “probar suerte” a Chile.

Ella cuenta que es tanto lo que sufrió desde que su segundo esposo “la embarazó”⁵⁴, que por esta causa su hijo nació con un retraso cerebral. La razón de su dolor fue que él la engañó con otra mujer. “Después yo recibí una decepción tan grande que me dio una

⁵⁴ Bajo este tipo de expresiones la mujer deja entrever que no es ella la dueña de su vida, la que maneja sus actos y su propio cuerpo, sino es más bien el hombre. Su cuerpo le pertenece a un otro, quien puede hacer lo que quiera con él, hasta embarazarla.

pre-eclampsia severa, la presión me subió y el niño sufrió bastante y salió con retraso mental. Tuvieron que sacarme el bebé a los siete meses”.

Hasta el día de la entrevista, Lucila sueña con traer a su hijo menor a Chile: “Yo soy de las que pienso que uno sale de su país... uno sale pero no olvida sus hijos”. Lucila cuenta que ha sufrido mucho por estar lejos de su hijo menor, lo que le ha imposibilitado tener la tranquilidad como para poder trabajar: “Me ha ido mal en el sentido que no he tenido mi mente tranquila para trabajar tranquila”.

La angustia de la separación la estaba paralizando y le estaba imposibilitando trabajar, por ende algo debía hacer. Comenzó a hacer los trámites para traerlo, pero el padre del hijo, por despecho a que ella obtuvo (por medio de un juicio) la custodia del niño, no le quiso dar la autorización para salir del país: “Entonces le arreglé los papeles al niño, le saqué su pasaporte. El niño tiene 13 años y yo tengo la custodia del niño, entonces, cuando me metí en internet vi que necesitan el permiso del padre”.

Lo que más mal la tenía, cuenta ella, era pensar que desilusionó a su hijo con la posibilidad de venirse con ella. Además, su padre se aprovechó de esta situación para decirle que era una mala madre: “Entonces, él se ha comunicado con el niño por medio de internet y le ha dicho que yo soy lo peor. Entonces, eso a mí me atormenta y me ha hecho sufrir. Yo le dije a mi niño que no se preocupara, que me dejara terminar mi trabajo”.

Sufrimiento es la palabra que más se repite en las entrevistas de estas personas. Ante la impotencia de no poder vivir junto a sus hijos, ser madres que protegen, pasan a ser madres desgarradas. No obstante, es por medio de ese dolor que logran revertir el imperativo de la presencia, logrando acercarse de manera diferente a la figura de *La Gran Madre*, que es otras de las formas que adquiere el ideal femenino latinoamericano (Melhus 1990). La pena, paradójicamente, es lo que logra salvarlas de la “traición” a sus hijos. Ante el panorama desolador, no le queda más remedio que sucumbirse en el sufrimiento, bajo la imagen de “una madre envuelta en lágrimas, que lamenta la pérdida de sus hijos”, pareciéndose a la figura de la *Madre Dolorosa* (Melhus 1990).

C. La madre viajera.

El tercer tipo de trayectorias se trata de madres que son impulsadas a partir lejos para mejorar el bienestar de sus hijos, pero también el propio. A diferencia de los recorridos anteriores, su viaje no es concebido sólo como un sacrificio de madre, sino también como una gran oportunidad personal. Son inmigrantes que tienen una buena relación con sus hijos desde la distancia, logrando romper con los sentimientos de culpabilidad que podría ocasionarle el haber emigrado. Instalan una forma distinta y propia de ejercer la maternidad, superando los principios que definen una “buena madre” en sus entornos de origen.

En cuanto al primer principio, el deber de la *Gran Madre* como benefactora, se identifica que al igual que las trayectorias anteriores este tipo de inmigrante llega a Santiago para trabajar y enviar dinero a su familia. Sin embargo, existe también otro motivo, que es personal, que las lleva a estar ahí: escapar de la violencia de su pareja, realizarse en su profesión, vivir una experiencia de viaje, adquirir una vivienda propia, entre otras. Por ejemplo, Mirta (2012), una dominicana de aproximadamente 45 años, con dos hijos (uno de 22 y otro de 25 años), antes de irse, se hizo cargo casi por 20 años de un salón de belleza que tenía en su casa. Tenía dos personas a su cargo, que trabajaban para ella en la peluquería. El negocio era bastante rentable, por lo que afirma que el motivo económico no fue la principal razón de su partida. Y “¿por qué quiso venir, entonces?”, se le pregunta. “Porque mi ex (con quien vivía en la misma casa) quería reconciliarse conmigo y yo no quería. Él me insistía, y yo no quería. Entonces, me quería pegar. Me quería obligar a estar con él. Quería maltratarme”. Un día tuvieron una pelea tan fuerte (con golpes, donde ella, como respuesta a la violencia ejercida por él, casi le corta un dedo) que una de sus hija le dijo: “Mamá, el comportamiento de él no es bueno; yo, si fuera tú, lo hubiera dejado hace mucho tiempo [...] yo te voy a proponer, mami, un lugar donde papi nunca te va a molestar. Vete a Chile, mami, que yo te consigo el vuelo ahora mismo”. Su hija pensó en Chile, por su jefe, quien era chileno. Además, en Santiago, se encontraba la madrina de una amiga, “que es como una mamá”, quien podría recibirla. Ese mismo día Mirta tomó la decisión, y días después llegó a la capital chilena en avión.

En el caso de Vanesa (2012), una peruana que llegó hace dos meses a Santiago, la razón por la cual quiso dejar Arequipa, fue su profesión. “Allá yo era cosmetóloga”, señala con orgullo. Apenas ella encontraba un momento en la entrevista se lanzaba a hablar sobre su especialización:

“La cosmetología comprende todo lo que es la piel, todo lo que es la uña... es el pelo, el lavado, el corte, los visos, que es la tintoración. Todo lo que es el las mechas, el tratamiento. El peluquero sólo corta. En cambio el cosmetólogo es mucho más completo. Por ejemplo para hacer un corte tenemos que saber la estructura del cabello, grueso o finito. Conocer las dimensiones del cráneo, la frente, el cuello, el mentón, la nuca... de acuerdo a eso se estructura un corte. Ahora, para poner el color tenemos que tener en cuenta el color de la piel, la melanina...” (Vanesa 2012).

Vanesa cuenta que estudió esta especialidad en el Reina María Antonieta, un instituto técnico de Arequipa. Luego, se especializó en Lima, en el centro de Hannah Caball, una de las estilistas más reputadas del mundo, que ganó un premio record Guinness. Se quedó en la capital peruana durante ocho años trabajando en salones importantes. Posteriormente, volvió a Arequipa donde tuvo a sus tres hijas. Después, se dedicó a criarlas. 23 años más tarde, cuando la relación no estaba bien con su esposo, y sus hijas ya estaban grandes (23, 19 y 16 años), decidió volver a cosmetología. Fue en esa circunstancia cuando ella pensó en Santiago.

“¿Y tú plan acá, en Santiago, es trabajar en eso?”, se le pregunta a Vanesa. Ella responde:

“Mira, yo me he venido para acá para trabajar en mi profesión. He traído título, he traído todo. Pero los trabajos te piden carnet y yo no tengo. Y la única forma de pedir un contrato es trabajando como asesora. Se me hace difícil la idea, pero yo me he puesto una meta y debo cumplirla. Poder adquirir el carnet y trabajar en peluquería. Esa es mi meta” (Vanesa 2012).

Karina (2012) es otra madre e inmigrante entrevistada que señala que su causa emigratoria no es sólo la familiar, sino también viajar. Lleva nueve meses viviendo en Santiago, pero antes habitó cinco años en Valencia (España), y también algunos meses en Buenos Aires (Argentina). A diferencia de los recorridos anteriores, le ha sido difícil la separación con sus hijas ya que son menores. El más pequeño apenas tenía 5 años cuando debió dejarlo. Como ella cuenta: “Dejas hijos de 10, de 15... ya saben

defenderse. Pero al que no me salió bien, fue al pequeño que iba a cumplir justo cinco. A él sí me salió mal dejarlo. Por ese lado sufrí mucho. Lloré mucho por el pequeño”.

Pero, por otro lado, reconoce que la pena de estar lejos de sus hijas logra compensarse con la belleza de los lugares y la amabilidad de la gente donde le ha tocado estar. Es alguien a quien le apasiona vivir en ciudades modernas, distintas a La Paz. Con un acento español (de Valencia), ella señala:

“La facilidad del transbordo, la facilidad de tu vida,... tu entras a una boutique allá, si pruebas, si no te gusta, pac (emite un sonido)... vas a otra, escoges... en mi país no, ‘¿a cuánto está? ¿Cuánto cuesta?’, y rápidamente te dicen ‘¿le va a llevar?’ ‘Para qué pregunta si no quiere’” (Karina 2012).

La experiencia que describe Karina en las boutiques españolas, refleja también el comportamiento de este tipo de inmigrante en la ciudad de acogida. Si bien para ellas es importante trabajar, recaudar y enviar dinero para sus hijos, están también muy conscientes de que no se les puede ir la vida en esto. Por eso, una buena parte de esa ganancia la destinan para ellas, tanto para su vida cotidiana como para sus planes futuros.

Mirta, por ejemplo, cuenta que apenas se le ha presentado la oportunidad ha aprovechado de conocer lugares de alrededor de Santiago, junto a otras amigas dominicanas. Una vez fue a Viña y otra a Algarrobo. También señala que el dinero que está juntando por medio de su trabajo como empleada de casa particular, lo está destinando para pagar los costos del pasaje de ida (se endeudó con un bancó de allá) y luego, quiere ahorrar para construir un segundo piso de su casa que tiene en Santo Domingo. “¿Y a sus hijos, no les envía?”, se le pregunta. “No, ellos trabajan, son todos profesionales”, responde.

Vanesa, en cambio, explica que una buena parte del dinero que gana lo destina a sus hijos, para pagar sus estudios. La mayor, que tiene 23 años, está en la carrera Hotelería y Turismo; la segunda, de 19 años, siguió los pasos de su madre, estudiando Cosmetología. El tercero, que tiene 16 años, está todavía en el colegio (particular). Con el padre de sus hijos, quedaron en que ella se encargaría de costear la educación de los hijos, y él, el día a día. Sin embargo, también otra parte de lo recaudado quiere invertirlo

en un salón de belleza que haría en Arequipa, a su regreso. “Necesito para eso un capital de 25 mil soles”, señala.

Según lo analizado, estas trayectorias están lejos de tener un comportamiento ascético, donde todo lo adquirido es para ahorrar y enviar a los hijos. Conscientes de que en esta etapa les toca pensar en ellas, se rebelan a la imagen de la mujer abnegada, que da su vida por los otros. La madre en Santiago se centra en ella, en sus deseos, rompiendo de esta forma con el modelo de la madre guía, la madre ejemplar, que es el segundo principio de la *Gran Madre* explicado anteriormente.

Pero, para poder disfrutar de esa nueva vida, será necesario también saber confrontar los sentimientos negativos que pueden producirles el estar lejos de sus hijos. Porque no es que este tipo de inmigrantes carezca de sentimientos, sino más bien encuentra la manera adecuada para canalizarlos. Es en estos momentos cuando su maternidad más se pone a prueba. El no poder ver más a sus hijos las lleva de vez en cuando a vivir sentimientos de profunda tristeza, como cuenta Karina que le sucedía en un comienzo, al haber dejado su hijo de 5 años. Sin embargo, en lugar de sucumbirse (e identificarse) en la pena (como la *Madre Dolorosa*), ellas hacen lo posible por evitarla o transformarla, aplicando distintas técnicas: “En mi caso para no pensar tanto en mis hijos, me tenía que enganchar en un programa en la tele, en una farándula. Me enganchara en la farándula y que si el Alcalde, que si... me olvidaba. Me ha costado, pero después me acostumbré”, reconoce Karina.

Es interesante destacar que Karina en el momento que estaba hablando en la entrevista sobre sus hijos y del dolor que sentía al estar lejos de ellos, rápidamente cambió de tema para comenzar a contar sobre las ventajas de vivir en lugares como Valencia o Buenos Aires, lo que dio a entender que ese costo emocional lograba suplirse con los beneficios de su nueva experiencia. Por otra parte, al preguntarle por la razón por la cual ella decidió volver a La Paz cuando estaba en España, señala que fue por problemas con la visa y no porque extrañaba a sus hijos (estuvo los cinco años sin verlos):

“Ya cumplía cinco años. Y en este mes se vencía mi pasaporte de seis años. No pude conseguir los papeles. Metí todos los papeles, pero lo que faltó fue... ellos tienen que estar al día en todo y ser claros... y hay veces que me faltaban. Allá no te hacen fácil el contrato de trabajo” (Karina 2012).

Así como Karina lograba sobrepasar la tristeza por medio de la conexión con su nuevo entorno (y desconexión con el antiguo), Sonia (2012), una peruana (de Tacna) que vive hace cinco años lejos de sus hijos, que tenían 9 y 10 años cuando los dejó, señala que ella en los malos momentos (que vivía sobretodo en un comienzo), se tranquilizaba al pensar en los paseos que haría con sus hijos cuando fueran a visitarla a Santiago, los cuales logró llevarlos a cabo dos veces al año. Como ellos no podían viajar solos, ella los iba a buscar a Tacna, pasando por la frontera de Quillota. Este ir y venir lo pudo hacer fácilmente gracias a que contaba con la visa definitiva.

Sonia dejó a sus hijos a cargo de su padre, de quien se separó cuando estaba en Chile ya que “era difícil mantener la relación a distancia”. Al igual que Karina, Sonia afirma que en un principio extrañaba a sus hijos, pero después ya se acostumbró a vivir sin ellos. Además, pese a que ellos eran pequeños, eran bastante autónomos ya que siempre se les enseñó a ser así, a diferencia de los niños chilenos que son dependientes:

“Allá los niños hacen todo solito, no como acá que hay que dejarles listo el uniforme, ponerles las mochila. Se levantan solos... allá son más independientes y la educación es más fuerte que acá. Las mamás son más tajantes, más estrictas. Acá con un niño que tenía 14 años tenía que alistarle su ropa, como una guagua. Tenía que decirles “come...”. En cambio mis niños van solos al médico, desde los 8 o 9 años” (Sonia 2012).

Por medio de esta frase es interesante identificar que Sonia considera la autonomía como un atributo, un valor, y no como una defecto adquirido por sus hijos que reflejaría la falta de cumplimiento de una madre. En este sentido, ella está lejos de la figura de la *Gran Madre*, percibida en las trayectorias anteriores, que fomenta relaciones de dependencia con sus hijos.

Otro aspecto que destacan las inmigrantes que es central para alcanzar una mayor tranquilidad desde la distancia, es encontrar la persona indicada que las reemplace porque, bajo su mirada, su presencia sí es sustituible; quebrantando, de esta forma, el tercer principio de la *Gran Madre*, el de la madre protectora, quien debe estar siempre presente. Según Karina, ella decidió dejar a sus hijos cuando supo que “estarían en las mejores manos”, que eran las de su madre, es decir, la abuela de sus hijos. Ella logra

darles el cuidado que sus niños necesitan, además de hacerse cargo de las funciones hogareñas. Antes de irse a España, el trato con su madre fue que ella le enviaría dinero no sólo para la mantención del hogar sino también para ella. Al consultarle del por qué no escogió al padre de los hijos para su cuidado, ella señala que antes de partir “las cosas no andaban bien”, y que además no confiaba lo suficiente en él.

Esa confianza existente entre mujeres para entregar el cuidado de los hijos, da origen a lo que ha sido denominado en estudios migratorios como las *cadenas globales de cuidado femenino* (que desde la perspectiva de la maternidad podrían denominarse como “cadenas globales de maternidad”). Esta noción nace a partir de un estudio realizado por la socióloga Arlie Hochschild, en 2000, a inmigrantes filipinas en Estados Unidos, definiendo el fenómeno como una serie de vínculos personales entre personas de todo el mundo, basadas en una labor remunerada o no remunerada de asistencia (Hochschild 2000).

Según Hochschild, las cadenas de cuidado estarían compuestas por uno, dos o tres eslabones, donde las mujeres dejan sus hijos al cuidado de un tercero (que es mujer) para ir a cuidar el de otra persona. Desde la perspectiva de la autora, incluso pueden darse cadenas con cuatro eslabones, que es lo que, de hecho, se identificó en base de datos de empleadores del CIAMI (que será analizada con mayor profundidad en los próximos capítulos), donde existen dos casos de mujeres que eran trabajadoras de casa particular que acudieron a la institución para contratar a otra empleada particular para su hogar.

D. La madre acompañada.

Las trayectorias de las mujeres descritas a continuación, también se inscriben dentro del estilo de maternidad recién explicado, pero la diferencia está en que al cabo de un tiempo en Santiago, ellas optan por llevar a sus hijos a vivir junto a ellas, formando parte de esa mayoría de inmigrantes que se reune con ellos en el país de acogida que muestra el Gráfico N°15, anteriormente expuesto. Como son madres que han construido una relación materno-filial basada en la autonomía, no sienten una necesidad extrema de estar acompañadas por sus hijos, pero las circunstancias y las buenas condiciones de vida alcanzadas en la capital chilena las llevan a tomar esta decisión.

Tal es el caso de Rosa (2012), una peruana que llegó a Chile en el año 1997, cuando su hijo “ya estaba grande”, cuando había formado su propia familia. Es divorciada, se separó del padre de su hijo cuando él era pequeño. Antes de emigrar, ya había tenido la experiencia de vivir en el extranjero, en Japón. Había ido “porque tenía un pretendiente japonés”. Se quedó por cinco años en ese país, pero tuvo que volver a Lima cuando le avisaron que su madre estaba a punto de morir. “Allá no se trabaja en casa. Allá se trabaja en fábrica. En fabricantes de carros, celulares, todo lo que es tecnología. Trabajé en Nissan, en Toyota. También en videos, en VHB. Todo eso...”, cuenta ella respecto a su experiencia laboral en Japón.

Rosa, al igual que Karina, reconoce que es una persona fascinada por viajar y vivir nuevas experiencias. “Me encanta viajar. Si me dicen vámonos a tal sitio, yo voy”. Al preguntarle por qué se quedó tanto tiempo en Santiago, ella responde que se siente atraída por la modernidad de esta ciudad, porque es una urbe “tipo europea”, lo que no tiene su ciudad natal. Mediante estas expresiones se logra percibir cómo Rosa actúa de la misma manera que el hombre mestizo descrito por Milagros Palma y Octavio Paz, quien busca borrar su lado “indio” y resaltar su lado europeo. Ese carácter ambiguo de la identidad mestiza, explicado anteriormente, no sólo se representa en la relación con la madre, sino con los lugares y cosas, como se expresa en el caso de la inmigrante estudiada. Al escucharla hablar sobre Santiago da la impresión de que está en juego su identidad, intentando demostrar que ella, por medio de su experiencia en esta ciudad, ha pasado a pertenecer al lado de lo “bueno”, de lo europeo, de lo moderno, que se diferencia de lo latinoamericano, de lo caótico, de lo atrasado:

“Me quedé aquí... ¿sabes por qué me quedé? Por el ambiente. Acá uno está acostumbrada como el tipo europeo. Acá Chile es como tipo europeo. En cambio cuando yo llegué a Perú y uy... yo ya me quería devolver. Era terrible porque veía de los carros las puertas que se caían... todo viejo. Acá todo es más moderno. Acá es otra cultura, es otro roce que uno tiene con la gente, ya me acostumbré ya. Entonces para mi era difícil... y fui una vez, la señora me pagó el pasaje y todo, para que me vaya, y me fui y me quedaba un mes, y a los quince días ya estaba de vuelta” (Rosa 2012).

Rosa relata que ella decidió invitar a su hijo y a su familia a vivir con ella, en el momento en que obtuvo un subsidio de vivienda entregado por el Estado chileno. Luego

de adquirir la visa definitiva, postuló a la subvención habitacional que entregaba en ese entonces el antiguo Gobierno de Michelle Bachelet. Declara que tuvo una suerte enorme ya que lo ganó en su primera postulación, lo que muy rara vez se da. Como ella cuenta bajo modismos chilenos: “Al tiro salió con Bachelet (se ríe). Los chilenos me decían ‘tu tienes más suerte... suertuda, tan rápido...’. Tenía una alegría cuando me gané la casa”.

La nueva vivienda queda ubicada en la comuna de Peñalolén, “donde viven sólo chilenos”, señala con orgullo, demostrando una vez más que ella forma parte de lo “tipo europeo”. Luego de ahorrar mucho dinero, amplió y remodeló su casa. Cuando ya estaba lista, Rosa le dijo a su hijo “si ustedes quieren, hay casa acá, pueden venirse”.

Tania (2012), de quien se hizo referencia en el capítulo anterior, también esperó estar en mejores condiciones para traer a su hija, Javiera, a vivir con ella, a quien había dejado en Lima al cuidado de su madre. Son dos aspectos los que Tania quería tener resueltos antes de tomar esta importante decisión: el laboral y el habitacional. Respecto al primero, en un principio tuvo que emplearse como trabajadora de casa particular, cosa que ella no quería hacer; pero después de cuatro años, logró encontrar un trabajo en el Hotel Marriot, en el área de lavandería, un oficio que conocía bastante porque es a lo que ella se había dedicado los últimos años en su país. Lo que más le agradaba de ese empleo era la flexibilidad de horarios, lo que le permitía tener tiempo libre, algo que ella apreciaba. Además, bajo este régimen de trabajo, tendría la posibilidad de dedicarse más a su hija.

En cuanto al segundo aspecto, el de la vivienda, ella cuenta que en su llegada a Chile tuvo una pareja, un peruano, a quien conoció en la Parroquia Italiana (a cargo de la congregación católica scalabriniana, al igual que el CIAMI). Como en un principio la relación iba bien, decidieron ponerse a buscar un departamento para irse a vivir juntos. Esta sería una posibilidad de poder recibir a su hija en un buen lugar, y no en una pequeña pieza en el centro, que es donde habitaba ella desde que había llegado a Chile. Tania señala que en el momento en que estaban buscando departamento con su pareja, les fue muy difícil encontrar ya que los propietarios desconfiaban de ellos por el hecho de ser peruanos. Según Tania, se vieron varias veces enfrentados a situaciones de discriminación:

“En esa parte nos costó... ahí nos sentimos discriminados. Mi hija iba a llegar en enero, nosotros empezamos a buscar desde octubre departamento y cuando buscábamos decían ‘¿Ustedes son peruanos?. A no, porque primero vienen dos, después vienen ocho, que se ponen a tomar y blablabla’. Nos pedían garantes chilenos...” (Tania 2012).

Finalmente, encontraron un departamento “pequeño” y “no muy bello”, ubicado en la calle Padre Orellana con Avenida Manuel Antonio Matta, en la comuna de Santiago Centro, un sector donde viven muchos peruanos, como se explica con más detalle en el Capítulo VI.

Tanto para Rosa como para Tania, su independencia en Santiago no se vio amenazada por la llegada de sus hijos. De hecho, Rosa cuenta que su vida sigue igual que antes, pero la diferencia es que ahora se siente mucho más acompañada. En términos financieros, sus costos de vida no aumentaron porque su hijo encontró un buen trabajo en la gran tienda Home Center. Y en cuanto al cuidado de su nieto, su madre, la pareja de su hijo, se dedica a él. Rosa añade que en estos momentos de la vida se siente tan plena, que no le hace falta una pareja, por el contrario, para ella eso sí sería una pérdida de autonomía. “Mejor sola que mal acompañada. Estar con la cabeza en la hora, que esto y esto... yo, mi hijo y mi nieto”.

Para Tania, por otra parte, la llegada de su hija no restringió para nada la sensación de libertad que tuvo desde un inicio en Santiago, la cual no sentía en Perú cuando vivía con su madre. Pese a ello, su hija sólo se quedó un año en Santiago. Tania se enfermó de depresión al sufrir una desilusión de su pareja, quien la había engañado con una mujer que había conocido también en la Parroquia Italiana. Además, su hija fue golpeada en el colegio por otro niño lo que, según Tania, se dio por discriminación. Esta situación la llevó a decidir que, hasta que ella se mejorara, era mejor que Javiera volviera a Perú con su madre. Para que su hija esté bien, ella debía también cuidarse. Como lo señala en la entrevista:

“Pero de ahí yo dije ‘yo prefiero que mi hija se vaya a Perú un tiempo, que esté con mi familia, que se olvide lo que pasó acá’. Yo tampoco estaba muy bien para tener a una niña a mi costado. Entonces yo hablé con mi mamá y le dije ‘estoy mal, así que yo prefiero que la niña se vaya’” (Tania 2012).

III. Reflexiones finales.

La investigadora Evelyn Nakano Glenn, en el año 1994, publicó un artículo llamado *Social Construction of Motherhood*, en el cual, en base a observaciones realizadas a los flujos migratorios que afectan los Estados Unidos, llega a la conclusión de que "Mothering is racialized" (1994, 7). La idea de que el mercado laboral está simultáneamente segmentado por "razas" es algo que ha sido bastante estudiado, señala; no obstante, lo que resulta una novedad es que la maternidad se encuentra también "racializada". Históricamente, las mujeres más privilegiadas en términos económicos no realizan los trabajos más físicos de las actividades del hogar, son más bien otras mujeres -blancas, provenientes de una clase social obrera, o afro-descendientes- las que los hacen. Lo mismo en el tema del cuidado de sus hijos, enfermeras o cuidadoras se han encargado de ellos. Casi siempre las mujeres que entregan estos servicios son madres, que están obligadas a dejar a sus niños y familias. La división "racial" de la maternidad, concluye Glenn, estaría permitiendo a la mujer blanca de clase media y alta aprovechar el beneficio de ser *madres managers*, estando siempre ayudadas por madres pertenecientes a otros círculos sociales.

Al estudiar la relación entre oferta y demanda en el mercado del cuidado en Santiago resulta imposible negar la existencia del fenómeno señalado por la autora. Basta con observar los mapas (presentados en el Capítulo III), que muestran la ubicación geográfica de las viviendas de las empleadoras que acuden al CIAMI para contratar la población estudiada, concentradas en el sector de altas rentas de Santiago, para afirmar que el trabajo doméstico y la maternidad es también un fenómeno de clases y "racial". Son las mujeres de estratos socio-económicos ricos y medios de la urbe, las que tienen la posibilidad de pagar por una trabajadora de casa particular, proveniente de otros países de América Latina o de un sector pobre de Chile, para que cuiden de sus hijos. Al ser asociadas a la "raza" indígena o mestiza, socialmente se las vincula al empleo de trabajadora de casa particular, como se profundiza en los próximos capítulos.

En otro aspecto en que se revela con fuerza esa desigualdad social y "racial" de la maternidad en la capital, es en el hecho de que en ciertos grupos que componen la sociedad ha pasado a "normalizarse" la *maternidad transnacional*. Bajo la mirada de un empleador, es decir, de alguien perteneciente a un nivel socio-económico medio o alto,

si la madre es inmigrante y latinoamericana, o si es chilena campesina (quien se asocia a la “raza” indígena) o proveniente de un sector socio-económico bajo, es concebible que la madre viva separada de su hijo menor de edad. Esta validación de dichas mujeres se realiza desde el momento de contratarlas. Más que ser una “buena madre”, lo que se le va a exigir a la inmigrante es ser una buena trabajadora, pese a que igualmente en su rol de *nana* se le solicita ocupar atribuciones de madre, como se describió en las páginas precedentes. Por el contrario, esto es un asunto impensable para una madre empleadora, donde el principio de la presencia materna sigue siendo un imperativo.

No obstante lo anterior, reconociendo que en Santiago la maternidad es un asunto de clases y “razas”, el presente capítulo propone otra mirada del fenómeno. Desde un enfoque de género situado a escala del individuo, se percibe que el acto de emigrar para muchas madres no es necesariamente interpretado como una maldición en sus vidas, que es fruto de una situación vinculadas al ser mujer, de la cual es imposible escapar. Se comprueba que el partir para varias es más bien visto como un espacio de reivindicación personal, como una posibilidad de liberarse de ese *malestar* (Montecino 1996) al cual se confronta toda mujer latinoamericana. Una liberación que no tiene que ver con el distanciarse de sus hijos, sino más bien con una oportunidad de dejar de estar determinada únicamente y enteramente por un rol de madre. Sonia Montecino se refiere a lo que significa ese *malestar* al cual se confronta toda mujer en Latinoamérica:

“Si un malestar emerge de la cultura mestiza podría encontrarse, tal vez, en el papel ambiguo, tremendo, fascinante y numinoso de La Madre en tanto modelo simbólico y concreto de la identidad de las mujeres, y por cierto de los hombres... El malestar que aludíamos desde nuestra óptica, proviene precisamente por el problema que anunciáramos en un comienzo: la reducción de las identidades a una sola de sus expresiones. La cultura define para lo femenino únicamente una identidad materna – o hace dominar el ser encerrado al sujeto mujer en una unicidad que fácilmente la puede llevar a constituirse en un chivo expiatorio y por ello a debatirse en el constante juego de ser transgresora, víctima sacrificial e imagen sagrada” (Montecino 1996, 197).

El acto de emigrar para muchas madres constituye una posibilidad de desarrollarse en lo que la filósofa Hannah Arendth (1993 [1958], 2008 [1953]) denomina como el plano de la *acción*, que va más allá del ámbito de la materialidad, de la esfera de *la labor* (el hogar) y del *trabajo*. Es una dimensión que es parte constitutiva de todo ser humano, la cual no toda mujer, inclusive esas que pertenecen a los círculos más privilegiados socio-

económicamente (donde muchas también se encuentran encerradas en ese “ser madre”, Mora (2006)), puede alcanzar. Es la esfera donde la persona se comunica con el mundo, y expresa su alteridad e individualidad, como se analiza más cabalmente en el transcurso de esta investigación.

